



LA ANTORCHA

[N.º 09 - Octubre 2025]

"Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero" (Mateo 6, 24)

En este número iluminamos el

Dinero



En este número de *La Antorcha* se nos invita a rascarnos el bolsillo. Hablaremos de la importancia de vivir por debajo de nuestras posibilidades, de la Doctrina Social de la Iglesia, de ahorro y de inversiones. Conversaremos sobre Chesterton y el distributismo, sobre impuestos, confiscación y usura y también sobre los montes de piedad, la pobreza evangélica y la imposibilidad de servir a dos señores. Contaremos con la pluma de Mons. Sanz Montes, Fabrice Hadjadj, Julio Llorente, Enrique García-Máiquez y Esperanza Ruiz, entre otros.

Equipo

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera
Presidente

Pablo Velasco Quintana
Editor

Jaume Vives Vives
Director

Clara González González
Guillermo Altarriba Vilanova
Álvaro Espinosa Malagón
José Antonio Méndez Pérez
Redacción

Josema Visiers Lecanda
Producción audiovisual

Daniel Velasco Fernández
Diseño y Maquetación

Consejo editorial: Ricardo Cuevas, Ana Isabel Corregidor, Carmen Fernández de la Cigoña, Maika Fornieles, Rafael Murillo, Vicente Navarro, Pablo Pomar y Jorge Soley

Ilustración de la portada: Babanguda

Colaboran en este número

Alfonso Basallo Periodista y escritor | Javier Barrycoa Doctor en Filosofía y profesor de ciencias políticas la Universidad CEU AbaT Oliba | Diego Blanco Albarova Escritor y productor audiovisual | Ricardo Cuevas Periodista | Club Dalroy Podcast sobre cultura católica y familia | Carlos Esteban Periodista | Antonio María Doménech Sacerdote | Carlos Fidalgo Gallardo Profesor Titular de la Universidad de Sevilla, Académico Correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España | Enrique García-Máiquez Poeta, escritor y columnista | Mariona Gúmpert Escritora y Doctora en Filosofía | Fabrice Hadjadj Escritor y filósofo | Declan Huerta Sacerdote | Hughes Escritor y periodista | Julio Llorente Periodista y editor | Isidro Molina Sacerdote | Miriam Montero de la Vega Miembro de la Junta directiva de NARTEX | Alex Navajas Periodista | Pablo Pich Sacerdote | Esperanza Ruiz Periodista y escritora | José María Sánchez Galera Periodista | Pablo Sanz Bayón Profesor de Derecho Mercantil en la UNED | Jesús Sanz Montes Arzobispo de Oviedo | Jorge Soley Climent Economista y escritor | Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo Periodista | Mar Velasco Filóloga

La Antorcha, editada por la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP)

C/ Isaac Peral 58, 28040 Madrid | Teléfono: 91 456 63 27 | comunicacion@acdp.es | Edita: Secretariado Nacional de Comunicación ACdP | Impresión: Imedisa S.L.U. | Depósito legal: M-29202-2022 | ISSN: 2952-1815

www.acdp.es/la-antorcha/



La Antorcha

EL DINERO DESDE LA SOCIEDAD

- 06** - Entrevista a Ángel Barahona | "Las guerras, los divorcios, las disensiones humanas... todo parece fundamentado en el dinero"
- 10** - Matrimonio, familia y patrimonio. Un triángulo inseparable
- 16** - El valor hoy no está en el hacer bien, sino en el hacer mucho y rápido
- 18** - Cuando el dinero cae, literalmente, de la nube
- 22** - Entrevista a Borja Barragán | "El éxito no es batir al mercado o acumular patrimonio, sino ser fieles al Evangelio al gestionar nuestro dinero"
- 26** - "Obrad bien, que Dios es Dios"
- 28** - Entrevista a Natalia de Santiago | "El dinero no da la felicidad, pero la puede quitar"
- 30** - ¿Tiene la Iglesia algo que decir sobre economía?
- 36** - Testimonio de Ana y Ricardo, padres de cinco hijos | "Nos han timado con que la felicidad está en el bienestar"
- 40** - "Cochino dinero, pero no"

EL DINERO DESDE LA FE

- 43** - Reflexiones de los Evangelios
- 48** - ¿Perdona nuestras "deudas", o perdona nuestras "ofensas"?
- 50** - ¿Por qué Jesús dijo que no podemos servir a Dios y al dinero (y no al poder, al sexo o a la violencia)?
- 53** - Montes de Piedad
- 56** - El dinero, ¿compra el cielo o el infierno?
- 58** - Entrevista a José María Larrú | "Vivir por debajo de mis posibilidades es un buen criterio evangélico"
- 62** - Por qué la Iglesia no vende sus tesoros y otros tópicos
- 66** - 7 implicaciones prácticas de la doctrina económica de la Iglesia
- 72** - La espiritualidad del dinero: ¿un pacto con el diablo?
- 75** - De la corona al harapo: cinco santos que usaron el dinero para llegar al cielo

EL DINERO DESDE LA FILOSOFÍA

- 78** - Entrevista a Higinio Marín | "El hombre deja de poseerse a sí mismo porque vive para poseer cosas"
- 84** - Fabrice Hadjadj | La adivinanza del adinerado
- 90** - Club Dalroy | El distributismo hoy
- 92** - Julio Llorente | Liberalismo y fe

EL DINERO DESDE LA CULTURA

- 96** - Recomendaciones literarias
- 98** - La avaricia desde el arte
- 102** - Aforismos
- 104** - Mil pesetas
- 106** - La España del Siglo de Oro: la época en que el pensamiento lucía más que el dinero
- 110** - Donde hay monedas hubo civilización
- 114** - Dinero digital
- 118** - Entrevista a Fernando Paz | "El globalismo es una síntesis de lo peor del capitalismo, del comunismo, del liberalismo y del fascismo"
- 120** - El problema de Walter White
- 124** - ¿Por qué los dragones siempre acumulan tesoros?

Carta del director



POR **JAUME VIVES**

A menudo me descubro circulando en coche, en silencio, imaginando qué haría si de repente cayeran en mi bolsillo unos cuantos millones de euros. Hay en ello una parte de juego, de imaginación y otra, no menos importante, de preocupación, por aquello de tenerlo todo controlado. De tener el futuro asegurado, sin imprevistos, pensando, equivocadamente, que es la mejor manera de vivir tranquilo y sin demasiados sobresaltos.

Justo lo que le aconseja el Diablo a su sobrino en la obra de Lewis, procurar que la gente esté muy preocupada por el futuro, ya que ello los aleja de Dios. Lo mismo ocurre si alguien vuelve insistentemente la

vista hacia el pasado. Lo verdaderamente importante es el presente, momento en el que el Señor actúa en nuestras vidas y debemos procurar vivirlo adecuadamente, sin detenernos demasiado en el pasado ni proyectándonos excesivamente en el futuro. De otro modo nos alejamos no sólo del Señor, sino también de nuestra vida y de la realidad.

Y curiosamente, esa proyección hacia el futuro casi siempre tiene que ver con el dinero. Será porque en el fondo creemos que la mayoría de nuestros problemas desaparecerían y podríamos vivir más tranquilos, aspiración muy digna por otro lado.

Pero la realidad es que los millonarios quieren que su matrimonio funcione, que sus amigos los quieran de verdad, que sus hijos no se pierdan por el camino... y se ven incapaces de conseguirlo a golpe de talonario. Han tenido que ganar mucho dinero para darse cuenta de que las preocupaciones verdaderamente importantes siguen robándoles la paz por ceros que tenga su cuenta bancaria.

¡Qué importante es el dinero y a la vez qué poco necesario para lo realmente valioso! Sin dinero no podríamos alimentarnos debidamente ni tener un techo donde cobijarnos ni podríamos educar a nuestros hijos, pero da igual tener poco o mucho porque lo que hará de nuestra casa un verdadero hogar será, a fin de cuentas, la calidad humana de las personas que en él vivan.

Hay que ir con cuidado con el dinero, huir de quienes lo desprecian, seguramente movidos por el resentimiento, pero también de quienes lo idolatran, movidos por la ambición o la inseguridad. El dinero hay que saber utilizarlo. Precisamente para que nos ayude en esas necesidades vitales: educar a los hijos, alimentarlos debidamente, construir un hogar digno... pero, en la medida de lo posible, tratándolo con la santa indiferencia de la que habla san Ignacio.

Si uno lo tiene, hay motivo para celebrarlo, pero también para estar vigilante porque será más complicado no convertirlo en un ídolo, en algo que amordace las preocupaciones y ofrezca un suceso de paz al corazón.

Y si otros no tienen tanto también es motivo de agradecimiento porque con mayor facilidad podrán vivir la sencillez y la austeridad, tan necesarias para llevar una vida ordenada.

También es importante diferenciar entre la ambición y el deseo de tener el dinero que nos permita vivir dignamente y hoy ambas cosas pueden confundirse porque hay una gran cantidad de gente que puede parecer ambiciosa, porque quiere cobrar más y porque quiere ahorrar, pero habría que ver si ese interés es fruto de la ambición o consecuencia de la precariedad laboral, del aumento del coste de la vida, de la dificultad para acceder a una vivienda digna a un precio razonable y otros tantos factores.

En cualquier caso, si el dinero se convierte en la meta, en el fin, si seguimos la lógica del beneficio por el beneficio, todo se desordena. En las empresas no hay preocupación por el trabajador solo engañifas que bajo apariencia de cuidado y *team building* no buscan más que la motivación y la rentabilidad, los trabajadores no son fieles a la empresa ni se sienten parte responsable de ella están dispuestos a abandonarla por cuatro perras, las relaciones sociales se convierten en un horrendo y vulgar escaparate y el resentimiento campa a sus anchas desatado.

Idolatrar y despreciar el dinero son las dos caras de la misma moneda, pues suponen un amor desordenado por él. Y lo que trataremos de exponer en este número de *La Antorcha* es la necesidad de ordenar nuestra relación con los bienes materiales. Es imperativo tratar el tema desde una perspectiva cristiana.

El lector encontrará en estas páginas un titular que probablemente sea el mejor resumen de todo el número y la aproximación más precisa a la cuestión del dinero desde la fe: "El cristiano está llamado a vivir por debajo de sus posibilidades". Austeridad, desprendimiento y generosidad son el epítome de las virtudes esenciales. ■

Ángel Barahona
Catedrático de Teología

Poderoso caballero

“Las guerras, los divorcios, las disensiones humanas... todo parece fundamentado en el dinero”

Ángel Barahona es catedrático de Teología en la Universidad Francisco de Vitoria. Discípulo de René Girard, ha dedicado años a investigar cómo las dinámicas humanas desembocan con demasiada frecuencia en conflictos y guerras. En esta entrevista explora la compleja relación entre el ser humano, el dinero y la búsqueda de competencia y autoafirmación.

POR **LA ANTORCHA**

¿Qué es el dinero antropológicamente hablando?

Cuando uno se adentra en textos como la Epístola de Timoteo, se encuentra con una afirmación contundente: "El dinero es la causa de todos los males del mundo". Puede sonar absolutista, pero en esencia, cuando el ser humano ambiciona, codicia lo que posee el vecino –lo que en el décimo mandamiento se prohíbe–, se despierta una envidia mimética. El dinero se convierte, así, en una de las grandes fuerzas que motivan al hombre. Es la vía por la cual el ser humano manifiesta su poder y atrae la mirada de los demás, buscando esa aprobación que reafirma su existencia.

¿Qué extraemos de las tentaciones de Jesús en el desierto con respecto al dinero?

Cuando Jesús dice "No solo de pan vive el hombre", el pan equivale al dinero. Esta primera tentación es la causa por la que los hombres han matado, exterminado y generado guerras, creyendo que solo de pan vive el hombre; es el marxismo en estado puro. Nuestra sociedad, con neveras llenas y ahorros, es la que más ansiolíticos consume, la que tiene una angustia vital bestial, la que se suicida, con alcoholismo y drogadicción desbocados. Todo ello es síntoma de creer que el pan, el dinero, es la solución.



Ángel Barahona
durante la entrevista.
Josema Visiers

“ El dinero es la fórmula por la cual el hombre expresa su poder, buscando el reconocimiento; esa necesidad genera envidia, narcisismo constante y, por ende, conflicto ”

Precisamente. Jesucristo enfatiza que lo que nos libera de caer en la tentación de luchar y guerrear por la conquista del pan no son las revoluciones, ni las guerras, ni los conflictos violentos, sino buscar la palabra de Dios. Las otras tentaciones, como la ciencia que promete salvarte o la fama, son expresiones del poder que deriva del dinero. Si yo puedo cambiar la historia o hacer milagros para ser aplaudido, eso es parte de la parafernalia de nuestra sociedad de consumo y capitalista. El dinero promete fama, poder, la capacidad de cambiar tu cuerpo, tu psicología, de "realizarte". El resultado es una sociedad de obesos, consumistas, adictos, que parecen pasarlo bien pero viven con un rictus de tristeza, miedo al otro, y por ello, nuestra sociedad es hiperviolenta.

La secuencia riqueza-vidia-guerra ¿es inevitable?

El dinero es la fórmula por la cual el hombre expresa su poder. Cuando alguien ostenta riqueza, busca atraer la mirada y el reconocimiento de los demás, generando envidia o la necesidad de ser como él. Esto es constitutivo de la antropología humana. Si nuestra valía proviene de la mirada del otro, entonces necesitamos exhibir nuestro ser, y esa reciprocidad de deseo y ratificación nos envuelve en un narcisismo constante. Este ciclo de querer ser reconocido y la búsqueda incesante de la satisfacción personal a través de la acumulación material es lo que lleva a la insatisfacción permanente y, por ende, al conflicto humano.

La pregunta clave es si "tener" da el "ser". Si es así, se impone la necesidad de acumular, lo que inevitablemente genera antagonismos, guerras, diatribas entre naciones y conflictos sociales.

El exbanquero Mario Conde decía que ser rico es no pensar si puedes o no puedes hacer algo, sino simplemente hacerlo. ¿Cree que la riqueza puede anular la autoconciencia de ser criatura y hacernos sentir como dioses?

Sin duda. Esta idolatría del dinero es la raíz del conflicto humano, la envidia mimética, el pecado original. Queremos ser como Dios, tenerlo todo, ser los creadores, otorgarnos el poder de hacer lo que queramos. Esto nos lleva a una insatisfacción perpetua. Psicológicamente, la dependencia del "tener" nos ciega y nos enloquece, haciéndonos perder de vista lo verdaderamente importante en las relaciones humanas. Por eso, la gente puede llegar a matar o venderse, porque el dinero parece ofrecer la posibilidad de vivir una vida intensa y sin límites. El dinero absolutizado impide el discernimiento y la generosidad, llevando a la muerte, como se ve en la historia de Nabal, el hombre rico que, cegado por su ambición, no pudo compartir sus bienes. La Biblia lo expresa claramente: "el que ama el dinero no puede amar a Dios". El amor a Dios implica generosidad, gratitud, y reconocer que somos hijos de Dios. El dinero, por el contrario, fomenta el egoísmo, el miedo al otro, la tensión y una ansiedad constante. Las guerras, los divorcios, las disensiones humanas... todo parece fundamentado en el dinero.

¿Por qué nos cuesta tanto a los seres humanos entrar en esta dinámica, cuando, en un sentido espiritual, la gracia divina nos ofrece todo sin condiciones?

Por experiencia, sabemos que las relaciones verdaderamente gratificantes se basan en la gratuidad, en que el otro no espera nada de ti, solo tu presencia. La gratuidad va más allá; cuando uno se siente amado por haber recibido todo, está agradecido. Como dice

la Epístola de san Juan, solo podemos amar si hemos sido amados primero. El amor de Cristo, el amor de Dios, cuando llena nuestro ser, se desborda y lo llena todo. El problema es cuando no aceptamos esa gratuidad y queremos ser nosotros la fuente, el manantial de toda vida. Eso genera inseguridad e incertidumbre, por eso ahorramos y guardamos para nosotros, lo que va en detrimento de una relación de amor. La mirada del otro nos constituye y nos da el ser de forma gratuita. Si esa mirada está interesada, nos ponemos a la defensiva.

“ *El dinero se convierte en un dios moderno: promete poder, fama y realización, pero genera miedo, ansiedad y violencia* ”

Como decía Clausewitz, cuando se activa ese "toma y daca", donde yo quiero lo que tú tienes y tú lo que yo, la espiral de violencia escala hasta desear la muerte del otro como obstáculo para nuestra propia realización. La geopolítica es una excusa; el fondo es un problema de ser, de prestigio, de codicia, el décimo mandamiento. Lo que mueve a Putin, Xi Jinping, Trump, o a nuestro vecino, es que el corazón del hombre es insaciable. Nunca se llena de sexo, dinero, afectos o reconocimiento social. El hombre siempre quiere escalar, afirmarse, y en ese proceso, se pierde de vista la ética y el respeto al otro, que es hermano.

¿Es necesaria una lógica superior a la del dinero para redimirnos?

La historia de la humanidad, vista desde una perspectiva teológica, revela un constante enfrentamiento entre dos lógicas: la dialéctica heracliteana —la del materialismo, el capitalismo salvaje, el enriquecimiento a costa del otro— que busca la hegemonía y la sumisión del prójimo; y la lógica del amor joánico, el amor al enemigo, que es excesivo y que, según Benedicto XVI, conlleva un gran costo. La lógica del amor, desconocida por el mundo, se escandaliza ante ella, considerándola una locura. Pero para los creyentes es sabiduría, pues el testimonio de quienes la han vivido pasa de generación en generación.

Las transacciones y el intercambio de bienes se originan en el miedo al vecino. El dinero se asienta en ese miedo, en el deseo de ser como el otro, de ser reconocido por la ostentación del poder adquisitivo. Es la lógica dialéctica que conduce, no determinísticamente pero sí con una cierta necesidad, a la violencia. Si un objeto es indivisible, si es tuyo o mío, entonces hay conflicto, lo que se traslada a territorios y nacionalismos. La lógica del reparto mercantil, que es cálculo y reciprocidad, es la "dialéctica

de locos" en la que hemos vivido. Por eso, Jesucristo habla del dinero como un dios: "Mammoná". Frente a él, solo cabe la lógica del amor al enemigo, el perdón, el reconocimiento del otro como un ser divino, hijo de Dios. Nuestra felicidad depende de la felicidad del otro. Esto nos da la posibilidad de construir este mundo como un reino de Dios.

Entonces, ¿Puede el Señor arrancar nuestro "corazón de piedra"?

Sí. La buena noticia es que esta tensión provocada por nuestro pecado original y la envidia mimética no es un determinismo inexorable. Siempre prevalece la libertad. Tenemos la opción de amar en lugar de odiar o competir. Esa es la ayuda de la gracia, que nos permite no caer en esa trampa determinista que ha caracterizado la historia humana. La historia de la humanidad está llena de santos, de gente que ha amado por encima de sí mismos, que ha renunciado a sus bienes para que otros los tuvieran, al darse cuenta de que todo viene de Dios. El Evangelio lo deja claro: "El que busca su vida la pierde y el que la entrega la encuentra". La caridad es exceso, no cálculo, no reciprocidad. Es Dios mismo, que es el modelo de lo que nos haría felices: no reservarse nada. ■



PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR



¿Matrimonio sin patrimonio? Un triángulo inseparable

POR **CARMEN SÁNCHEZ MAÍLLO** |
PROFESORA TITULAR DE TEORÍA DEL DERECHO
INSTITUTO CEU DE ESTUDIOS DE LA FAMILIA

Lo evidente durante generaciones, aquello que no era necesario explicar pues constituía el cimiento básico de toda sociedad y formaba parte de los sobreentendidos, ahora no es algo indiscutido para una gran masa social. Por eso es necesario hacer el esfuerzo de explicar por qué, entonces y ahora lo evidente es imprescindible para edificar una sociedad. Elio Gallego nos recuerda que la familia, edificada sobre la paternidad y maternidad del hombre y la mujer, es el ámbito humano por excelencia y por ello matriz generadora de la humanidad.

Vuelve a ser necesario insistir en que pocas instituciones hay tan esenciales como el matrimonio para la vida comunitaria y para la felicidad personal y familiar. Aunque sin duda el matrimonio y la familia se cimentan en el amor y en la entrega, no es asunto menor la importancia de los bienes materiales para el sostenimiento de la familia, además del valor espiritual, afectivo y de identidad que tiene una casa

familiar, un cuadro, una joya custodiada durante generaciones, un mueble o cualquier otro objeto que hace presente a los padres, abuelos o antepasados relevante de toda familia.

“Recibe estas arras como prenda de la bendición de Dios y signo de los bienes que vamos a compartir”: estas son las palabras que recitan los novios en la ceremonia. Las arras son trece monedas que los novios se entregan mutuamente durante la ceremonia en el rito católico del matrimonio. Este gesto de entrega mutua entre los esposos no sólo no es un símbolo vacío, sino que su origen tiene raíces y aporta un sentido profundo. Ya en la tradición romana las arras significaban un pago que el novio ofrecía como garantía de su compromiso y servía también para demostrar su capacidad para mantener a la futura familia. Con el cristianismo, que mejora y plenifica lo mejor de cada cultura, este gesto se convirtió en un símbolo de unidad y comunión, incorporándose al rito

religioso como parte del sacramento. Las arras representan, sobre todo, la promesa de que los esposos compartirán bienes materiales en su vida en común. Implica también que ambos se comprometen a ser buenos administradores de los recursos del hogar y apoyarse “en la prosperidad y en la adversidad”. Y es que el camino de la vida puede deparar sin duda muchas situaciones personales y económicas, de salud y enfermedad, de abundancia y de escasez que cada matrimonio debe sobrellevar del modo más prudente posible.

Uno de los mejores legados que nos ofrece Roma son las numerosas palabras heredadas del latín, los conceptos, las instituciones jurídicas o los aforismos concebidos por los juristas romanos. El más oportuno para tratar la cuestión que nos convoca reza: *Familia, id est patrimonio*, que traducimos como “familia, es decir, el patrimonio”. Esta locución latina se explica conociendo que en la antigua Roma la familia se entendía como una unidad económica y por tanto, la estructura familiar estaba ligada a los bienes que se poseían y se administraban, configurándose como una institución jurídica y económica. El *matrimonium* aseguraba la maternidad mientras que el patrimonio garantizaba la herencia del padre, y es que ambas palabras matrimonio y patrimonio comparten etimología: matrimonio de *mater* designaba el *estatus* legal de una mujer casada con el derecho a ser madre legítima de los hijos de un hombre; Patrimonio, de *pater*, significa “lo del padre”, es decir los bienes transmitidos por el padre. Además, comparten el sufijo *monium* que indica condición legal: matrimonio está ligado a la maternidad legítima, mientras que patrimonio se refiere a la herencia paterna. Maternidad y matrimonio pues son términos que participan de la misma raíz, al igual que padre y patrimonio. La figura del *pater familias* en Roma era el custodio del patrimonio, un patrimonio que se conservaba

para transmitirse a la siguiente generación. El matrimonio portanto aseguraba la legitimidad de los hijos y el patrimonio garantizaba la transmisión de los bienes a través del linaje masculino. Matrimonio y patrimonio, por lo tanto, conforman una clave esencial de la familia y quedan unidos con la definición de matrimonio que nos regala Modestino: “Consortio para toda la vida, comunicación de derecho divino y humano”.

“ Sin matrimonio no hay familia; sin familia no hay transmisión de certezas; y sin patrimonio no hay continuidad”

Por patrimonio en sentido amplio podemos entender la unidad de bienes tangibles e intangibles que conforman la economía de la familia. De la mano de Russell Kirk cabe afirmar que los bienes que reúne una familia a lo largo de la vida no sólo tienen una significación material, sino que son también legados culturales y espirituales que vinculan a las generaciones alimentando el recuerdo y explicando el origen de la propia familia para entenderse mejor. Piénsese por ejemplo en profesiones heredadas de padres a hijos de las que se pueden conservar herramientas de trabajo, libros, útiles de botica, de carpintería, de labranza o de tantos oficios enseñados a la siguiente generación o simplemente custodiados para el recuerdo.

Un factor que resulta imprescindible destacar es la importancia de la propiedad privada en la realidad del matrimonio y la familia. La conocida idea chestertoniana de que tener una pequeña propiedad, una casa, un terreno o un negocio familiar es algo esencial para la libertad y la dignidad humana, Burke la había señalado al decir que sólo la propiedad permite a las personas mantener independencia moral y política. Conservar la propiedad, el negocio, o la empresa familiar es también conservar la memoria y la identidad de quienes fundaron la familia de la que hoy somos testigos. Burke advierte que la propiedad privada es la garantía de libertad contra el poder arbitrario. Hayek, como agudo observador de las sociedades modernas, considera esencial para evitar el totalitarismo preservar la autonomía familiar, y asegura que sin propiedad privada el estado puede controlar todos los aspectos de la vida. Las advertencias de los autores conservadores a lo largo del tiempo hoy las percibimos perfectamente pertinentes, en la actualidad adquirir una propiedad familiar, conservarla y transmitirla resulta cada vez más difícil ante la avalancha fiscal de inspiración socialdemócrata que penaliza injustamente y en exceso el patrimonio familiar.

El patrimonio familiar, no sólo sirve para mantener a la familia —que no es poco— sino que es la oportunidad de conectar el trabajo pasado de una generación con el reto futuro de la generación siguiente, de honrar a los antepasados y mejorar su legado como propósito y privilegio de los descendientes. Cuántos negocios o empresas familiares han mantenido varias generaciones familiares de hijos, nietos y bisnietos. La empresa familiar es responsabilidad, privilegio y oportunidad, siempre, de dar un rostro amable y familiar al entorno

económico. La empresa de origen familiar debe ser tratada por el Estado como una realidad a conservar pues su función social está pegada a la historia no sólo de una familia, sino también del lugar donde surge, donde ha empleado a muchas familias y donde ha sido el motor de la prosperidad local.

Transmitir bienes a los hijos no es sólo un acto económico sino un acto de justicia, de aquí el origen de lo que se denomina el tercio de legítima, parte que debe ser heredado únicamente por los hijos, quienes solían colaborar y mejorar los frutos, ahorros y beneficios obtenidos por los padres.


Roger Scruton, uno de los modernos pensadores británicos que abrazan el pensamiento tradicional, procediendo él mismo de una familia trabajadora y cercana al laborismo, considera el acto de heredar como una forma de reconocer el esfuerzo de los padres y de dar continuidad a su legado, pero también atreviéndose a exigir que lo que recibimos debemos conservarlo y transmitirlo. En este orden de cosas defenderá que la herencia no es sólo una cuestión económica sino una forma de transmitir identidad, responsabilidad y pertenencia. Los bienes heredados deben ser tratados con reverencia, pues representan el esfuerzo acumulado de generaciones pasadas. La herencia familiar fortalece el sentido de comunidad y de deber intergeneracional.

En el mismo sentido, el genial colombiano Gómez Dávila, un pensador hispánico que poco a poco va ganando relevancia universal, vislumbra y subraya, siempre, que en la propiedad heredada habita una responsabilidad, más que un privilegio. En sus *Escalios* sugiere que conservar el patrimonio familiar es un acto de fidelidad a los antepasados y sobre todo una forma de resistir la disolución

cultural. La permanencia del patrimonio, bien gestionado, que sabe y actúa en consecuencia con su responsabilidad con la sociedad es una garantía de desarrollo armónico y justo. Don Nicolás, Colacho para los amigos, matiza más y apunta a la preciosa idea de que el legado familiar es un vínculo sagrado entre el pasado y el futuro. Heredar es recibir una tarea: transmitir una casa, una tierra o un negocio implica también transmitir una historia, una identidad y una obligación moral de bien, de verdad y de justo progreso. El patrimonio es un vínculo entre generaciones, una forma de honrar el pasado y preparar el futuro. La propiedad conservada es un lugar, ámbito y medio de libertad frente a los excesos del capitalismo y del estatismo voraz de las sociedades que se autoproclaman del bienestar.

Gómez Dávila afirma que la tradición es la memoria de los muertos y la herencia su voz, la herencia no es desigualdad arbitraria sino una expresión de continuidad, de gratitud y de deber. Heredar implica reconocer que no somos el inicio de la historia, sino parte de una cadena que nos precede y nos trasciende.

Estas consideraciones relativas al patrimonio y la familia deben leerse a la luz de un principio que la Iglesia católica ha defendido a lo largo de su historia. Esto es, los bienes y el patrimonio sirven esencialmente al destino universal de los bienes, a su necesaria utilidad para muchos pues el bien común y el regalo de la creación para todos sugieren que los bienes deben ser compartidos como parte de su destino. Esa idea se entiende naturalmente cuando se crece en familias numerosas. Los bienes están a disposición de sus miembros y prevalece siempre su funcionalidad a su pertenencia. Vivir en primera persona como se hereda una camisa, un traje familiar, el reloj antiguo,



“ El patrimonio familiar es la oportunidad de conectar el trabajo pasado de una generación con el reto futuro de la siguiente ”

educa en la idea de los bienes compartidos y es un antídoto eficaz contra egoísmo individualista.

El modo en el que se gasta y administra el dinero necesariamente se alinea con esta directriz del destino universal de los bienes que no es un mero ideal. El uso sensato del dinero, de la casa familiar, de la empresa recibida conlleva prudencia, inteligencia y sensatez. El horizonte de un bienestar compartido en comunidad es un aliciente para el emprendedor y para sus sucesores. De ahí que podamos afirmar que matrimonio, familia y patrimonio forman un triángulo inseparable. Cada vértice sostiene y necesita de los otros: sin matrimonio no hay familia; sin familia no hay transmisión de certezas; y sin patrimonio no hay continuidad. Defender este triángulo no es nostalgia, sino resistencia frente a la disolución cultural a la que cada generación tiene que hacer frente. El bien no se sostiene solo, defender estas verdades es afirmar que la libertad, la identidad y la virtud nacen en lo concreto, en lo heredado, en el compromiso personal y familiar. ■



La infancia de Cristo de El
Gerrit van Honthorst, 1620.
Museo Estatal de Hermitage

El valor hoy no está en el hacer bien, sino en el hacer mucho y rápido

Redescubrir el sentido del oficio es casi un acto de resistencia

POR **SANTIAGO MARTÍNEZ** | PERIODISTA

A las cinco de la mañana, mientras las ciudades aún bostezan, una luz se enciende en un obrador. No hay pantallas, ni métricas, ni reuniones por videollamada. Solo harina, levadura y silencio. Los panaderos del mundo meten las manos en la masa con un gesto que parece más oración que procedimiento. No tienen prisa. No buscan *likes*. Solo quieren que el pan de hoy sea mejor que el de ayer.

Hay en ese gesto una sabiduría antigua que no se aprende en *workshops* ni se mide en productividad. Vivimos en la era de la aceleración. El trabajo se ha vuelto cuantificable, visible, mercantil. Rendimiento, eficiencia, multitarea,

escalabilidad: palabras que han colonizado nuestro modo de entender lo que hacemos con nuestras manos y nuestro tiempo. El valor ya no está en el hacer bien, sino en el hacer mucho. Y rápido. En estos tiempos, redescubrir el sentido del oficio es casi un acto de resistencia.

Lo artesanal parece un anacronismo. Lo manual, una rareza. Lo humilde, una pérdida de tiempo. Sin embargo, hay un murmullo que crece: la intuición de que en medio del ruido necesitamos volver a la lentitud, al cuidado, a la materia. Volver al trabajo como oficio, no como mercancía. “El trabajo no es solo hacer”, escribió Benedicto XVI. “Es ante todo ser”. La lógica del rendimiento promete eficacia, pero nos roba algo más profundo: el sentido.

Quien tiene un oficio no solo tiene una habilidad. Quien tiene un oficio, tiene una forma de mirar el mundo. El carpintero que alisa la madera con paciencia, el zapatero que cose sin prisa, la bordadora que repite un punto heredado de su madre: todos ellos habitan el tiempo de otro modo. El sociólogo pragmático Richard Sennett, en su libro *El artesano*, lo expresa así: “El buen artesano no trabaja solo para vender; trabaja para entender el mundo y su lugar en él”.

Hay jóvenes que están volviendo a esta manera de comprender la realidad. Huyen del estrés digital, de los trabajos sin rostro, del cansancio sin sentido; y buscan talleres, escuelas de oficios, lugares donde volver a usar las manos, donde volver a aprender sin prisa. Donde cada error no es una caída, sino un paso más en la maestría. En un taller de restauración, en una panadería de barrio, en un curso de encuadernación artesanal, se respira algo distinto. No hay pantallas que parpadean, ni metas semanales, ni algoritmos. Solo trabajo y presencia. Materia y tiempo. Prueba de ello son los negocios de jóvenes

españoles que abanderan el saber hacer artesanal, como Otrar Madrid, una repostería donde el rey es el hojaldre hecho a mano y a la vista de todo el que pase por allí, o Formaje, una pequeña tienda especializada en quesos naturales de ganaderías sostenibles. En ambos casos, lo que se vende no es solo un producto: es una experiencia de autenticidad, de proximidad, de coherencia entre lo que se hace y lo que se cree.

Este fenómeno no es una moda ni una nostalgia vacía. Es un signo de los tiempos. Un deseo de recuperar el vínculo perdido entre el trabajo y el sentido, entre la producción y la vida buena, alejado de la fabricación en masa. Lo manual no es solo rudimentario; es profundamente humano. Lo artesanal no es solo estético; es profundamente ético. Porque nos recuerda que detrás de cada objeto hay tiempo, esfuerzo, dedicación, alguien que supo mirar con atención lo que hacía.

En la España rural, pervive a duras penas este modo de trabajar que se transmite de generación en generación. El alfarero que enseña a su nieto cómo sentir la arcilla, el herrero que forja con la misma técnica que su abuelo, la madre que enseña a coser a su hija mientras hablan del día... Hay ahí una pedagogía del hacer que escapa a las prisas del mercado y devuelve el trabajo a su verdadera dimensión: la de tejer vínculos, la de sostener la vida.

Incluso en los entornos urbanos, hay espacios que buscan recuperar esa sabiduría callada. Talleres colaborativos, cooperativas de producción local, ferias de oficios tradicionales... iniciativas que reivindican el valor del hacer bien hecho, aunque sea lento. A veces, el mayor éxito es poder mirar lo que uno ha hecho con las manos y sentir que ha dejado una huella y por eso uno de los regalos más comunes entre chicas en sus veinte y treinta es pasar

una tarde pintando un cuadro mientras se toman una copa de vino o dar forma a la arcilla frente a un torno.

“ El trabajo bien hecho -aunque no sea visible, aunque no sea viral- sigue siendo el único camino hacia lo duradero”

San José, el carpintero, ha sido durante siglos imagen de esta verdad. No escribió libros, ni fundó imperios. Trabajó con las manos. Crió con amor. Y desde ese taller pobre de Nazaret, nos enseñó que todo trabajo honesto es también una forma de participación en la obra de Dios. Hay algo profundamente espiritual en el gesto de quien trabaja con esmero. No por vanidad, ni por ambición, sino por fidelidad al proceso y por respeto a la materia prima.

Volver al oficio no es solo una decisión estética o profesional. Es, en muchos casos, un camino de regreso a uno mismo. A lo esencial. A lo que permanece cuando todo lo demás se ha vuelto fugaz. En tiempos de algoritmos y sobreproducción, el valor de las manos -y de lo que son capaces de hacer cuando están guiadas por el corazón- vuelve a brillar. No como una excepción romántica, sino como una esperanza real.

Este redescubrimiento de lo artesanal no solo nace desde abajo. En el otro extremo de la pirámide social,



la artesanía ha conquistado el mundo del lujo. Las grandes casas de moda como Loewe o Hermès han hecho de la producción manual su sello de distinción. En sus talleres los bolsos se cosen a mano, los tintes se aplican con paciencia, y cada pieza es el resultado de horas de trabajo concentrado. No hay prisa en esos procesos. El valor del objeto no está solo en los materiales, sino en el tiempo invertido, en la precisión del gesto, en la herencia de técnicas que se resisten a morir.

En este contexto, lo artesanal se vuelve exclusivo. No por esnobismo, sino por escasez: porque lo hecho a mano no puede multiplicarse al ritmo de las máquinas. Un bolso, una silla, un cuenco de cerámica, una lámpara tejida a mano: todo se convierte en símbolo de singularidad, de autenticidad, de un lujo que no grita, sino que susurra. En un mundo saturado de copias, tener algo único -hecho por una persona concreta, con un tiempo concreto- se vuelve un signo de identidad.

Lo mismo ocurre en el ámbito del diseño interior y la curaduría de espacios para viviendas de alto nivel. Los muebles recuperados, restaurados o contruidos a medida por ebanistas contemporáneos no solo decoran: narran. Cada veta de madera, cada imperfección visible, cada huella del trabajo humano, se integra como parte del lenguaje de una casa que quiere hablar de historia, de belleza, de tiempo. Así, el trabajo manual encuentra un nuevo lugar en las estéticas más sofisticadas: ya no como alternativa barata, sino como expresión de refinamiento.

Hay, sin duda, un riesgo de que lo artesanal se vacíe de sentido y se convierta solo en una etiqueta de *marketing*. Pero también hay una oportunidad: que esta valorización de lo hecho a mano, incluso en los círculos más elitistas, sirva para recordar que detrás del lujo verdadero hay siempre oficio, dedicación y alma. Que el trabajo bien hecho aunque no sea visible, aunque no sea viral sigue siendo el único camino hacia lo duradero. ■

Cuando el dinero cae, literalmente, de la 'nube'



POR **CARLOS ESTEBAN** | PERIODISTA

El dinero y el trabajo cambiarán radicalmente con la inteligencia artificial. Gurús tecno-millonarios como Musk o Altman planean una renta universal y un sistema masivo de redistribución de la riqueza. De lo que casi nadie habla es de la ingente energía que la IA consume.

Es curioso que uno de los personajes más emblemáticos de la Primera Revolución Industrial fuera legendario en los dos sentidos de la palabra, porque los historiadores dudan de que haya existido jamás un hombre llamado Ned Ludd. Sin embargo, sus seguidores, los luditas, representaron un dolor de cabeza para las autoridades en la Inglaterra de principios del siglo XIX. Se dedicaban a destruir telares mecánicos y otras aplicaciones de la máquina de vapor de Watt. Los luditas juzgaban que la mecanización, que permitía a una máquina hacer el trabajo de decenas de hombres, había venido a destruir sus puestos de trabajo y a sumir a la clase trabajadora en la pobreza.

Pero esta profecía no se cumplió. La mecanización no solo provocó un crecimiento del PIB anual per cápita del 10% anual a lo largo del siglo, según cálculos del Banco Mundial, sino que multiplicó los empleos, incluyendo los trabajos manuales, y aumentó los salarios reales un 50% entre 1800 y 1850. La máquina no venía a sustituir al trabajador, sino a facilitar su trabajo.

La irrupción de la Inteligencia Artificial ha generado su propia cohorte de luditas, que observan aterrados cómo el nuevo 'invento' amenaza con sustituir, no ya a los trabajadores manuales, sino también a abogados, médicos, periodistas y, en general, a cualquier profesión de iniciativa humana. Al fin y al cabo, este avance pretende recrear el modo de aprendizaje humano, con toda la velocidad, la potencia computacional y el acceso a toda la información disponible de un dispositivo digital en red. Por una vez, los optimistas en el mundo de la economía vacilan antes de pronosticar que el último avance tecnológico, como todos sus predecesores, creará más empleos de los que destruya.

La preocupación ante esta masa ingente de desempleados que no van a poder competir con la IA, que puede automatizar cualquier tarea, desde escribir código hasta diagnosticar enfermedades, llevó a la efímera popularidad de un aspirante a la candidatura presidencial demócrata, Andrew Yang, a basar su plataforma política en una Renta Básica Universal (UBI, por sus siglas en inglés) de mil dólares al mes para todos los norteamericanos a la que llamó "Dividendo de la Libertad" y que pensaba financiar con un IVA especial.

“Cualquier trabajo que alguien haga será opcional”

La idea no prosperó, pero en un futuro no tan lejano, la introducción de alguna forma de UBI se hará necesaria para hacer frente al paro masivo que muchos consideran inevitable. Uno de los que piensan así es el hombre más rico del mundo, Elon Musk, dueño de Tesla, X y SpaceX. Musk ve la UBI como una medida necesaria para hacer frente a la aceleración de la automatización y la inteligencia artificial, que acabará con un número enorme de empleos, dando lugar a un futuro de altos ingresos universales donde los robots realizarán la mayoría de las tareas, liberando a los humanos para otras actividades.

Para Musk, la UBI no solo salvaría al ciudadano medio de la pobreza, sino que lo liberaría para dedicarse a tareas de mayor nivel añadido, siquiera desde el punto de desarrollo personal. “A largo plazo — explica Musk—, cualquier trabajo que

alguien haga será opcional”, ya que la IA y la robótica se ocuparán de producir todo lo necesario para la vida.

Pero ¿de dónde sale la UBI? En el modelo de Yang, se trataría de una prestación social más, obtenida de los contribuyentes y repartida por el gobierno. Pero Musk, al igual que el creador de OpenAI, Sam Altman y otros pioneros del mundo tecnológico, tiene un enfoque más innovador: será la propia IA la que genere esa renta. La IA financiará la prestación mediante el ahorro de costes y el aumento de los ingresos en un sistema masivo de redistribución de la riqueza.

El propio Altman financió en 2016 un experimento en el que daba mil dólares en efectivo a cada una de las personas de un grupo de bajos ingresos durante tres años. Según la directora del estudio de OpenResearch, el resultado fue que los agraciados con esta insólita lotería trabajaban algo menos y gastaban sobre todo en artículos de primera necesidad.

Pero este pasado julio Altman explicó al podcaster Theo Von su última idea a este respecto: en vez de dinero, los beneficiarios recibirían "una participación en la propiedad de lo que la IA cree", lo que permitiría distribuir entre la población la riqueza acumulada por la IA. Estas 'participaciones' sugeridas por Altman llevan a otra pregunta que es esencial en una economía transformada por la Inteligencia Artificial: ¿qué será del dinero en este nuevo mundo? La respuesta de los pioneros de la IA es, como no podía ser de otra manera, digital. No es exactamente una novedad. Todo el mundo conoce y muchos usan bitcoins, la divisa digital sin banco central basada en la tecnología de *blockchain*. Pero la idea que tienen en mente los gobernantes sí estaría, naturalmente, controlada por un banco central: son las CDBC o monedas digitales

emitidas por un banco central. La Unión Europea ya ha anunciado la aparición de euros CDBC, en principio voluntarios y complementarios del efectivo normal.

Como era de esperar, la Unión Europea anuncia el euro digital como un bien absoluto, sin mezcla de mal alguno, pero la medida no carece ni de críticos ni de peligros objetivos, empezando por el más evidente: el poder político tendrá absoluto control directo y en tiempo real de tu riqueza, pudiendo introducir fecha de caducidad en las monedas para promover el consumo o limitando el acceso a la compra de determinados productos considerados negativos. Eso, sin contar con la falta absoluta de privacidad que significa que el poder conozca en todo momento cuánto dinero gastas, en qué y cuándo.

“ El poder político
tendrá absoluto
control directo
y en tiempo real
de tu riqueza”

Por su parte, los tecnomillonarios tienen sus propios planes. Altman, por ejemplo, tiene su propio proyecto de moneda digital, Worldcoin (ahora, simplemente World), que combina criptomoneda e identidad digital, una especie de pasaporte único para cada ser humano en el que figuran, junto a su crédito disponible, toda la información personal que pueda acumularse.

El proyecto de Altman, sin embargo, se ha topado con comprensibles barreras regulatorias, estando directamente prohibido en varios países como, por ejemplo, España, por problemas inherentes de protección de datos. Lo que parece inevitable es que la moneda corriente en un mundo dominado por la IA sea digital, ya sea privada como Worldcoin o controlada por un banco central, como el euro digital.

Pero los problemas que podría generar el dinero puramente digital no se limitan al riesgo más que previsible de control total o a los problemas de privacidad, sino que implican también al factor esencial —el talón de Aquiles, para muchos— en la economía de Inteligencia Artificial: la energía.

La moneda digital, ya sean las criptomonedas privadas o los CBDCs, requieren un prodigioso consumo energético. Toda la IA, en general. De hecho, las empresas desarrolladoras de Inteligencia Artificial tienden a mostrarse evasivas en cuanto al gasto real que exigen sus desarrollos. A efectos económicos podría definirse la revolución IA como la sustitución masiva del factor trabajo por la energía: no necesita (apenas) humanos, pero sí energía, en cantidades asustantes. Los centros de datos consumen el 1-2% de la electricidad global, proyectándose al 10% para 2030. Una consulta en ChatGPT

emplea diez veces más energía que una búsqueda en Google.

La IA exige energía barata y abundante. Es el factor clave, que eclipsa cualquier otra consideración. Quien consiga la energía más barata en mayores volúmenes ganará la partida del futuro en el gran juego: victorias militares, liderazgo económico, ventaja tecnológica. Eso explica todos los cambios geoestratégicos que estamos viendo desarrollarse en los últimos años.

“ La IA no necesita
(apenas) humanos,
pero sí energía,
en cantidades
asustantes”

Ese es, también, el peligro: en un panorama en el que las fuentes de energía representan la diferencia entre el éxito y el fracaso totales y, en cambio, el ser humano sobra, a cualquiera se le pueden ocurrir los riesgos. La crisis demográfica mundial, que se ve por muchos como la mayor amenaza de futuro, se convierte en una bendición en este escenario: menos energía para el consumo humano, menos masa de población que mantener a la sopa boba de la UBI.

Pero la historia, decía Chesterton, juega siempre a contradecir al profeta, de ir por caminos que ningún observador había predicho. La IA viene, de eso no hay duda, a cambiar radicalmente nuestra economía. Pero no hay que descartar en absoluto un “aterrizaje suave”, con pequeñas adaptaciones sucesivas a los cambios. ■

Borja Barragán

Experto en finanzas y CEO de Altum Faithful Investing

Dios y las inversiones ¿dos realidades irreconciliables?

“El éxito no es batir al mercado o acumular patrimonio, sino ser fieles al Evangelio al gestionar nuestro dinero”

Borja Barragán, padre de nueve hijos y CEO fundador de Altum Faithful Investing, defiende una mirada católica y madura sobre el dinero: ni miedo, ni idolatría. recuerda que la Providencia no excluye planificar; exige administrar. Y sí: se puede ahorrar e invertir siendo fiel al Evangelio.

POR **JOSÉ ANTONIO MÉNDEZ** | PERIODISTA

Para un católico, hablar de dinero, gestionarlo con diligencia y hacerlo crecer no es traicionar su fe, sino ejercerla. “El dinero es un medio; lo hace bueno o malo cómo lo obtenemos y cómo lo usamos”, afirma Borja Barragán, CEO y fundador de Altum Faithful Investing -firma que analiza e invierte según criterios derivados de la DSI-. Por su experiencia internacional y con nueve hijos, reclama superar complejos, planificar con prudencia y orientar los recursos materiales al servicio del Bien y de la Verdad.

La actitud de muchos católicos ante el dinero es temerosa o defensiva, como si fuese un enemigo. ¿Por qué nos relacionamos así con el dinero?

Si hay que generalizar -no son todos los católicos-, diría que existe una relación insana, más en los europeos que en quienes tienen

raíces anglosajonas. La razón es religiosa y cultural. Para un protestante, tener propiedades puede verse como un signo de bendición; el católico, históricamente, ha mirado el dinero con temor por la usura: “tener dinero es malo”, etc. También influye la percepción social: “si tiene dinero, lo habrá ganado de forma inmerecida o poco limpia”, con algo de envidia. Y hay una confusión general: tratar el dinero como fin y no como medio. Ahí los católicos debemos ponernos las pilas.

¿En qué sentido?

El enfoque anglosajón y el europeo son distintos. Este verano estuve en una conferencia del Napa Institute, en California. Reúnen a promotores de proyectos de evangelización y a filántropos católicos -familias, fundaciones...- para impulsar iniciativas. Es un lugar en el que los religiosos

se acercan a filántropos, y la respuesta que se encuentran es: “¿En qué te puedo ayudar?, ¿qué proyectos tienes en tu diócesis?”. La idea es clara: “tengo un patrimonio y, como católico, debo proveer para los demás”. Un obispo con el que comimos lo resumía así: en Europa, si propones un proyecto, la respuesta suele ser “es imposible”; en Estados Unidos, la respuesta es “dame seis meses y buscamos el dinero”. Tenemos que aprender a relacionarnos mejor con el dinero, para que sea un medio neutro: lo hace bueno o malo cómo lo obtenemos y cómo lo utilizamos.

Pero a veces pensamos que confiar en nuestros medios económicos es desconfiar de la Providencia...

No debemos confundir Providencia con sentarnos a esperar. Dios nos ha hecho providentes de nosotros mismos: nos ha dado inteligencia, dones y talentos para trabajar la creación. Planificar no contradice la Providencia; la encarna. Un padre de familia, un administrador de congregación o un ecónomo deben ahorrar y pensar a largo plazo.

Sí hay una tensión vital entre el “aquí y ahora” y el largo plazo; también entre vida terrena y eterna. Hay que vivirla con equilibrio, practicando virtudes como la templanza. Y Providencia y prudencia van de la mano: si a algunos se nos han dado bienes materiales, nuestro papel no es solo “propietario”, sino administrador. Un buen administrador practica la prudencia. Y a todos se nos ha encomendado alguien: padres de familia, obispos, religiosos. En mi caso —padre de familia numerosa— sería irresponsable no pensar en el porvenir de mis hijos.

¿Cuál es la actitud responsable para un católico al gestionar patrimonio y ahorros? El mundo dice: “busca el mayor rendimiento, aunque cedas principios”.

En general, se percibe el dinero como algo ajeno a lo espiritual y apenas le prestamos



Borja Barragán.
Foto cedida

“Aplicamos cuatro criterios de inversión: vida, familia, dignidad humana y cuidado de la creación”

atención trascendente... hasta que juntamos dinero y fe: entonces nos volvemos proteccionistas y nos cuesta más prestar dinero que tiempo o contactos. El dinero es importante, porque sostiene a la familia. Y en cómo usamos el dinero nos jugamos la fe. El “éxito” social es “dio el pelotazo, vendió la empresa, tiene millones”. Pero nuestro éxito no es batir al mercado ni acumular, sino ser fieles al Evangelio al gestionar. Ahí nos medimos. Los escándalos financieros en la Iglesia lo demuestran: una mala gestión del dinero confiado por los fieles genera gran incoherencia. Lo cómodo sería separar fe y dinero; pero no podemos. El dinero es ámbito moral, como la familia o la educación. San Francisco de Sales decía que se necesitan bienes para hacer el bien.

“ *Planificar no contradice la Providencia; la encarna. Dios nos ha hecho providentes de nosotros mismos*”

A veces sentimos culpa por tener dinero heredado o fruto del trabajo exitoso. Si tengo cubiertas mis necesidades, ¿qué hago?

Discernir sin comparar, ni caer en la envidia de “el césped del vecino siempre es más verde que el mío”. En mi casa somos nueve: ¿es malo buscar una vivienda más grande para mis hijos? No. ¿Es malo tener una furgoneta? Lo que no tendría sentido es comprar un coche de cinco plazas en el que no entramos aunque sea más barata. Cada

uno debe trazar la frontera entre esencial y no esencial. Lo clave es ¿qué hago con el patrimonio no esencial? Para un católico, la respuesta es ponerlo al servicio de personas, sin dilapidarlo. Así puede producir rendimiento para seguir haciendo el bien. Y eso cuesta entenderlo a veces.

¿Es contrario a la fe querer que el patrimonio genere más riqueza en vez de “dar todo de una tacada”?

La aproximación medieval no es la de hoy. Que el patrimonio produzca rendimiento plantea una tensión: cubrir necesidades urgentes hoy o invertir para seguir cubriéndolas dentro de 100 años. No hay fórmula mágica; es discernimiento. Hay quien fija un presupuesto anual de donaciones —porque hay urgencias en el mundo que necesitan de nuestro compromiso inmediato— y a la vez preserva capital para necesidades permanentes: hambre, formación... Sería irresponsable darlo todo y quedarse sin capacidad mañana. Lo importante es que el discernimiento exista, no cerrar los ojos.

¿Y hay prácticas concretas?

El diezmo es muy buena práctica. Dedicar a caridad un 10% de tu salario es lo bastante pequeño para no romper tu vida, y lo bastante grande para impactar tu presupuesto. No comparto la idea de “que la Iglesia lo dé todo ya”, porque dentro de 15 años no quedaría nada para socorrer a los pobres de ese momento. Y recordemos, además, que la propiedad privada es un bien para la enseñanza de la Iglesia: nadie cuida mejor su pasillo que uno mismo; y el pasillo de casa suele estar más limpio que la acera de la calle. Eso sí, es una propiedad al servicio del bien común.

¿Es posible invertir con criterios fieles a la Doctrina Social de la Iglesia —fondos, acciones, ETF...—, lo que hacéis en Altum?

Hace diez años habría dicho que era



Borja Barragán.
Foto cedida

imposible por falta de información; hoy, con la tecnología y la apertura de las compañías, es factible. Y es serio: nuestros hijos comen del dinero que somos capaces de generar. Nosotros evaluamos con objetividad dos cosas antes de invertir en una empresa: Su actividad, ¿entra en conflicto con el Magisterio? Y sus prácticas, ¿chocan con la Doctrina Social, con sus políticas de empresa? Te pongo un ejemplo...

Sí, por favor...

Una empresa que fabrica bolígrafos no entra en conflicto por su producto, pero si dona millones a una organización contraria a la vida o es promotora de ideología de género, como católico debo preguntarme si quiero apoyar eso y lucrarme con ello.

Nosotros aplicamos cuatro criterios: vida, familia, dignidad humana, cuidado y protección de la creación —bien entendida, sin ecologismo idolátrico ni equiparar un oso polar con un feto humano—. Estos pilares emanan de la Doctrina Social y recogen el legado de los últimos Pontífices: vida y familia (san Juan Pablo II), dignidad humana (Benedicto XVI) y cuidado de la creación (Papa Francisco) en su recto contexto.

¿Y pasan el filtro suficientes compañías?

Muchas. Analizamos alrededor del 90 % de la capitalización bursátil mundial —más de 5.000 compañías—. Aproximadamente el 70 % no entra en conflicto con el Magisterio; el 30 % sí. Esto rompe esquemas: algunos creen que “no quedará universo invertible” al ser coherentes con la fe. Pero no es verdad: hay empresas en todos los sectores y geografías. El problema es que las grandes gestoras invierten siempre en las más grandes... que suelen acumular más prácticas contrarias a la fe. En lugar de centrarse en su producto o servicio y dar un buen trato a sus empleados, dedican recursos a políticas de lobby y de ingeniería social que chocan con el Magisterio.

¿Habéis analizado índices como S&P 500 o IBEX 35 para saber cuántas pasan el filtro?

Es una pregunta muy buena. Del S&P 500, hoy pasarían alrededor de 130 compañías. Hemos hecho ejercicios de *backtesting* —cómo habría ido invertir en esas 130 a 1, 3 y 5 años— y el comportamiento es tan bueno o mejor que el índice convencional. Además, observamos que en EE. UU., las grandes tienden a ser menos conformes con la fe que en Europa, por sus prácticas; aunque esto está variando por los cambios corporativos recientes. Al final, muchas ideologías *woke* que han promovido las grandes empresas eran modas para ganar dinero, no convicciones reales. ■

“Obrad bien, que Dios es Dios”



POR **ÁLEX NAVAJAS** | PERIODISTA

Hacia tiempo que no iba al teatro. Es una de esas aficiones que muchas veces me he propuesto fomentar aunque, pasado un tiempo, se queda olvidada en el cajón de los buenos propósitos. Esta

vez me llamó un amigo para invitarme a ver *El teatro del mundo*, de Calderón de la Barca. ¡Qué poder, qué potencia conserva esta obra casi cuatro siglos después de su primera representación en Valencia!



Gran día de su ira
de John Martin,
1851-1853.
Tate Britain

Es sobrecogedor contemplar, al final del conocido auto sacramental –perdonen si les hago *spoiler*–, al Rey, al Rico, al Labrador, a la Hermosura, a la Discreción y al Pobre, desprovistos de toda gala, aguardando el juicio de Dios. Dos de ellos *pasan* el examen con nota y entran directamente en la gloria; otros tres lo hacen tras permanecer una temporada en el purgatorio... Pero la Riqueza... ¡ay, la Riqueza! Aquel rico Epulón no alcanza la misericordia de Dios –porque tampoco él la practicó en vida– y se precipita sin remisión a la condenación eterna.

¿Por qué Calderón amnistió al Rey, al Labrador e incluso a la fatua Hermosura, pero no dudó en arrojar a la Riqueza a lo más profundo del Averno? De fondo, sonaba una bella cantinela que se repite a lo largo de toda la representación: “Obrad bien, que Dios es Dios, que Dios es Dios”...

Me vino a la mente otra obra de arte –que, aunque de otro género y mucho posterior, aborda también magistralmente la cuestión de las riquezas–: *El hombre tranquilo*, la clásica película de John Ford sobre un boxeador medio irlandés medio americano (John Wayne), que regresa a su lugar de origen en busca de paz y acaba encontrando a la que se convertirá en su mujer, la actriz Maureen O'Hara. Ella encarna dos de los personajes calderonianos: la Hermosura y la Riqueza. Con su hermosura atrae a Wayne; con su ansia desmedida por las riquezas, lo ahuyenta. La esposa precisa de una auténtica catarsis para acabar arrojando, junto a su marido, el dinero de su dote a un horno ardiendo. Ahí, por fin, ha entendido que, si realmente quiere conseguirlo, debe escoger entre él y las riquezas.

Quizá sea necesario arrojar nuestras riquezas al fuego para evitar que sean ellas las que nos terminen arrojando

al fuego a nosotros. Evidentemente, no todos estamos obligados a “desposarnos con la Dama Pobreza” con la radicalidad del santo de Asís, pero sí a tomarnos en serio la advertencia de Jesús en el Evangelio de san Mateo: “¡Qué difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos! Es más, os digo que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios” (Mt 19, 23-30).

El camino que transita hacia el cielo es estrecho, y no es posible deambular por él con las alforjas demasiado llenas. Los santos, de hecho, lo recorren ligeros y despreocupados. Como escribió san Juan de la Cruz:

*Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*

Afirmar esto en la era en la que el ser humano ha vivido con más comodidad y holgura de la historia –la nuestra–, se torna escandaloso, alocado y extraño. Decía alguien que un ciudadano medio de nuestro tiempo vive con muchísimo más acomodo que cualquier rey de hace apenas un siglo. Y es verdad. Por eso, no olvidar las palabras del Maestro y abrazar la pobreza voluntariamente –cada uno en sus circunstancias y de acuerdo con lo que Dios, y no su imaginación, le pidan– se convierte en una tarea urgente. Los otros, seguramente, mirarán horrorizados –con una mezcla de incredulidad y burla– a esos fracasados que rehúsan tomar parte en la competición por acumular bienes en esta vida.

Pero, ¡silencio! Afinen el oído. ¿Lo escuchan? “Obrad bien, que Dios es Dios, que Dios es Dios”. ■

Natalia de Santiago
divulgadora económica y madre de familia

"El dinero no da la felicidad, pero la puede quitar"

La educación financiera no es prescindible

Natalia de Santiago, divulgadora de economía y madre de cinco hijos, conversa sobre el gran ausente en colegios y hogares: la educación financiera. Desde Alemania, donde reside, advierte del impacto del estrés económico en el bienestar familiar y cómo ponerle remedio.

POR NILO VIEJO | PERIODISTA



Natalia de Santiago.
Foto cedida

éxito de sus libros *Invierte con poco*, *Emprende en positivo*, *Invierte en ti* y de sus sagas juveniles de *Money Academy* son el mejor aval del impacto que tiene lo que dice, y cómo lo dice.

Si el dinero es tan importante para la vida diaria, ¿por qué tenemos tan poca formación en España, donde nos cuesta entender nuestra propia nómina?

A veces parece que en España estamos siempre peor, pero lo cierto es que la falta de educación financiera es un problema global. Es verdad que España sale muy mal en las encuestas y está a la cola de Europa, pero esto ocurre porque no se enseña educación financiera. Es como esperar buenos resultados en astrofísica sin enseñarla en el colegio. Si no se enseña en la escuela, la responsabilidad recae en los padres, que en su mayoría tampoco tienen formación económica. Solo las familias en las que los padres han recibido esa formación pueden transmitirla a sus hijos. Y está demostrado: al mejorar el nivel de educación financiera de una persona, mejora

“El dinero no da la felicidad, pero puede quitarla”, afirma Natalia de Santiago, ingeniera y divulgadora financiera, madre de cinco hijos y una de las voces más influyentes en materia de educación económica familiar. Sus más de 103.000 seguidores en redes sociales y el

también su entorno. Además, el nivel medio de las mujeres en este ámbito es inferior al de los hombres, y como son ellas quienes educan más tiempo, se les carga con una tarea para la que no están preparadas, perpetuando así el problema en lugar de romper el círculo.

¿Y por qué es tan importante tener buena educación financiera?

A todo el mundo le preocupa el dinero, pero a veces, parece que si te ocupas de ello eres un “tacaño”. Porque con el dinero, aún hay mucho tabú. Lo que sí buscamos todos es el bienestar: sentirnos bien con la vida que llevamos. Y, lo queramos o no, uno de los factores que más impacta el bienestar de las personas es la situación financiera. De hecho, en muchos estudios el dinero aparece como el segundo mayor factor de estrés; a veces sólo por detrás de un divorcio. Es verdad que el dinero no da la felicidad; está claro. Pero desde luego, puede quitarla. Porque el estrés financiero tiene un impacto terrible en nuestra vida y en la de quienes queremos. Además, ese bienestar financiero afecta a la felicidad a corto y a largo plazo, a la salud, al absentismo laboral y al futuro profesional. Y por eso es tan importante tener una buena educación financiera o, si no la hemos tenido, empezar a formarnos.

Así que el efecto “bola de nieve” que se suele citar para explicar el interés compuesto, también se aplica al bienestar cuando invertimos en formarnos en finanzas domésticas...

Totalmente. La mala noticia es que estamos fatal en educación financiera, y esto afecta a nuestra salud, a nuestra estabilidad personal y al equilibrio de nuestras familias. Pero la buena noticia es que subir nuestro nivel de educación financiera no es difícil y tiene un impacto positivo, con carácter inmediato y a futuro. Cualquier incremento en la mejora de nuestra gestión del dinero, desde hacer un presupuesto doméstico mes a mes, o empezar

a ahorrar a primeros de mes en lugar de a finales, o empezar a invertir, incrementa el bienestar de la persona, de su entorno, de personas lejanas a las que puedes ayudar, y hasta de la calidad de su trabajo.

Tiene cinco hijas. Si la educación nos corresponde a los padres como primeros educadores, ¿cuáles son las estrategias esenciales que debemos transmitirles?

Debemos distinguir tres ámbitos. Primero, educarnos a nosotros mismos. Porque los hijos no siempre te escuchan, pero siempre te miran. Así que todo lo que trabajes en tu relación con el dinero impacta en ellos. Y también les educamos por omisión. Pueden aprender a gastar o a ahorrar, a desentenderse, a verlo como un elemento de preocupación, a hacer presupuestos, a fijarse objetivos, o a no saber nada sobre cómo funciona la economía de una casa.

¿El segundo cuál es?

Empezar ciertos hábitos desde pequeños: ahorro, distinguir caprichos de necesidades, planificar. Si quieres algo grande, ahorras más tiempo. Con herramientas simples: hucha y paga, pero bien usadas y con criterio. No hace falta nada sofisticado.

¿Y el tercero?

Formarnos y formarles en contenidos más complejos, porque el mundo ha cambiado mucho y también el mundo financiero: inversión, tecnología, mercados, *blockchain*... Así que a partir de los 10 o 12 años, o cuando llega el móvil, hay que explicarles esos conceptos y enseñarles a distinguir fuentes. Porque si no, se crearán cualquier cosa que les diga el gurú de turno. Ten en cuenta que hoy se busca más consejo financiero en redes sociales que en profesionales; y en las redes hay contenido bueno, pero también muy malo. Esto requiere de interés e implicación de los padres. En esto, como en todo, si no se lo explicas tú, lo aprenderán en TikTok. ■



¿Tiene la Iglesia algo (concreto) que decir sobre economía (e impuestos)?



POR **JORGE SOLEY** | ECONOMISTA Y ESCRITOR

“Pues me imagino que sí” es seguramente la respuesta más probable. Nos hemos acostumbrado a una tan vasta profusión de documentos eclesiales sobre todo tipo de cuestiones, por no hablar de portavoces, obispos, sacerdotes y últimamente *influencers* católicos hablando de casi todo, que suponemos que algo habrán dicho sobre economía.

¿Cómo qué? Aquí la respuesta más probable sea algo así como que hay que ser generosos y solidarios, buenas personas que ayudan a los demás y que no se dejan dominar por el egoísmo. Y no es que eso esté mal, para nada, pero el problema es que suena a demasiado vago. De ahí ese “concreto” que hemos incluido en el título. ¿Dice la Iglesia algo concreto, con repercusión directa en nuestras vidas, o se limita a repetir buenos deseos, un poco al estilo de esos anuncios buenistas que nos asaltan en fechas navideñas?

La respuesta, y aquí ya somos nosotros quienes nos mojamos, es afirmativa... según lo que entendamos por “concreto”. Si buscamos una enseñanza de la Iglesia que nos diga el tipo porcentual de determinado impuesto ya avisamos del fracaso de esa búsqueda. La enseñanza católica en economía no entra en una prolija e interminable casuística —que, por otro lado, quedaría rápidamente obsoleta—, pero sí nos da criterios muy concretos para poder hacernos un juicio de lo que está bien y lo que está mal. También en economía. Y también cuando se trata de los impuestos, la segunda apostilla que incluíamos en el título y que, lo sabemos, son como la muerte: es imposible escapar de ellos.

Son criterios que no se basan en el capricho ni en la última ocurrencia de un teólogo, un obispo o incluso el mismísimo Papa, sino que nacen de la profunda y verdadera comprensión que sólo la Iglesia

tiene de quién es el ser humano y para qué está en este mundo: “Jesús revela al hombre lo que es el hombre”.

Pero no nos andemos por las ramas y vayamos a cuestiones concretas.

¡Viva la propiedad privada!

¿Les suena aquello de que “la propiedad es un robo”? Pues es mentira. Lo explica León XIII en la encíclica *Rerum Novarum*: “poseer algo en privado como propio es un derecho dado al hombre por la naturaleza”. La propiedad privada, pues, es un derecho natural que nadie puede pisotear sin violencia e injusticia. El Papa, además, lo concreta especialmente en el derecho a poseer tierra propia: el hombre “tiene en su mano elegir las cosas que estime más convenientes para su bienestar, no sólo en cuanto al presente, sino también para el futuro. De donde se sigue la necesidad de que se halle en el hombre el dominio no sólo de los frutos terrenales, sino también el de la tierra misma”. Ya podemos imaginar a Chesterton aplaudiendo: ¡es justo eso! ¡ya lo decía yo! ¡tres acres y una vaca!

Fijense, por cierto, en que León XIII dice, como algo obvio, que son los hombres los que tienen que elegir las cosas que estimen más convenientes para su bienestar. No los pedagogos, no los ingenieros sociales, no los funcionarios, no el Estado. Resulta obvio, pero hoy es negado por tantísimos que creen que saben mejor que nosotros lo que nos conviene.

¿Cómo se convierten los impuestos en expolio?

¿Y qué dice la Iglesia de los impuestos? ¿Hay que pagarlos o no?

San Pablo escribía a los gálatas: “Dad a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo”. El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que la sumisión a la autoridad y la corresponsabilidad en el bien común

exigen moralmente el pago de los impuestos y el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* recuerda que “los ingresos fiscales asumen una importancia económica crucial para la comunidad civil y política”. O sea que sí, que es legítimo que la autoridad nos ponga impuestos. ¿Todos? ¿De cualquier tipo?

El mismo *Compendio* recuerda, a continuación, algo muy importante y es que las finanzas públicas se deben orientar al bien común. Si el gobernante de turno maneja la recaudación fiscal como un botín para sus fines y los de los suyos... adiós legitimidad. Por eso Pío XI recordaba que ese gasto público debe atenerse al “rigor e integridad en la administración y en el destino de los recursos públicos”. La lectura del BOE no será una actividad muy entretenida ni placentera, pero es muy iluminadora para comprender lo lejos que estamos de lo que pedía el Papa.

Pero hay más: han sido varios los papas que han insistido en que toda la política fiscal debe “prestar gran atención al sostenimiento de las familias”. Enorme cuestión que afecta al fundamento de la sociedad, que no es otro que la familia. Podemos leer a este respecto y con gran provecho unos párrafos de la tan citada pero poco leída *Rerum Novarum* donde el Papa afirma que “la familia o sociedad doméstica, bien pequeña, es cierto, pero es verdadera sociedad y más antigua que cualquiera otra”. O sea, que la familia viene antes que el Estado y por eso “es de absoluta necesidad que tenga unos derechos y unos deberes propios, totalmente independientes de la potestad civil” y tiene derecho a “elegir y aplicar los medios necesarios en orden a su incolumidad y justa libertad”. Por eso cualquier impuesto —y cualquier legislación también— que socave la familia, que la haga dependiente del Estado, es injusta e ilegítima.

“ *La propiedad privada es un derecho natural que nadie puede pisotear sin violencia e injusticia*”

(León XIII, *Rerum Novarum*)

El impuesto a la muerte

Concretemos empezando por el “impuesto a la muerte”. Uno trabaja duramente toda la vida, paga impuestos por lo que gana con su trabajo y esfuerzo y ahorra para poder dejarles algo a sus hijos... y cuando muere viene el fisco a llevarse un buen pellizco. Estamos pues ante un impuesto que socava la propiedad y que considera a los hijos como individuos que pasaban por allí, no como a miembros de una comunidad, la familia, donde los bienes familiares están a disposición del bien común de la familia. Por el mismo motivo tampoco tiene sentido que cuando con tus ahorros quieres ayudar a tus hijos a pagar la entrada de la hipoteca venga el Estado a ponerte un impuesto y pegarle otro zarpazo a la economía familiar. Cuando las transmisiones de bienes que quedan dentro de la familia son tratadas como si fueran intercambios entre meros individuos, se está ninguneando a la familia y cometiendo una grave injusticia.

El impuesto de los pobres

Hay veces en que los impuestos no se ven. Eso no los hace mejores, sino que suele llevar aparejada una voluntad de oscuridad y camuflaje. Es el caso de la



inflación. Si preguntáramos, la opinión más generalizada al respecto es que la inflación es un fenómeno natural, como lo son los terremotos y huracanes. ¿Qué le vamos a hacer? Aguantarnos y sobrellevarla como mejor podamos. En algunos casos se vislumbra que hay acciones humanas detrás de la inflación, como cuando la guerra en Ucrania provocó el alza de la energía al cortarse el acceso al gas ruso, pero en general tenemos una actitud fatalista ante la inflación. Y sin embargo, cualquier estudiante de economía sabe que la inflación se produce, en ausencia de shocks como el antes señalado, por una mayor producción de dinero que, en consecuencia, pierde su valor. No es casualidad que desde el abandono del patrón oro, que vinculaba la emisión de moneda a un activo más o menos estable, se haya disparado la inflación. Así, nadie se extraña ante la imagen de gobiernos dándole a la máquina de imprimir billetes que sirven para ir pagando sus obligaciones pero que genera una pérdida de valor de

ese dinero. Siendo corresponsal en Berlín, en los años 1920, Josep Pla escribió sobre este fenómeno que llegó al extremo de que se llegaron a usar billetes de marco alemán para mantener encendidas las estufas. Ahora se puede seguir dándole a la maquineta, pero hay formas más sofisticadas de hacerlo. Lo que no cambia es que aumentar el gasto público por encima de nuestras posibilidades genera inflación. Déficit público e inflación son las dos caras de una misma moneda.

“ *La familia viene antes que el Estado y tiene derechos propios, totalmente independientes de la potestad civil*”

¿Y por qué a la inflación se le llama el “impuesto de los pobres”?

Impuesto porque funciona como tal: el gobierno recauda más —si hay inflación pero se mantienen los tramos del impuesto sobre la renta la recaudación se dispara— y obtiene más dinero para gastar también por la vía del endeudamiento. Pero resulta que la inflación, esa pérdida del valor del dinero y la consiguiente subida de los precios, afecta desproporcionadamente a los hogares con menores ingresos. ¿Por qué? ¿No suben los precios para todos? Sí, la subida de precios no discrimina, pero son las familias más humildes las que destinan un mayor porcentaje de sus ingresos a bienes y servicios básicos (como alimentos y transporte), que suelen ser los más afectados por el aumento de precios, empobreciéndolos así de manera especialmente intensa. Y aquí volvemos a uno de aquellos criterios que propone la Iglesia para determinar si las finanzas públicas se orientan o no al bien común, que es la clave para que un impuesto sea justo o, por el contrario, sea confiscatorio. Decíamos que la Iglesia pone como condiciones que el uso de los recursos públicos fuera riguroso y que se atendiese especialmente al bien de las familias; pues bien, Juan Pablo II añadía también que en la redistribución de los recursos, las finanzas públicas deben seguir el principio de igualdad... algo que la inflación, ese impuesto de los pobres, vulnera.

Cuando tus ahorros se van evaporando

¿Son sólo las familias más humildes las afectadas por la inflación? Ya hemos dicho que no, aunque por el tipo de bienes al que destinan la mayor parte de sus ingresos lo son en mayor medida. Pero hay otro grupo al que la inflación afecta y muy gravemente: las familias que ahorran. Sí, esas familias que se aprietan el cinturón

para poder apartar algo de dinero a fin de mes y, el día de mañana, poder usar esos ahorros para, pongamos, pagar los estudios de sus hijos, o una cuidadora para el abuelo con Alzheimer o sencillamente hacer una reforma en casa. Menuda sorpresa cuando se percatan de que, aunque nominalmente los euros ahorrados han crecido ligeramente por los intereses, en realidad valen menos por culpa de la inflación. Sí, dispones de más euros en el banco, pero como cada vez valen menos, lo que puedes pagar con ellos va menguando con cada año que pasa. Otra grave injusticia que apuntar en el haber de los que alegremente provocan inflación.

“ El déficit público y la deuda creciente son formas insolidarias y antifamiliares de vivir por encima de nuestras posibilidades”

La deuda pública siempre creciente es insolidaria y antifamiliar

Ahora que nuestro gobierno no controla la máquina de imprimir billetes, el modo habitual para conseguir los mismos fines es recurriendo a la deuda. Una deuda pública que no deja de crecer y que la mayoría de los economistas reconocen que es impagable. Pero ¿qué importa? Nos endeudaremos más y más y así iremos pagando los intereses...

hasta que algún día la bola de nieve explote —pero para entonces yo ya no estaré allí para verlo y padecerlo—.

Esta adicción a la deuda, además de provocar inflación, es una injusticia cometida sobre nuestros hijos y nietos, a los que dejamos una pesada carga de la que ellos no se beneficiarán: lo sabemos todos, la deuda sirve para pagar nuestros gastos a día de hoy... y el que venga detrás que arree. Un comportamiento egoísta que censuraríamos en cualquier vecino, pero que aceptamos en silencio cuando es el Estado quien incurre en él. Y es que el recurso constante a la deuda es síntoma de que hemos caído en el individualismo más atroz, actuando como si no tuviéramos responsabilidad alguna hacia nuestra familia, hacia los que nos sobrevivirán. Pero también de que idolatramos al Estado y le permitimos acciones que serían tildadas de inmorales si quien las realizara fuera otro.

Una mirada católica, y concreta, a la actividad económica

Podríamos seguir con más casos en los que las enseñanzas de la Iglesia nos iluminan sobre la justicia y moralidad (o no) de diversas medidas y actuaciones en el ámbito de la economía, pero el generoso editor de *La Antorcha* es comprensivo con los autores que se alargan... hasta cierto punto. Y sospecho que estoy llegando a ese punto. Pero aún puedo colarle algunas breves sentencias para redondear el tema. Como que respetar y ayudar a las familias es siempre una piedra de toque. Lo mismo que el bien común —por eso el mercado necesita un marco que regule sus límites—. O que el principio de subsidiariedad no es un brindis al sol, sino una regla clave para la salud social —por eso los colegios que nacen de la iniciativa de los padres de familia deberían tener preeminencia sobre los estatales—. O que la propiedad

no es absoluta, sino que sobre ella pesa una hipoteca social. O también que las cláusulas de los contratos no pueden ser abusivas (¿les suena aquello de la usura?). O, para acabar con la *Rerum Novarum*, que “defraudar a alguien en el salario debido es un gran crimen, que llama a voces las iras vengadoras del cielo” y que el salario del trabajador debe ser “lo suficientemente amplio para sustentarse a sí mismo, a su mujer y a sus hijos”. Bastante concreto, ¿no les parece? ■

“ Cualquier impuesto que socave la familia o la hacen dependiente del Estado, se vuelve injusto e ilegítimo”





Ana y Ricardo
junto a sus
hijos. Foto
cedida

Ana y Ricardo, *padres de cinco hijos*

Del abandono, la Providencia y, por supuesto, la prudencia

“Nos han timado con que la felicidad está en el bienestar”

Ana Martínez Muñoz y Ricardo del Olmo, un matrimonio de profesores con cinco hijos, no planifican su día a día desde la lógica de una hoja de cálculo y un presupuesto, sino que viven confiando en la fe, la entrega y la Providencia.

POR **AITOR LEKANDA** | PERIODISTA

Presentadnos a vuestra familia...

(Ana) Ricardo y yo nos casamos hace trece años y tenemos cinco niños: la mayor es Victoria, de diez años, Sofía, de ocho, Ignacio que tiene seis, Celia de tres y el pequeño Felipe; que tienes cinco hijos causa asombro, a veces incomodidad, e incluso comentarios inoportunos. A mí me sorprende su sorpresa porque para nosotros es algo tan precioso... para mí son cinco hijos únicos; no los veo en su cantidad, sino a cada uno.

(Ricardo) Ni Ana ni yo venimos de una familia como muy adinerada. La forma en que hemos intentado vivir desde que nos casamos ha sido poniéndonos en manos del Señor. La razón por la que tenemos tantos hijos está en la alegría profunda que nos ha aportado cada hijo. Es como un seguro porque te obliga a entregarte a una causa que merece la pena. No somos “la caña” por tener cinco hijos sino que tenemos muchos hijos porque nos gusta mucho ser felices.

Actualmente, parece que primero es vivir experiencias, viajes, disfrutar y al final tener un hijo... ¿por qué no habéis hecho eso?

(A) Sí, hay un vértigo, FOMO, ese miedo a no estar en otra parte en la que podrías estar viviendo otra cosa también estupenda... Pareciera que los hijos son algo que uno debe posponer para que no le roben estas otras experiencias, incluso que son una Wonderbox final. Pero nosotros hemos escogido la Wonderbox con mayúsculas. Para mí, casarme joven y haber tenido a mis hijos me ha permitido disfrutar de la vida en otra dimensión, nos hemos pasado el videojuego. La felicidad tiene mucho que ver con encontrarte haciendo cosas que no cambiarías por otras. Muchos viernes por la tarde, nuestro plan es estar en pijama y ver una peli con palomitas. La afortunada soy yo, porque ese plan no se puede elegir,

te viene dado como un regalo. Y lo que a mí me ofrece la vida siendo madre de cinco niños y estando casada con Ricardo, me parece el plan de los planes.

(R) Un hijo te “quita” un montón de cosas, pero la cuestión es si te las quita o tú las entregas, ¿no? O sea, que no es que me estés quitando eso, mi opción no es renunciar a todo eso, sino elegir otra cosa que es mucho mejor.

Hay estudios recientes sobre lo que cuesta un hijo a una familia, ¿habéis tenido en cuenta esos parámetros?

(R) Yo creo que es mentira porque nuestro salario no llega ni de coña a lo que se supone que costarían nuestros cinco hijos. Deberíamos ganar tres veces más... Otros padres se preocupan de que sus hijos tengan muchas cosas, y cosas muy buenas (idiomas, estancias en el extranjero...) pero nosotros no podemos. ¿Son realmente imprescindibles? Creo que no. Creo que lo que necesitan tus hijos de verdad es que sus padres se quieran. Para mí, lo importante de mi hijo no es que sea el CEO de una empresa. Mi objetivo vital es que mi hijo sea santo, que conozca al Señor y que pueda vivir una vida en la cual Dios sea el centro. Porque para mí eso ha sido la cosa que me ha garantizado vivir con sentido en mi vida, a pesar de las dificultades que he tenido. Todo lo demás les vendrá bien o mal, pero yo sé que a lo mejor si un hijo mío en el futuro va a estar en el paro o va a estar enfermo... si tiene al Señor en el centro, su vida va a poder seguir teniendo sentido.

(A) Creo que es empobrecer mucho lo que supone un hijo y lo que supone la vida. Es mucho más lo que les quitamos cuando por ese cálculo privamos de un hermano a nuestros hijos, porque es una riqueza incuantificable. El excel se puede reajustar, pero la falta de un hermano, eso ya es un bien insustituible.



“ *No somos unos héroes por tener cinco hijos; tenemos cinco hijos porque nos gusta mucho ser felices*”

(R) Cuando estábamos a punto de casarnos, yo trabajaba en una empresa de arqueólogo y el salario era muy bajo. Entonces, se empezaron a romper los radiadores del piso y salía agua por todos lados. Llamé a un sitio a preguntar cuánto costaría arreglarlo y me dijeron que unos tres mil euros. Yo no tenía ese dinero y estaba angustiado, porque era invierno, no podía poner la calefacción y además era la casa que heredé de mis padres, ya fallecidos, y ver cómo se desmoronaba me causaba bastante dolor... Entonces un amigo sacerdote me llamó y me dijo:

No hemos pensado en el futuro al que los abocamos, de soledad enorme, de tantos hijos únicos que no tendrán primos, esa sí que es una riqueza que les hemos dado y me imagino con gran ilusión en el futuro también.

¿Qué papel juega la Providencia en vuestros planes? ¿Sentís esa ayuda y cercanía del Señor?

(A) En nuestro caso es un factor que ha sido muy importante, primero en nuestro matrimonio, que nos ha hecho conocernos de una manera absolutamente providencial, pero luego también que camina y vive aquí, también en este piso pequeño con nosotros. Como madre, me hace descansar mucho saber que estos cinco niños tienen a Dios como padre también y que Él es el quien va a cuidar de ellos en primera instancia.

Cuando me quedé embarazada de mi tercer hijo, Ignacio, yo no tenía trabajo. Hice varias entrevistas, parecía posible que alguna de ellas saliera, pero nació Ignacio y ninguna salió. Ese verano habíamos ido a Fátima de peregrinación familiar para pedir un trabajo. Y resulta que nos encerraron a todos en casa, llegó el confinamiento, y vi que la providencia era no trabajar, tener tiempo de cuidar de ese bebé que era muy pequeño, y de las otras dos niñas. Y estando encerrados en nuestra casa, el día de la Virgen de Fátima me llamaron para trabajar en la universidad en la que hoy trabajo. Después de colgar, se me caían los lagrimones, pero no por el trabajo, sino porque me abrumó ver hasta qué punto Dios es un Padre. Además, para que te enteres y te quede claro, te acuerdas de esa foto que nos hicimos en Fátima pidiendo un trabajo y que fuera ese día y no otro, pues a mí me conmovió profundamente y para mí fue un sello que me hizo tener claro que no había nada que temer.

Yo creo que la gente vive en la ficción de que puede controlar su vida y no es verdad. Hay gente que se planifica “dentro de tantos años ya tendré mi primer hijo...”. Eso es una ficción porque la realidad es que tu vida la controlas muy poco o nada. Si yo tuviese que ser el responsable de que todos mis hijos y mi mujer y yo mismo alcanzásemos todo lo que tenemos que alcanzar y todo saliese como tiene que salir, ¡ostras, qué presión! Pero yo sé, porque lo he vivido, que eso no es así. Por supuesto que hay que ser responsable, no hay que ser un cabeza loca y Ana y yo tenemos horizontes clarísimos, pero ¿cómo vamos a llegar a ese horizonte o cuándo? Pues no tengo ni idea. Y ahí es donde intentamos dar el “sí” al Señor y es un regalo porque es un descanso saber que no depende de mí todo, y que la vida de mis cinco pequeños está en manos de Dios.

(A) A nuestra generación nos han timado totalmente y nos han hecho creer que la felicidad tiene mucho más que ver con el bienestar que con dar la vida, que es lo que verdaderamente llena. Entonces, claro, efectivamente tener cinco hijos te quita mucho bienestar, tiempo, dinero, confort... además en este piso es fácil verlo.

También nos han engañado mucho con la realización profesional. Hipotecamos lo que verdaderamente es importante, haciéndonos sentir contentos por haber podido llegar a cotas profesionales altísimas. Eso sí puede esperar, pero por el camino perdemos el sentido auténtico de la vida, que tiene mucho más que ver con que mi vida sea para otros, con que mi vida dé fruto. Ricardo y yo somos ricos en lo importante y verdaderamente ambiciosos en el mejor de los sentidos, porque tenemos algo grande que no es mérito nuestro porque nos ha sido regalado, y no me arrepiento de nada, al contrario, cada vez soy más feliz, y me siento más agradecida de tener esta familia. ■

“alguien me ha dado este sobre para ti con la única condición de que no te diga quién es”. En el sobre había tres mil euros. Yo no había contado a nadie lo de la casa, sólo lo sabía Ana y ella no tenía ese dinero. Yo lo viví totalmente como un guiño del Señor, en plan “tranquilo, las cosas van a ir bien”.

La clave de la felicidad parece estar hoy en la capacidad de elegir, pero en vuestra vida hay muchas cosas que vienen dadas. ¿Se puede ser feliz así?

(R) La gente confunde el albedrío con la libertad. Albedrío es la capacidad de elegir entre distintas opciones y parece que cuantas más opciones tienes mejor es todo. Pero elegir siempre la que te hace daño o la que te lleva hacia el sumidero, eso no es ser libre. Por ejemplo, no creo que yo sea menos libre que uno que puede irse a Tailandia en verano y hacer un montón de cosas. Uno puede tener cien mil opciones y no ser nada libre, y uno puede tener muy pocas opciones en su vida y ser totalmente libre.



Mafalda y la relación con el dinero. Quino

Cochino dinero, pero no



POR **CARLOS FIDALGO GALLARDO** | PROFESOR TITULAR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN DE ESPAÑA

Yo, también con Manolito

No hace mucho, Luis Ventoso rompía una lanza en *El Debate* por Manolito Goreiro, uno de los amiguitos de la gruñona pero entrañable Mafalda¹. No es un punto de vista habitual al acercarse al personaje, como puede comprobarse con una simple y rápida búsqueda en Internet, donde Manolito es habitualmente descrito como el rústico e insensible hijo de un tendero, en el mejor de los casos; o con más frecuencia denigrado como el arquetipo de explotador capitalista en potencia.

Frente a Manolito, Mafalda es la defensora de todas las causas nobles, la desfacedora de entuertos... desde el salón de su casa o desde los columpios del parque del barrio, como hoy tantos internautas dedicados a salvar el mundo tuit a tuit. El mismo creador de las tiras cómicas, el argentino nacionalizado español Joaquín Lavado "Quino" (1932-2020), aun tratando con cariño a todos sus personajes no dejaba de manifestar claramente sus preferencias —marcadamente ideológicas— por la soñadora Mafalda.

Ventoso ponía de manifiesto, con elegancia y gracia, cómo la idealización de Mafalda y la denigración de Manolito son, como poco, injustas y maniqueas. Me hizo recordar una conocida tira, donde Mafalda se queja agriamente ante Manolito de lo breves que habían sido sus vacaciones estivales, pues no les había alcanzado el dinero para más: "¡El dinero!", clama la niña mientras se marcha malhumorada, "¡siempre el cochino dinero!". Mientras la ve alejarse, Manolito —con sus rasgos toscos, su peinado austero, su sobria ropa de dependiente—, replica a su, a pesar de todo, amiga: "¿A que mientras tuvieron dinero para gastar no se les ocurrió cuestionarle la higiene!?". No es un detalle secundario que Manolito, a la sazón, se había quedado en la ciudad todo el verano ayudando en la tienda familiar.

El dinero en efecto frecuentemente es tildado de sucio, de cochino... pero sólo cuando es de otro. Cuando está confortablemente alojado en el propio bolsillo o fielmente asentado en la propia cuenta bancaria —a ser posible, generando intereses— se transmuta en sustancia

perfumada y pierde todas sus connotaciones negativas. Pasa a ser, como mínimo, digna retribución y justa recompensa —que ya puestos debería ser incluso mayor— a los propios esfuerzos, por supuesto dignísimos. Lo cual es, de nuevo, una perspectiva muy *mafaldesca*, pues si no se tiene suficiente, o si lo que se ha percibido como contrapartida a la propia industrioidad no parece equilibrado o justo, debe ser porque alguien lo retiene o escatima injustamente.

Revolucionarios de lo ajeno, conservadores de lo propio

La naturaleza humana, tan obstinada en permanecer inmutable a través de los siglos y las épocas, hace en efecto que se tienda a ser revolucionario cuando no se tiene —y de lo que no se tiene—, y conservador de lo que se ha conseguido atesorar. Un poco en la línea de Sartre, pero con un toque más de andar por casa, pensamos que los ricos son siempre los otros. No es por eso de extrañar que los empellones tributarios que gobierno tras gobierno van asestando a los sufridos contribuyentes suelen encontrar mucha menos resistencia de lo que deberían. Siempre me ha resultado sorprendente que un responsable de Hacienda pueda postularse como cargo electivo de nada, pero ahí tenemos a la inefable María Jesús Montero haciendo campaña por la presidencia de la Junta de Andalucía, anunciando (¿amenazando?) con gravar con más impuestos... por supuesto "a los ricos".

Y es que el dinero es una realidad compleja, a la que cabe aproximarse desde diversísimas perspectivas. Los economistas lo analizan, entre otros, como unidad de cambio o como depósito de valor. Se enzarzan en intensos debates que no parece que vayan a amainar en el futuro, tanto más que en esta área los argumentos están muy teñidos de ideología. Pero resulta especialmente interesante la relación, más que estrecha cabría

decir que intrínseca, del dinero con la libertad y con esa realidad tan inasible que es el tiempo.

De nuevo, no se trata de adoptar un enfoque superficial, marxista pero de Groucho Marx, y limitarse a afirmar jocosamente que el dinero —sea lo que sea— no da la felicidad pero sí que permite comprarla. Es más bien ahondar en el fondo antropológico que liga al dinero con la capacidad exclusiva del ser humano de, partiendo de la conciencia de su condición y sus circunstancias presentes, proyectarse hacia el futuro —no otra cosa es especular, en su sentido etimológico— y comprometerse con un proyecto de vida y de crecimiento que acabe desembocando en un yo mejor.

Un apunte histórico: Pedro Olivi y los debates medievales en torno a la usura

En este punto, la perspectiva puede verse distorsionada por un defectuoso entendimiento de la proscripción histórica (y bíblica) de la usura, y más allá de eso por la influencia de los pauperismos de todo género que han idealizado la pobreza (más bien, la miseria), equiparándola casi a virtud: si es pobre, es bueno; es más, si es pobre, es porque alguien —alguien malvado, se entiende— le ha quitado o retiene injustamente lo que es suyo. Son planteamientos que entienden —erróneamente— las relaciones humanas como juegos de suma cero, y que pretenden legitimar cuando no bendecir los afanes redistribucionistas de los recursos y de la riqueza, hoy asumidos de forma entusiasta por unos inmensos Estados providencialistas de los que una masa clientelar cada vez mayor espera que amparen y sostengan al individuo, constitutivamente necesitado y legalmente capitidismínuido, desde la cuna hasta la tumba.

La usura es un tema singularmente complejo, y ni aquí hay espacio ni quien escribe está capacitado para hacer un análisis exhaustivo de esa espinosa cuestión². Baste decir en este momento, en primer lugar

¹ "¿Mafalda? No, somos fans de Manolito", en

https://www.eldebate.com/opinion/20240930/mafalda-no-somos-fans-manolito_231427.html

² Para el lector interesado en profundizar, son especialmente interesantes obras como Benjamin NELSON, *The idea of Usury. From tribal brotherhood to universal otherhood*, Princeton University Press, Princeton NJ (1949), y John T. NOONAN, *The scholastic analysis of usury*, Harvard University Press, Cambridge MA (1957).

que, aunque en la antigüedad la condena de la usura no fue universal, sí la sostuvieron pensadores no precisamente prescindibles como Platón, Aristóteles o Cicerón. En segundo lugar, no puede dejar de hacerse referencia a la interdicción bíblica de la usura... como tampoco puede dejar de subrayarse que en el judaísmo antiguo lo que se condenaba era el préstamo con interés entre judíos, pues en préstamos a gentiles sí que se consideraba lícito cargar un razonable interés como compensación al riesgo de impago y como retribución del servicio prestado. En la actualidad, haciendo un esfuerzo que más que de síntesis es de mutilación, puede resumirse el estado de la cuestión diciendo que lo que se considera usura y por tanto reprobable es cargar un interés excesivo.

Los debates en torno a la usura, que no son sólo jurídicoeconómicos sino sobre todo morales, vienen por tanto de largo y han adoptado distintas formas en función de las circunstancias históricas. Especialmente sugerentes e ilustrativas son en esto las polémicas en las que se enzarzó en la segunda mitad del siglo XIII un fraile franciscano de la primera hora, Pedro de Juan Olivi (1248-1298).

Aunque inmensamente popular en su tiempo —las aglomeraciones de peregrinos que visitaban su tumba en los años inmediatamente posteriores a su muerte rivalizaban con las que se formaban en torno al enterramiento del mismísimo *poverello* de Asís—, Olivi ha sido en buena parte olvidado —en España, sin embargo, ha estudiado en profundidad su obra el Catedrático Rafael Ramis Barceló—.

Olivi vivió y enseñó mayormente en la Provenza francesa, donde desarrolló una amplia labor académica que en muchos aspectos anticipa o anuncia posteriores desarrollos de la Escuela de Salamanca. Era el suyo un tiempo de explosivo crecimiento de la actividad económica, donde los esquemas tradicionales de la economía del trueque eran claramente insuficientes para encauzar

un desarrollo comercial floreciente. Los comerciantes de la época necesitaban y demandaban nuevos instrumentos jurídicos, económicos y financieros, que les permitiesen tanto desarrollar su actividad y asegurar sus beneficios, como ajustarse a los preceptos morales de la Iglesia y salvar sus almas.

Entre otros muchos temas, Olivi entró a analizar la tradicional prohibición bíblica de la usura, tantas veces entendida como la absoluta interdicción de cargar cualquier interés a toda operación comercial —y especialmente a los préstamos de dinero—. En su obra *De contractibus*, expuso casos en los que argumentaba que cargar intereses a un préstamo podría considerarse práctica correcta y sobre todo moralmente aceptable. El prestamista, argumentaba Olivi, tiene una razonable y legítima expectativa de ser compensado por el esfuerzo puesto en la generación y acumulación del capital prestado (labor), por el riesgo de impago asumido al prestarlo (*periculum*), y por el propio servicio rendido al prestatario (industria).

Los adversarios de Olivi se opusieron ferozmente a las tesis del fraile, salpimentando sus argumentos académicos con acusaciones de impío y de heterodoxo. Se apoyaban en primer lugar en la consideración de que el dinero es estéril, en la medida en que no produce de por sí frutos como sí lo hacen los animales o las plantas; de ahí, argumentaban, resulta que cargar interés por el uso del dinero sería equivalente a cobrar por nada. En segundo lugar, aducían que el tiempo —que es al fin y al cabo lo que se retribuye al cargar interés— es un bien extra commercium, no susceptible de compra o de venta: si Dios da el tiempo por igual a todos, cargar interés sería injusto porque se estaría cobrando al prestatario por algo que ya es suyo. En tercer lugar, y a mayores, los críticos de Olivi argumentaban que, si el tiempo es de Dios, cargar interés sería equivalente a vender algo que sólo a Él pertenece.

DEBIDO A LA EXTENSIÓN DEL ARTÍCULO, REPRODUCIMOS UNA PARTE. SI DESEA CONTINUAR LA LECTURA, EL ARTÍCULO COMPLETO ESTÁ DISPONIBLE EN PDF A TRAVÉS DEL SIGUIENTE CÓDIGO QR



Reflexiones de los Evangelios



El dinero del tributo
de Pedro Pablo
Rubens, 1612-1614.
Museo de Bellas Artes
de San Francisco

Los sacerdotes Declan Huerta, Miguel Navarro, Pablo Pich, e Isidro Molina comentan cinco pasajes del Evangelio relacionados con el dinero.

Por la longitud de las lecturas de estos Evangelios reproducimos únicamente un fragmento. Te invitamos a leer el pasaje completo antes de leer estas reflexiones.

Dios no queda fuera del dinero

Lectura del santo evangelio según san Lucas 20, 25

¿Es lícito que nosotros pagemos tributo al César o no?. Habiendo advertido su astucia, les dijo: "Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción?". Le dijeron: "Del César". Y él les dijo: "Pues bien, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

En este Evangelio se da una alianza fantasmal entre los fariseos y herodianos, los primeros, enemigos de los romanos, nacionalistas judíos que acabarán desencadenando la destrucción de Jerusalén del año 70 y los segundos, amigos de ellos que terminarán desapareciendo y mutando en otras clases similares con el devenir de los tiempos. Ambos se alían para atacar a Jesús tendiéndole una trampa. La pregunta de a quién debemos pagar impuestos, a Dios o al César, es aparentemente un callejón sin salida, lo que diga enfadará a unos o a otros. La conocida respuesta del Señor, previo juicio lúcido acerca de su hipocresía ha desencadenado ríos de tinta en interpretaciones.

¿Qué entienden los que ostentan el poder? Que las cosas de Dios se resuelvan en las iglesias y sus sacristías, pero todo lo demás, todo lo público es del César, del poder, ahí Dios no entra y así lo enseñan y lo recuerdan constantemente.

“¿De quién es la imagen de la moneda?” pregunta el Señor, “Del César”, pagadle a él, ¿pero quién creó el rostro del César? Es creado a imagen y semejanza de Dios, “Y dijo Dios, hagamos el hombre a imagen y semejanza nuestra... Creó pues, el hombre a imagen



POR P. ISIDRO MOLINA

suya, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó... Y vio Dios que había hecho bien y todo estaba muy bien” Gn 1, 26; 28; 31. El César es de Dios, todo es de Dios. El Señor no está aquí proclamando la separación Iglesia-Estado, todo es suyo, “En ti vivimos, nos movemos y existimos; y todavía peregrinos en este mundo, no sólo experimentamos las pruebas cotidianas de su amor, sino que poseemos ya en prenda la vida futura por las que esperamos gozar de la Pascua Eterna, porque tenemos las primicias del Espíritu por la que resucitaste a Jesús de entre los muertos” Prefacio V Dominical del tiempo ordinario. Toda la creación y el poder es dado al hombre por Dios para dominarlo y administrarlo. “Sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptar sobre la tierra” Gn 1, 28-29. La misión es de administrar la tierra de la que se nos pedirá cuentas a todos, los que ostentan el poder, los creyentes y los no creyentes, como tantas veces nos recuerda el Señor en el Evangelio. El Señor pues nos recuerda el deber de respetar y pagar los impuestos al gobierno legítimo, pero en todo lo demás somos de Él, a Él le debemos la vida y especialmente la vida eterna.

La viuda pobre

Lectura del santo evangelio según san Marcos 12, 41-44

Llamando a sus discípulos, les dijo: "En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir".

El Evangelio de San Marcos nos presenta la diferencia entre las personas que dan mucho dinero y lo que supone que una viuda dé lo que necesita, aunque sea muy poco.

Quisiera reflexionar con vosotros sobre este párrafo del Evangelio. No sé si habéis intentado alguna vez ayudar a una viuda. Cuando pierde a su marido, todo el mundo va a visitarla, le ofrece lo que necesite, y después, se marcha. En algunas ocasiones, se queda para ver qué hacen los demás. Si alguno intenta ayudarla, suelen criticarlo, empiezan a decirle que no está obrando correctamente, y si alguien permanece a su lado por más de tres días, es probable que hasta le nieguen el saludo: ¿no te ha pasado nunca? Pues señal de que no te has implicado mucho, porque viudas que necesitan ayuda, hay cada día más... y personas dispuestas a dar lo que les sobra, pero sin implicarse, de esas, todavía hay más.

El apóstol Santiago, en su carta lo dice claramente: "La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo". Te reto a que encuentres una frase más concreta y clara en menos palabras. Sin embargo, el fragmento evangélico le hace tener que explicar a Jesús, que los que dan lo necesario para vivir son los que más dan. A mí me gusta también poner en paralelo el dinero y el tiempo. Porque muchos no tienen dinero en abundancia para dar, pero sí disponen de tiempo, y en eso son tan rácanos como los usureros. Cuesta mucho dar tu tiempo,



POR P. ANTONIO MARÍA DOMÉNECH

que “necesitas para vivir” a los demás, bien sea escuchando, consolando al que está triste, dando algún consejo. ¿En qué dedicas tu tiempo libre?, puede ser una reflexión indispensable para las semanas o los meses que vienen.

Por otra parte, “ayudar a la Iglesia en sus necesidades” es uno de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, y aunque es verdad que con el tiempo también se ayuda, hoy te invito a pensar si estás dedicando algo de tus ingresos a alguna causa de caridad, o a alguna familia que lo necesite, a ayudar a alguna viuda, o huérfanos que conozcas. Quizás el tener de todo nos ha hecho olvidar lo importante para muchos de una sola moneda, quizás haber estado atendidos por nuestra familia siempre, no nos hace valorar lo que supone tenerla, o el hueco emocional que provoca no poder estar con ella para tantos.

Por último, la viuda que ve Jesús da lo que necesita para vivir, ¿qué necesitas tú para vivir? ¿qué has hecho imprescindible para tu vida? Si lo más importante no es el dinero, ¡enhorabuena! “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón”, dice también la Escritura. Y en otro lugar dice: “De la abundancia del corazón, habla la boca”. Tú, ¿de qué hablas? ¿Cuántas veces sale de tu corazón una palabra sobre Jesús o su Santísima Madre? Quizás no solamente hemos de hablar de ellos en el tiempo que nos sobra. Quizás su cercanía y el conocimiento de sus corazones, lo necesitamos para vivir. Piénsalo.

Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: "Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más". Jesús le dijo: "Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido".

La relación de Jesús con el dinero que transmiten los Evangelios puede dar lugar a una cierta perplejidad. Lejos de considerarlo un mal absoluto, el dinero recibe un tratamiento por parte de Jesús del todo funcional. Varias veces se cuela en sus enseñanzas, no como un antagonista, sino como criatura que cumple un papel. Desde la dracma perdida que merece la alegría de la mujer que la encuentra, a la moneda que le entrega un pez del mar de Galilea para pagar el tributo que se le impone, pasando por la moneda del César sobre la que discute la legitimidad del impuesto romano, Jesús concibe el dinero como algo capaz de cumplir una función auxiliar en la obra de instauración del Reino.

Lo interesante del encuentro con Zaqueo es que permite ver cómo el dinero, más allá de las manos de Jesús, puede pasar de ser ocasión de perdición a ser incluso ocasión de salvación en el caso de un pecador. Se nos dice que Zaqueo es "jefe de publicanos y rico", que sin duda es una redundancia claramente buscada, algo así como "rico entre los ricos", hipérbole muy del gusto oriental. Dada su estatura, se antoja casi como una cualidad compensatoria buscada con afán. Zaqueo parece un hombre resuelto, es casi imposible tomar de él en el texto una imagen estática: corre, se adelanta, sube,



POR **P. DECLAN HUERTA**

baja, tiene prisa. Su verbo y su dinámica vital de acción-reacción muestran a un hombre habituado a ir siempre por delante. Y es bonito, porque permite ver cómo el dinero en Zaqueo, una vez captada la atención de Jesús, se ha deslizado rápidamente a ocupar su lugar natural, el de una criatura presta a obedecer esa orden singular de Jesús, manifestada tan solo tres capítulos más atrás, la de ganar amigos hasta que nos falte el dinero, y llegar así hasta las moradas eternas (cf. Lc 16, 9).

Un cálculo rápido le permite a Zaqueo reorientar el papel del dinero en su vida. Dos transacciones que van encaminadas a reparar el mal hecho a conciencia defraudar a otros, dice él y a aceptar su condición de administrador y no de dueño para canalizar su riqueza hasta los pobres. Si Jesús va a hospedarse en su casa, lo hará ahí donde el dinero vuelve mansamente al lugar que le corresponde, que no es otro que el de ser un medio, no un fin.

Zaqueo tiene a su alcance la salvación que se hospeda hoy bajo su techo. Podrá comprobar de primera mano cómo todo lo acumulado con tanto afán es incapaz de hacer sombra al único bien que, a pesar de todos sus esfuerzos, no ha podido comprar hasta la fecha: Dios como amigo y huésped.

Reproduciendo a Cristo

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25, 14-30

Porque es como un hombre que al marcharse de su tierra llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno sólo: a cada uno según su capacidad; y se marchó.

¿Para qué son los talentos? ¿El Señor nos está diciendo que hagamos rendir el dinero sin más? ¿Habla de rédito económico?

Jesús nos habla, en la parábola, de hacer fructificar, de doblar los talentos.

Podemos pensar en que ese doblar es doblar una cantidad, pero también podría tener otro sentido: doblar en cuanto a producir algo según un modelo. Reproducir una cosa igual o imitar. Así, Dios nos ha creado según una imagen que tiene de nosotros y nos da las herramientas para que podamos ser aquello que quiere que seamos y estamos llamados a ser para glorificarlo. Él nos ha creado a su imagen y semejanza, y a cada uno de una forma peculiar. Esas herramientas son su propia vida que se nos da a través de la gracia.

¿Cuál es nuestra misión? Tenemos una tarea: seguir a Cristo para poder pintar un cuadro. Ese cuadro es nuestra propia vida. En la medida que vivimos en gracia y somos fieles a la voluntad divina, el cuadro se va pintando como el mismo Dios lo ha pensado. En la medida que nos apartamos de Cristo, el cuadro queda sin pintar.

Al final de nuestra vida, presentamos ese cuadro al Señor, y Él lo compara con el modelo que nos había dado y pensado para nosotros. En la medida que ese cuadro es más parecido a aquel modelo (nuestra vida más semejante a la de Cristo), los talentos son doblados, tenemos el doble de esos talentos, una reproducción de ellos. Si, por el contrario, presentamos un cuadro en blanco, no podremos participar de la vida



POR **P. PABLO PICH**

divina, pues no nos reconocerá Dios según el modelo que tiene de nosotros.

Ya dijo san Pablo aquello de "no soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí" (Gal 2, 20). Y es en esa medida que nuestra vida comienza a ser una reproducción del modelo que Dios tiene de nosotros. Cristo es el modelo perfecto, y nosotros, creados a imagen y semejanza suya, somos en la medida que somos en Él. Cristo es nuestra riqueza. Cristo es nuestro talento.

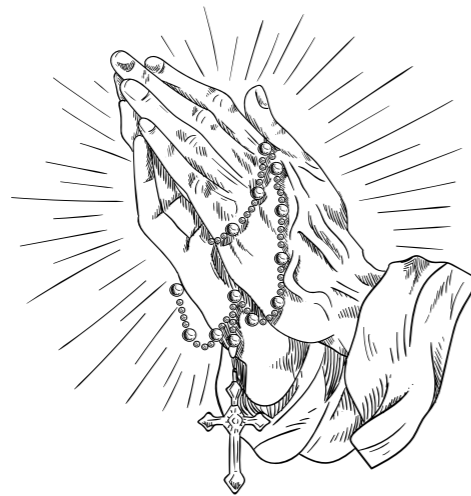
La mayor riqueza para nuestro mundo es reproducir en nuestra vida la vida de Cristo según la tiene pensada para nosotros. Esa es la mayor riqueza que podemos aportar. Y eso no depende del dinero que tengamos, sino de la respuesta a los talentos que nos da Dios, al don que hace Cristo de sí en nuestra vida.

"Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 3), es decir, bienaventurados aquellos cuya única riqueza es Dios, porque en el cielo solo se paga con moneda divina. Y esta solo se gana a base de talento: de correspondencia a la voluntad de Dios. Eso hizo Cristo, modelo e imagen perfecta. "Él nos enriqueció con su pobreza" (2 Con 8, 9) pues es el perfecto pobre de espíritu, que siendo Dios, se rebaja para mostrarnos la más perfecta obediencia al Padre, único camino para doblar los talentos y reproducir o restaurar la imagen que Dios tiene de cada uno de nosotros.

Reproduzcamos a Cristo en nosotros, que sea nuestra vida Cristo, y así nuestro mundo será enriquecido por su amor. ■

Lo que no te habían contado del Padrenuestro

¿Perdona nuestras “deudas”, o perdona nuestras “ofensas”?



POR **JAVIER BARRAYCOA** | DOCTOR EN
FILOSOFÍA Y PROFESOR DE CIENCIAS
POLÍTICAS LA UNIVERSIDAD CEU ABAT OLIBA

En 1986, el Vaticano dio instrucciones a la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) para que en todo el mundo hispano se rezara igual el padrenuestro. Para ello se unificó la traducción de la versión latina en la petición que rezaba:

“et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitóribus nostris”, tal y como se recoge en Mateo 6. En el texto unificado, el término “deudas” (considerado como demasiado económico) fue cambiado por el de “ofensas”. Ciertamente, el

término griego *opheile* (deuda) significa originariamente deuda económica. Por eso muchos defienden que la traducción “ofensas” es mejor pues es más espiritual. Pero hemos de indagar en la profundidad del término original.

Nuestro Señor, tras la enseñanza de la oración, realiza una catequesis que recoge san Mateo: “Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero, si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados”. De hecho, en la versión del padrenuestro recogida en el Evangelio de Lucas (11, 2-4) la palabra “deudas” se sustituye a modo de sinónimo por “pecados”: “Perdónanos nuestros pecados así como nosotros perdonamos a todo el que esté en deuda con nosotros”. Evidentemente la palabra “ofensa” tiene un campo semántico más reducido que el de “pecado” o “falta”.

Podemos especular por qué Cristo eligió un término que fue traducido en griego como el de “deuda” económica. Entre otras cosas, tendría mucho sentido catequético para los judíos que lo estaban escuchando. En Deuteronomio 15, 1 se especifica que cada siete años “se perdonará a su deudor todo aquel que hizo empréstito de su mano”. O en Levítico 25, 8-55, se establece el deber de rescatar al que se ha empobrecido con las deudas económicas: “Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano hubiere vendido”. Así, en los jubileos, cada cincuenta años, se debían saldar todas las deudas económicas.

La “ofensa” carece de ese componente de remisión o rescate. La ofensa puede producirse voluntaria o involuntariamente y su reparación exige un perdón pero no necesariamente se acumula una deuda

como sí ocurre cuando pecamos. Que nuestros pecados son perdonados por el sacramento de la confesión, y que queda un débito que deberá ser pagado posteriormente, es doctrina católica en su sentido más pleno. Y ello permite, entre otros argumentos la justificación de la existencia del purgatorio. En él, deberemos pagar nuestras deudas, aunque se nos hayan perdonado los pecados.

Sin esta obligación de pagar nuestras culpas, tampoco podría entenderse la jurisdicción de la Iglesia sobre las indulgencias, y que Lutero tomó como excusa para su ruptura con la Iglesia. En el comentario de santo Tomás de Aquino sobre el padrenuestro, leemos: “Mas le debemos a Dios aquello que le hemos quitado de su derecho. Ahora bien, es derecho de Dios el que hagamos su voluntad, prefiriéndola a nuestra voluntad. Quitamos, pues, a Dios su derecho cuando preferimos nuestra voluntad a la suya; y eso es el pecado. Los pecados, pues, son nuestras deudas. Es, pues, consejo del Espíritu Santo que pidamos a Dios el perdón de los pecados; y por eso decimos: “Perdónanos nuestras deudas”.

Por si hubiera dudas sobre la importancia de la palabra “deuda”, en el *Catecismo* de san Pío V, en un epígrafe sobre el padrenuestro, se lee: “la solución de esta deuda es necesaria para salvarnos. Incluyéndose también bajo el nombre de deudas la obediencia, el culto, la veneración y demás obligaciones de esta clase; tampoco pedimos que no se las debamos en adelante, sino que pedimos nos libre de los pecados, pues así lo interpretó san Lucas, que puso pecados en lugar de deudas, porque, al cometerlos, nos hacemos reos ante Dios y quedamos sujetos a las penas debidas, que satisfacemos o pagando o padeciendo”. ■

¿Por qué Jesús dijo que no podemos servir a Dios y al dinero (y no al poder, al sexo o a la violencia)?



El dinero tiene algo que lo vuelve pegajoso y nos atrapa por dentro, como le sucedió al personaje de Gollum en *El señor de los anillos*. Por eso Jesús nos advirtió de que no podemos dar culto a Dios mientras al mismo tiempo tenemos el corazón entregado a los bienes.

POR **JUAN LUIS VÁZQUEZ DÍAZ-MAYORDOMO** | PERIODISTA

“No podéis servir a Dios y al dinero”, dice Jesús en el capítulo 6 del Evangelio de San Mateo. De entrada, es una frase contundente que abre algunos interrogantes: ¿por qué el Señor menciona el dinero como lo opuesto al culto a Dios, y no citó otras tentaciones quizá más llamativas, como el placer o el poder? ¿Por

qué solo habló del dinero de esta manera tan categórica? Para desentrañar este misterio acudimos a Juan Luis Caballero, profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Navarra, que además es economista de profesión: “Hay que empezar entendiendo el contexto en el que están incluidas estas palabras, un lugar muy concreto como es el

Sermón de la Montaña, que constituye una especie de presentación general de la vida según el Evangelio”.

“De lo que está hablando Jesús es del corazón del discípulo, y de que en su centro no puede haber nada ni nadie más que Dios”, aclara. De este modo insiste en una serie de cuestiones que afectan a quienes tiene delante, válidas para los creyentes de todos los tiempos, y así contraponen la sana relación con el dinero a la que tenían con los bienes algunos fariseos de su tiempo: “el amor por las riquezas de algunos de ellos es algo que aparece a lo largo de todo el Evangelio. Son personas que han sustituido la centralidad de Dios en sus corazones por la centralidad del dinero”.

De hecho, para subrayar este aspecto, Mateo utiliza un verbo que en griego significa “ser esclavo”. “Lo que está diciendo Jesús es que estas personas han cambiado a Dios como su Señor para ser esclavos del dinero y las riquezas”. Como contrapunto, “Jesús dice la justicia, lo que nosotros podríamos llamar santidad, es que en el corazón del creyente esté solo Dios”.

Todo esto no quiere decir que el dinero sea malo, sino que lo que está mal es sustituir a Dios por él, y de hecho en la Escritura aparecen personas con riquezas que las ponen al servicio de los demás, hospedan a los peregrinos y ayudan a los pobres. “Jesús también llama a la gente rica y no les pide, por así decir, que se hagan pobres”, matiza el profesor de la UNAV. De hecho, el plan de Dios incluye la posibilidad de tener riquezas para poder así ayudar a otros. “Las dos claves de este desprendimiento son no entregar el corazón a los bienes que tenemos —o que deseamos—, y mirar a nuestro alrededor para socorrer las necesidades de los demás”, abunda.

¿Sólo para ricos?

Dos mil años después de aquellas palabras del Señor, uno podría no darse por aludido, pues el imaginario común contiene la idea de que los ricos son personas que viven en un derroche continuo que no tiene nada que ver con nuestra vida. Ni somos los fariseos de antaño ni los ricos de hoy que alardean de bienes en las redes sociales. Entonces, ¿en qué medida nos atañen las palabras de Jesús?

“A lo mejor no podría denominarme rico, pero sí podría tener cierto apego a la seguridad económica, o a caprichos que me resisto a llamar así porque pienso que son imprescindibles”, señala Caballero. Por eso, el Evangelio nos afecta a todos en la medida en que debemos revisar nuestra actitud hacia las realidades creadas, una tarea que se extiende tanto a los que tienen muchos bienes materiales como a aquellos que viven con lo justo. “Uno puede tener un coche, una casa, muchas cosas, y vivir sin mayor problema hasta que de repente surge cerca la necesidad de otra persona que uno podría suplir desprendiéndose de algo”, ejemplifica. Ello nos haría la vida “más difícil o más sobria, y coloca nuestro corazón ante la disyuntiva de decir sí o no a ese desprendimiento”.

Por eso, lo de servir a Dios y no al dinero no se reduce únicamente a dar limosna por la calle o a hacer un donativo ante cualquier emergencia internacional, sino que va más allá. “Se trata de estar atentos para mirar a nuestro alrededor y ver si esta persona, este amigo o este vecino tiene una necesidad y yo podría acudir en su ayuda”, confirma, ilustrando que “si he recibido un dinero extra y sé que un hermano mío tiene una urgencia como una mensualidad que no puede pagar, ¿estoy dispuesto a ayudarle?”.

La ilusión de no depender de otro

Esta actitud y esta apertura no son nada fáciles, pues el dinero tiene algo que atrapa y hace que muchas veces se parezca al anillo de Gollum. “Como economista y también como sacerdote, entiendo que el dinero significa seguridad y, entre comillas, poder, lo que se traduce en apariencia e influencia sobre los demás”, explica Caballero. “Esto nos afecta a todos porque en realidad no nos gusta tener que depender de otro. La ilusión de ser autónomos es una herida del corazón: quiero recibir lo que Dios ha pensado para mí pero no quiero depender de Él”, añade.

Esta deriva del alma que se remonta a Adán y Eva supone no solo querer tener las cosas que me gustaría, sino también desear el reconocimiento por parte de los demás, “porque detrás hay un miedo a no ser valorado por lo que soy, sino por lo que tengo”. Ese orgullo, ese apego y esas heridas hacen que el dinero se convierta en tantas ocasiones en algo “muy pegajoso”.

Todo esto enlaza con la idea de que cualquier actividad económica contiene una concepción teológica, una idea de Dios llevada al terreno práctico. Para un creyente, el riesgo está en llevar una doble vida, en la que dejamos a Dios para los domingos, o como mucho hacemos de vez en cuando un donativo a Cáritas o damos una limosna. “Si creemos que la vida consiste en trabajar para tener seguridad económica, eso revela una ruptura interior”, aclara.

Dejar de esta manera a Dios relegado a un minúsculo rincón de nuestra vida supone, en realidad, una falta de confianza en Él y en su providencia. “De hecho, muy cerca de este pasaje del Evangelio de san Mateo, Jesús exhorta a sus oyentes a confiar en Dios, y pone el ejemplo de los lirios del campo y las aves

del cielo”, dice el profesor de Sagrada Escritura, que invita a considerar cómo el autor de la vida “da a los seres que ha creado todo lo que necesitan”.

En este sentido, en un mundo en el que todo parece reducirse a cuestiones económicas, “a veces da la impresión de que el bienestar material es el objetivo de la vida, y no es así”, concluye Juan Luis Caballero, porque “corremos el riesgo de pensar que, si tuviéramos dinero, seríamos felices, cuando la felicidad es otra cosa”. ■

“*La felicidad no está en el dinero, sino en confiar en la providencia*”

¿Tuyo? ¿Mío? ¿De todos?

“El principio del destino universal de los bienes de la tierra está en la base del derecho universal al uso de los bienes”, afirma el *Compendio* de la Doctrina Social de la Iglesia en su número 72. “Esto no quiere decir que todo sea de todos, que es una idea un poco marxista”, precisa Juan Luis Caballero, “sino que todo lo que Dios ha creado tiene como destinatario último a todos los hombres”. Por eso, “la propiedad privada tiene un sentido que va más allá del crecimiento personal: el de ser administrador de los bienes de Dios, porque lo que yo tengo no sólo para mí, sino para toda la humanidad”.

Montes de Piedad: cómo la Iglesia civilizó el precio del dinero

POR RICARDO CUEVAS | PERIODISTA

“Nuestra responsabilidad social se basa en el acto creador de Dios, que da a todos una parte de los bienes de la tierra. Al igual que esos bienes, los frutos del trabajo humano deben ser igualmente accesibles para todos.” El papa León XIV pronunció esta frase el 13 de junio, al anunciar la próxima Jornada Mundial de los Pobres. Con ella, quiso decir que el acceso a los recursos para una vida digna debería ser justo, sencillo y basado en instituciones que velen por el bien común.

Bajo esta óptica, hace más de quinientos años nacieron bajo el seno de la Iglesia unas entidades que jugaron un papel decisivo en la historia financiera europea: los Montes de Piedad. Se atribuye su creación al franciscano Barnaba Manassei en la Perugia de 1462. Supo dar forma práctica a un clamor que recorría las ciudades italianas: frenar la usura y facilitar el acceso al crédito. El préstamo con intereses desmesurados era una plaga que afectaba a artesanos, jornaleros y viudas, atrapados en un círculo de deudas del que era difícil salir.

Frente a ello, Manassei concibió una alternativa sencilla y revolucionaria: un fondo común, sostenido por donaciones y depósitos, que ofreciera pequeños



Monte de Piedad de Sevilla, ilustración de J. García Ramos.

préstamos a cambio de una prenda tasable, a coste nulo o muy reducido. La innovación estaba en el método: el dinero no se entregaba a fondo perdido, sino con condiciones claras y garantías. Cada préstamo se respaldaba con un bien real, se registraba en los libros y se entregaba un resguardo al deudor. Si la deuda se devolvía, recuperaba su objeto; si no, este se subastaba. Así se creaba un circuito de crédito con responsabilidad, pero sin la carga inasumible de los intereses usurarios.

El modelo se difundió pronto. Desde Perugia pasó a Siena, Florencia, Padua o Mantua. A finales del siglo XV había decenas de Montes de Piedad activos en Italia. La predicación de los franciscanos observantes, en especial de Bernardino de Feltre, fue decisiva. Este fraile recorrió muchas ciudades promoviendo la idea, movilizandod donativos y recordando desde los púlpitos que la usura era una forma de violencia contra los pobres. Su capacidad de convicción fue tal que a comienzos del siglo XVI ya funcionaban más de ochenta Montes, adaptados a cada realidad local, prueba de la fuerza de la idea y su rápida aceptación.

El caso de Bolonia fue especialmente ilustrativo. El Monte de Piedad comenzó allí en 1473 con el aval de las autoridades municipales. El archivo del *Centro Studi sui Monti di Pietà* conserva libros, inventarios y resguardos que muestran cómo funcionaba la maquinaria. Esta "infraestructura de papel" era garantía de confianza: no se trataba solo de prestar dinero, sino de hacerlo con procedimientos regulados que inspiraban credibilidad. Los estudios modernos lo describen como un ejemplo de banca cívica en pequeño formato, con gobernanza colegiada y control documental.

Pronto, la expansión de los Montes contó con respaldo doctrinal. Durante mucho tiempo, la prohibición de la usura había generado dudas sobre si era lícito cobrar cualquier tipo de interés. En 1515, el papa León X, mediante la bula *Inter multiplices*, confirmó la condena a la usura, pero reconoció como legítimo cobrar un pequeño interés para cubrir gastos de administración y custodia. Este pronunciamiento dio seguridad jurídica y consolidó el modelo, que ya demostraba eficacia para aliviar la presión financiera sobre los sectores más débiles.

Italia no fue el único país donde operaron. En el siglo XVI se intentaron

fundaciones en otros territorios católicos, como España. En ciudades como Valencia, Sevilla o Valladolid hubo iniciativas de clérigos y cofradías, aunque muchas tuvieron vida breve por falta de respaldo estable. Algunas funcionaron como prolongación de obras de caridad y hermandades que ya gestionaban hospitales u hospicios. Estos experimentos, aunque efímeros, prepararon el terreno para un arraigo definitivo en el siglo XVIII.

El Monte de Piedad de Madrid, fundado en 1702 por el sacerdote aragonés Francisco Piquer, es considerado el referente español. Piquer, capellán del Monasterio de las Descalzas Reales, conocía de cerca la proliferación de prestamistas en la capital y quiso ofrecer una alternativa. Su Monte comenzó concediendo préstamos sobre alhajas y ropas, sin interés y sostenido por donativos. Pronto se dictaron ordenanzas, se nombraron oficiales encargados de tasar y custodiar las prendas, y en 1713 recibió protección real.

Este Monte de la Villa se consolidó rápidamente. En el siglo XVIII amplió sus operaciones y en el XIX dio origen a las cajas de ahorros, que se expandieron por toda España. Estas conservaron el espíritu original: unir ahorro popular y crédito con un fin social, ofrecer servicios a los marginados por la banca y destinar beneficios a obras de interés común. La continuidad demuestra que no fue un recurso coyuntural, sino una institución con un lugar claro: proporcionar liquidez inmediata y razonable a quienes más lo necesitaban.

Durante el siglo XIX y principios del XX, los Montes y las Cajas se sometieron a nuevas regulaciones. Leyes y decretos delimitaron competencias, fijaron controles y reforzaron la idea de que el crédito debía tener un carácter social. En muchos casos, financiaron hospitales, escuelas y obras de caridad, convirtiéndose en motores de

“ La Iglesia no solo denunció la injusticia financiera: creó una alternativa institucional duradera, con rostro humano y vocación de bien común ”

cohesión. Mostraban que el dinero podía administrarse con criterios distintos a los de la pura ganancia.

Es cierto que no faltaron sombras, como en cualquier organización humana: algunos Montes y Cajas fueron mal gestionados, usados políticamente o desviados de su propósito. Pero donde hubo controles efectivos, el crédito se convirtió en un servicio protector. La enseñanza es clara: la buena intención no basta; se necesita una arquitectura institucional que sostenga en el tiempo la confianza y la justicia.

En pleno siglo XXI, algunos Montes de Piedad siguen ofreciendo servicios de empeño con tasación profesional, liquidez inmediata y subastas si no hay rescate. Su tasa de recuperación es muy alta, lo que indica que mantienen su función original: servir de puente en momentos de urgencia sin condenar al deudor a una espiral de intereses. En épocas de ingresos inestables o inflación, este crédito breve y regulado permite a muchas familias evitar prestamistas abusivos.

Esta trayectoria deja varias lecciones. En primer lugar, que la Iglesia no solo condenó la usura, sino que impulsó una institución capaz de desplazarla. En

segundo lugar, que el éxito no dependió solo de la generosidad inicial, sino de un diseño sólido: órganos de gobierno colegiados, contabilidad regular, decisiones públicas y control operativo. Y en tercer lugar, que su valor fue también cultural: enseñaron a tratar el dinero como herramienta sujeta a reglas y a valorar el registro escrito como garantía de transparencia y equidad.

Vistos con perspectiva, los Montes de Piedad anticiparon debates actuales. La banca ética, los microcréditos responsables, la inclusión financiera o las finanzas de impacto no son más que nuevas formas de una intuición del siglo XV: el crédito debe organizarse como servicio de interés público. Su coste ha de cubrir riesgos y administración, pero sin convertirse en explotación. La historia de Perugia, Bolonia o Madrid demuestra que es posible ordenar las finanzas con rostro humano, donde el dinero sirva a la vida y no la someta.

Por eso, al reclamar un sistema financiero más justo, conviene recordar este legado. Los Montes de Piedad no sustituyeron al mercado ni al Estado, pero dialogaron con ambos. Llevaron liquidez donde la banca tradicional no llegaba. En ese sentido, siguen siendo una referencia válida para quienes buscan conjugar eficacia económica con justicia social.

El mensaje de León XIV, que subraya la necesidad de instituciones estables que actúen más allá de los discursos, resuena en esta experiencia. Porque los Montes de Piedad fueron, en esencia, la manera en que la Iglesia civilizó el precio del dinero: lo arrancó de la arbitrariedad de la usura, lo sometió a reglas claras y lo puso al servicio de los más necesitados. No se limitó a denunciar un mal, sino que organizó una alternativa que funcionó. Su mejor herencia es la convicción de que el dinero, bien organizado, puede servir al bien común. ■

El dinero, ¿compra el cielo o el infierno?



San Francisco dando su capa a un pobre de Zacarías
González Velázquez,
1787. Museo Nacional del Prado



POR **FR. JESÚS SANZ MONTES, OFM** |
ARZOBISPO DE OVIEDO

El dinero es una moneda de cambio convencional, y tiene registros que pueden ser ambivalentes: como intercambio justo para adquirir bienes y como mercadeo injusto fácil de corromper. El dinero ha sido un instrumento de transacción universal, pero tiene demasiadas manchas de sangre en su codicia acumulativa, en su trampa falseadora, en sus fuentes de adquisición. La historia de la humanidad tiene muchos capítulos donde el dinero adquiere esa ambivalencia señalada: con él se han hecho grandes obras caritativas, culturales y sociales, pero también con él se han

cometido tropelías con los fondos más oscuros de las personas y de los pueblos.

El gran escritor inglés Thomas Stern Eliot se preguntaba sobre el ocaso de los dioses cuando el hombre pierde la fe en el verdadero Dios: “Los hombres han dejado a Dios no por otros dioses, dicen, sino por ningún dios; y eso no había ocurrido nunca, que los hombres a la vez negasen a los dioses y adorasen a dioses, profesando primero la Razón, y luego el Dinero, y el Poder, y lo que llaman Vida, o Raza, o Dialéctica” [T.S. ELIOT, *Poesías Reunidas 1909/1962* (Alianza, Madrid 2023) 182-183].

La cultura hedonista, nihilista, relativista fomenta la entronización de estos tres dioses: el dinero, el sexo y el poder, a los que seguirá refiriéndose Eliot. Bastaría asomarse a las aspiraciones de tantísimos de nuestros contemporáneos, a los círculos culturales que frecuentan, los bienes de consumo que los hipnotizan, o las corrupciones varias que esconden y maquillan, para ver cómo ha arraigado esta idolatrización de la vida reduciéndola a esos tres fetiches: el dinero, el sexo y el poder, desplazando al verdadero Dios, anulando al hombre y construyendo irreconociblemente el mundo y la historia. Toda una radiografía del ambiente de novedad vetusta que describe el momento de crisis multiforme del areópago de nuestro mundo.

La gran manipulación materialista es reducir la exigencia de infinito que palpita en el corazón humano a una cuestión de consumo: el poder, el tener y el placer como nuevos dioses que imposiblemente se corresponden con la espera de felicidad que anida en el alma. Ahí nos jugamos el significado de la vida en todos sus anhelos o fracasos.

Y esto es lo que no compra el dinero, porque ahí reside precisamente su chantaje y dictadura, cuando se pone al servicio de las mercaderías que no nos corresponden, que nos engolfan y alienan de tantas maneras. Podríamos pensar que para librarnos de tamaño riesgo, mejor sería renunciar al dinero y sumirnos en la pobreza. Pero la pobreza como valor evangélico y sus contrapuntos con la realidad socioeconómica de la humanidad, hace que el discurso tenga que ser debidamente encuadrado y matizado, para evitar un simplismo piadoso, así como una relectura ideológica en clave marxista. Cualquier estado de indigencia, máxime si se debe a una consecuencia de

injusticia o violencia, estaría reclamando una atención sanadora y liberadora del escándalo que en sí misma conlleva. La revelación bíblica nos acerca una condescendencia de parte de Dios hacia los menesterosos, sea cual sea el nombre y el origen de su pobreza, pero en la Sagrada Escritura no se confunde la indigencia de la pobreza, con la pobreza ensalzada en las bienaventuranzas.

Hay una clara diferencia básica entre la pobreza como situación socioeconómica que puede tener diferentes motivos y circunstancias, y la que se escoge como un camino de libertad, de distanciamiento, con aquello que puede esclavizarnos, hacernos dependientes y marcar un agravio comparativo basado en la opulencia y la injusticia.

Así entendemos la sabiduría liberadora de cuanto Jesús nos advirtió en el Evangelio: “Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ... No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso” [Mt 6, 26-32]. Caer en la idolatrización del dinero, el dios falso del tener consumista, es sucumbir ante lo que san Basilio el Grande afirmaba: el dinero así entendido, es el estiércol del diablo. La revolución cristiana está en esa paradoja liberadora: “Vended vuestros bienes y dad limosna; hacedos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” [Lc 12 33-34]. San Francisco de Asís lo vivió, lo compartió y nos lo dejó como camino cristiano. ■

José María Larrú
Economista y teólogo

“Vivir por debajo de mis posibilidades es un buen criterio evangélico”

POR AITOR LEKANDA | PERIODISTA

El profesor José María Larrú, experto en desarrollo económico y Doctrina Social de la Iglesia, reflexiona sobre la pobreza evangélica, la posesión de bienes, el tiempo como riqueza y los peligros del juicio meritocrático. Desde su experiencia docente y vital, nos ofrece claves de discernimiento para vivir con sentido, austeridad y responsabilidad.

¿Qué sería la pobreza evangélica frente a la miseria?

Son muy diferentes. La pobreza evangélica viene de “evangelio”, que significa “buena noticia”. En boca de Jesús es una bienaventuranza. Los pobres son bienaventurados no tanto por lo que les falta, sino porque ponen toda su confianza en Dios. Es una virtud. Jesús se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Lo dice la Segunda Carta a los Corintios.

La miseria, en cambio, es ausencia de lo suficiente. Es indeseable y debe ser erradicada. Nadie debería vivir en esa situación. La pobreza evangélica puede ser deseable, incluso llega a ser un voto religioso, siempre elegida. La miseria, sin embargo, provoca sufrimiento. Son dos conceptos distintos.

Entonces, ¿la pobreza evangélica incluye tanto lo espiritual como lo material?

Sí. Hay una austeridad de vida. Me ayuda a pensarlo la diferencia entre Juan Bautista y Jesús. Juan lleva pieles de camello. Jesús, en cambio, tiene un vestido suficientemente valioso como para que los soldados decidan no romperlo. No estamos hablando de miseria, sino de una vida decorosa.

No estás apegado a los bienes porque no crees que tener más es ser mejor. Y en el seguimiento de Cristo pobre practicas el desprendimiento, muchas veces autoimpuesto. Hay también una miseria moral: la falta de sentido. Hay estudios sobre las “muertes por desesperación” en EE. UU. Suicidios y adicciones en personas con ingresos medios, pero sin sentido de vida. Es una miseria no material, sino moral.

“La propiedad privada está justificada, pero no es absoluta. Juan Pablo II habla de “función social de la propiedad”.

¿Esa pobreza espiritual tiene que ver con reconocer que todo lo bueno que tengo se lo debo a Dios?

Claro. Lo dice el Evangelio: “¿Qué tienes que no hayas recibido?” Jesús lo ejemplifica con el hombre que acumulaba y ampliaba sus graneros. Le dice: “Esta noche te pedirán la vida”. ¿A qué has dedicado tu vida? ¿A acumular posesiones? El espíritu de agradecimiento está muy asociado a la pobreza evangélica.

El término bíblico es anawin: los que no se apoyan en sí mismos, sino solo en Dios. No esperan nada de su currículum ni de su patrimonio. Todo lo esperan de Dios. Y al llenarse de lo que Dios da, terminan diciendo: todo es don y todo es gracia.

¿Qué piensa del juicio que a veces se hace a los pobres: “si son pobres es porque no se han esforzado”?

Eso toca el tema de la meritocracia. Hay oportunidades desiguales que nos condicionan desde el principio. No todos tienen las mismas cartas. Pero claro, también hay justicia en premiar el esfuerzo y el talento.

El problema está en creerse el éxito como algo exclusivamente propio: “Me lo he currado, me lo merezco”. Y entonces terminas sin querer compartir, despreciando al que no se esforzó “como tú”. Eso es peligroso porque nos convierte en jueces. Y el Evangelio es claro: “No juzguéis y no seréis juzgados”. Solo Jesús conoce el corazón de cada uno.

¿Entonces todos somos pobres ante Dios?

Claro. ¿Quién no es pobre ante Dios? Dios es el creador, tú eres criatura. Nadie se da el ser a sí mismo. Hemos recibido nuestra genética, nuestra salud, nuestras oportunidades. Algunos tienen una salud de hierro sin mérito. Otros padecen desde niños.

La salvación que trae Jesús es para todos, pero requiere libertad. Si te obligan a amar, no estás amando. Por eso Jesús dice: “Si

quieres seguirme...”. Y también advierte del apego: “Ojo con poner tu seguridad en los bienes materiales”. Jesús no condena al rico por tener, sino por apoyarse en lo que tiene. ¿Jesús denuncia la mercantilización de la fe?

Sí, y lo hace con fuerza en el templo. Se enfada con los cambistas. Están comerciando con lo sagrado. La salvación no se compra. No puede ser que para acceder a Dios haya que pagar. Eso es una distorsión entre lo material y lo espiritual. Y aún hoy podemos caer en eso: pensar que cuanto más damos, más nos salvamos. Y no es así.

¿La crítica a los fariseos tiene que ver con esa falsa riqueza espiritual?

Exacto. La palabra que más repite Jesús con ellos es: “¡Hipócritas!”. Porque se salvan a sí mismos por cumplir. Me gusta ese juego del castellano: “cumpló y miento”. Cumplir sin corazón es mentir.

El joven rico cumple desde pequeño, pero no es capaz de dejarlo todo. Jesús propone las bienaventuranzas. Tres pasos: desprenderte, compartir con los pobres, y seguirle. Es un camino de conversión. Preguntarse: ¿a qué me apego? ¿Qué comparto?

¿Qué significa que “sobre la propiedad privada pesa una hipoteca social”?

La propiedad privada está justificada como medio para tu proyecto de vida, pero no es absoluta. Juan Pablo II habla de “función social de la propiedad”. No puede ser que unos acumulen mientras otros carecen. Santo Tomás dice que quien roba por necesidad no peca.

El Estado -no solo la Iglesia ni Cáritas- es el garante del bien común. Y eso se realiza a través de impuestos y redistribución. No basta con donaciones voluntarias. Hay una responsabilidad colectiva.



Entonces, ¿la creación es común antes que privada?

Sí. La propiedad es secundaria. La creación es un don para todos. Me gusta esa idea indígena: “la tierra no es nuestra, la cuidamos para las próximas generaciones”.

No todo es comerciable. Por ejemplo, el mercado de emisiones de CO₂. ¿Es legítimo que los países ricos compren derechos de contaminación a los pobres? ¿O debemos cambiar nuestro estilo de vida? Todo está conectado. Cuidar el regalo de Dios es parte de nuestra libertad.

¿Cómo se entiende la austeridad de quienes eligen privarse incluso de bienes buenos?

Si no hay mística, la ascética se queda corta. El voto de pobreza es una intensificación del bautismo. Exageran, en el buen sentido, para evangelizar mejor. Es interesante cómo juzgamos lo que otros deberían quitarse, pero no lo que nosotros acumulamos.

Cada carisma tiene su énfasis. Unos en la pobreza, otros en la cultura o la evangelización. La clave es que todo lo que tengamos sirva a la misión. Y cuidado con el apego. Eso se discierne. No hay normas rígidas. No tenemos un “diezmo” que libere del discernimiento.

Algunos protestantes ven la riqueza como señal de predilección divina...

Ese tema viene del calvinismo y la predestinación. Como no sabes si estás salvado, interpretas que si te va bien es porque Dios te ha elegido. Pero eso te deja en una angustia permanente. Martín Lutero era un hombre angustiado.

Es una tentación meritocrática. El Antiguo Testamento prometía bienes materiales. Pero Jesús viene a dar plenitud. No es espiritualismo sin más, pero tampoco es riqueza como signo de salvación. La bendición es misión. Dios te bendice y te envía.

¿Qué claves ofrece para discernir la propia pobreza evangélica?

Primero, mirar a Jesús. En oración. Cuanto más lo conozcas, más podrás escuchar lo que te pide. Segundo, discernir en conciencia, con humildad. Tercero, con responsabilidad: yo tengo hijos, ¿qué les dejo?

A mí me ayuda un lema: vivir por debajo de mis posibilidades. No todo lo que puedo permitirme tengo que tenerlo. Y revisar cada año: ¿dónde va mi dinero? ¿Dónde va mi tiempo? ¿Cómo doy?

Si donas ropa, lávala, pláncala, dóblala. Piensa en la dignidad del que la va a recibir. No confundas donar con hacer limpieza. Y, sobre todo, que la inquietud te acompañe. Estar intranquilo ante el seguimiento de Jesús es un buen signo. ■

Por qué la Iglesia no vende sus tesoros y otros tópicos

¿Cómo maneja la Iglesia el dinero?; ¿paga impuestos?; ¿por qué no predica con el ejemplo y vende los tesoros del Vaticano?; ¿no mercadearon algunos predicadores con la salvación vendiendo indulgencias?



POR **ALFONSO BASALLO** | DOCTOR EN COMUNICACIÓN, PERIODISTA Y ESCRITOR

Corre con frecuencia el bulo de que la Iglesia en España es una privilegiada porque no paga impuestos. Nada más falso. Primero, porque la Iglesia sí paga impuestos, como el IBI (Impuesto sobre Bienes Inmuebles) de locales no destinados a un uso religioso -caso de un garaje, por ejemplo- o las tasas municipales. Está exenta, eso sí, de pagar el IBI general, pero igual de exenta que los partidos políticos, los sindicatos, las fundaciones, las federaciones deportivas, las embajadas, los inmuebles destinados a usos religiosos de hebreos, musulmanes o evangélicos y otras instituciones en virtud de la Ley de Mecenazgo. Comparte con ellas el régimen fiscal especial para entidades sin fines lucrativos. No se trata, pues, de un privilegio sino de una exención fiscal, que no es lo mismo.

Es cierto que la Iglesia atesora un importante patrimonio artístico, lo que lleva a algunos a preguntar por qué no se desprende del mismo y da el dinero a los pobres. Para empezar, no son “tesoros de la Iglesia, sino que son los tesoros de la humanidad” como dijo el papa Francisco, entrevistado por la revista *Straatnieuws*. “Si yo mañana digo que *La Piedad* de Miguel Ángel sea subastada no se podría hacer porque no es propiedad de la Iglesia. Está en una iglesia, pero es de la humanidad” añadió. Si la Capilla Sixtina se vendiera y pasara a manos privadas, la humanidad perdería la opción de seguir disfrutando de esa obra de arte. “El patrimonio de la Iglesia no son tesoros escondidos sino lo que todo el mundo ve y disfruta” indica a *La Antorcha* Diego Zalbidea, profesor de Derecho Patrimonial Canónico.

Vender esos bienes supondría no respetar “la voluntad de muchas generaciones de cristianos y otras personas que se los dieron a la Iglesia con la finalidad de que los pusiera al servicio de su misión. La

Iglesia está comprometida y gasta muchos recursos en conservar esos bienes por la conciencia que tiene de que es un legado de nuestros antepasados y hay que entregarlo íntegro a las generaciones futuras” añade Zalbidea. Hasta diecinueve gremios de Chartres, por ejemplo, donaron dinero y trabajo para embellecer las vidrieras de su catedral, joya del gótico francés, apostilla Javier Olivera Ravasi. Gremios de tejedores, panaderos, curtidores, farmacéuticos y hasta... de prostitutas.

En la mayoría de los casos esos bienes generan empleo y crecimiento no a la Iglesia sino a los territorios en que están enclavados, como se puede comprobar consultando la *Memoria de actividades* de la Conferencia Episcopal. De hecho, el patrimonio -material e inmaterial- de la Iglesia en España, compuesto por los 3.161 bienes de interés cultural (BIC), genera el 3 % del PIB del país.

“El patrimonio de la Iglesia no son tesoros escondidos, sino lo que todo el mundo ve y disfruta”

Y “enajenar directamente esos bienes no serviría para solucionar los graves problemas que aquejan al mundo (pobreza, el hambre, la guerra o la falta de acceso a la educación, entre otros)” apostilla Diego Zalbidea, “entre otras cosas, porque no son problemas únicamente económicos”. De ahí que resulten demagógicos titulares sobre la capacidad de las diócesis españolas o de la Santa Sede para resolver

de un plumazo la pobreza en España o en el mundo. Aun así, la Iglesia hace “una gran labor social, humana y divina, gracias al uso racional y eficiente de sus fondos y de su gran patrimonio que son las personas”.

Vaticano: las cuentas claras

Es verdad que el Vaticano no se ha librado de escándalos financieros por el mal uso que del dinero han hecho determinados eclesiásticos. Pero los últimos pontífices han impulsado reformas para poner orden. Benedicto XVI creó la Autoridad de Supervisión e Información Financiera (ASIF); y Francisco centralizó la gestión con la Secretaría de Economía. Esta publica los balances de cuentas, supervisa ingresos y gastos —debiendo autorizar cualquier desembolso extra superior a los cien mil euros— y elabora los presupuestos de la Santa Sede. La aprobación de estos últimos depende del Consejo de Economía, compuesto por ocho cardenales y siete laicos, profesionales de la gestión empresarial. Con estos dos organismos se ha logrado controlar unas cuentas que estaban dispersas entre los dicasterios o ministerios que forman la curia.

El papa Bergoglio reforzó además la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica (APSA), creada por Pablo VI. Es la encargada de administrar los ingresos y los gastos de la Santa Sede. La principal fuente de ingresos son las donaciones externas. La mayor parte proceden del Óbolo de San Pedro, colecta anual entre las diócesis y los católicos de todo el mundo para el sostenimiento económico del papa.

Las donaciones de los fieles son finalistas, es decir, el dinero se da para un fin concreto y no se puede destinar a ningún otro. Eso supone que hay dicasterios con superávit —como el dedicado a las misiones—, en tanto que otros son deficitarios. Se está intentando

promover la captación de fondos para los fines genéricos, con el fin de poder redistribuirlos allí donde sea necesario.

Los ingresos financieros, que en 2023 supusieron cuarenta y cinco millones de euros, proceden en buena parte de la aportación del Instituto para las Obras Religiosas (IOR), conocido como el *Banco Vaticano*, que gestiona inversiones a partir de donaciones.

En cuanto a los gastos de la Santa Sede, la mayor parte se dedica a costes de personal. En 2024, el papa Francisco urgió la necesidad de alcanzar el déficit cero en cada uno de los dicasterios, bajando el salario de los purpurados.

Francisco creó, además, en 2015 la figura del Auditor General, a fin de vigilar las finanzas tanto del Estado vaticano como de la Santa Sede.

Venta de indulgencias

En el siglo XVI, algunos predicadores indujeron al error al hacer pensar que se podía comprar la salvación, mediante el pago de indulgencias, para quitarse tiempo de purgatorio. Nada más lejos de la realidad. Dice el *Catecismo* (cfr. números 1032, 1471 y 1478) que la indulgencia es “la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados, en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia. [...] Todo fiel puede lucrar para sí mismo o aplicar a los difuntos las indulgencias”. Esas condiciones son confesarse, comulgar y rezar por el pontífice.

Cuando se predicaron las indulgencias para obtener fondos con los que financiar las obras de la basílica de San Pedro, el dominico Johann Tetzel confundió a muchos fieles en Alemania, “con sus excesos verbales y retóricos, al hacerles pensar que se podían obtener las indulgencias, incluso fuera del estado



“ Si yo mañana digo que La Piedad de Miguel Ángel sea subastada, no se podría hacer porque no es propiedad de la Iglesia. Está en una iglesia, pero es de la humanidad”

(Papa Francisco)

de gracia y tan solo pagando” explica a *La Antorcha* el catedrático de Teología Sistemática, Pablo Blanco. A Tetzel se le atribuye la frase: “Al sonar la moneda en la cajueta, el alma del fuego al paraíso vuela”.

Ante esto reaccionó el fraile agustino Martín Lutero con las famosas noventa y cinco tesis que publicó en Wittenberg, en 1517; pero incurrió en un error mayor, “al negar toda mediación sacerdotal entre Dios y el pecador que, de acuerdo con la doctrina luterana, no sería necesaria” indica Alfred Sonnenfeld, doctor en Medicina y Teología. Se iniciaba de esta forma la reforma protestante.

No hay que olvidar el contexto personal de Lutero. Atormentado por sus pasiones y angustiado por el miedo al infierno, llegó a la conclusión de que el hombre nada puede hacer por salvarse, porque está predestinado. De modo que no se justifica por las obras sino solo por la fe. No son necesarios, por tanto, los sacramentos. Su protesta por las indulgencias era un pretexto para dar rienda suelta a su herejía.

“Si se analiza más despacio todo el proceso -puntualiza Pablo Blanco-, esto no es más que una anécdota histórica, en fatídica coincidencia con la causa de la Reforma auspiciada por Lutero. En realidad, el origen de la reforma es sobre todo teológico. Lutero estaba obsesionado con su propia salvación. Por eso reinterpretó el pasaje de Romanos 1, 17 “el justo vive de la fe” por “el justo vive de la sola fe”. Realizó así una revisión de todo el cristianismo a partir de este principio, por el que solo importaba la fe, la gracia, la Escritura o la gloria de Dios, sin sus principios complementarios como las obras o la caridad, la naturaleza, la tradición o la libertad”.

Paradójicamente, después de haberse rasgado las vestiduras por los abusos de las autoridades eclesiásticas de Roma, fueron “los príncipes alemanes (y después los poderosos de otras naciones) los primeros beneficiados por la reforma protestante, pues pudieron hacerse con todos los bienes eclesiásticos” añade Pablo Blanco. ■



7

implicaciones prácticas de la doctrina económica de la Iglesia

POR **GUILLERMO ALTARRIBA** | PERIODISTA

Lejos de ser un corpus desconectado del día a día de las familias y las empresas, las enseñanzas de la Iglesia sobre economía dan respuesta a algunos de los dilemas más acuciantes hoy: de la vivienda a la IA, pasando por cómo invertir.

Es difícil fijar con exactitud el momento en que el mercado se convirtió en dios, pero sus bancadas cada día suman más adeptos. Un dios menor, en todo caso, pero que ha ido ganando poder a medida que los viejos ideales caían, uno tras otro. Así lo advierte el economista francés Mathieu Detchessahar en su provocador ensayo *El mercado no tiene moral*¹, cuando señala que “la sociedad de mercado propone un nuevo ídolo, una última sacralidad: la abundancia material como solución a todos nuestros males y necesidades”.

En la misma línea dispara el doctor en Ciencias Económicas Enrique Lluch. En el podcast *Luz del mundo*², el también profesor de la Universidad CEU Cardenal Herrera advierte de que a este nuevo ídolo también se le ofrecen sacrificios. “Por la promesa pseudoreligiosa de que si tenemos más entre todos, todos estaremos mejor –cosa que no suele pasar–, sacrificamos a personas: en aras del crecimiento económico se requiere que haya gente pobre, personas que se queden sin salario o que no tengan lo suficiente”, lamenta.

Con todo, Lluch también recuerda que este modelo economicista, egoísta y crematístico “no es inevitable”, y que hay otra forma de hacer las cosas: la que propone la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), que es la respuesta católica a los múltiples desafíos que plantean las realidades sociales, como la economía, la

política, las relaciones internacionales o el cuidado del medio ambiente.

Aunque la Iglesia siempre se ha mostrado preocupada por dar una respuesta a los desafíos temporales, la DSI como tal se origina en la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891 por parte de León XIII. Desde entonces los sucesivos pontífices han venido profundizando en estos temas³, y en 2004, en los últimos compases del papado de san Juan Pablo II, se publicó el *Compendio* de la Doctrina Social de la Iglesia, que busca servir de “brújula” –así lo llamaba el papa Francisco– para orientarse en la vida social.

Sin embargo, no hay que ver la DSI como un corsé ni una suerte de examen tipo test para afrontar los dilemas económicos o políticos, sino como una serie de principios y orientaciones nacidos a la luz del Evangelio, “que dona salvación y libertad auténtica también en las cosas temporales”, como señala el arranque del *Compendio*. Apoyándose en algunos principios básicos como la dignidad humana, el bien común o el destino universal de los bienes, la DSI refleja “una expresión del amor de Dios por el mundo” y apunta a “la ley nueva del amor”, que “abarca la humanidad entera y no conoce fronteras”⁴.

Dicho esto, el objetivo de este artículo no es resumir el v ni escribir un erudito tratado sobre DSI –otros lo han hecho ya, mucho mejor de lo que podría hacerlo yo–, sino intentar aterrizar algunos de estos principios del pensamiento católico a situaciones más o menos cotidianas de la vida económica, para mostrar por dónde podrían ir los tiros de una alternativa al modelo economicista contra el que prevenía el profesor Lluch.

¹ *El mercado no tiene moral* (Albada, 2023). Para una introducción, se puede leer la entrevista al autor publicada en *El Debate* - ‘Mathieu Detchessahar: “El capitalismo conduce a la deconstrucción de la cultura común y al repliegue individualista”’ (10 de enero de 2024)

² *Luz del mundo* es un podcast quincenal sobre DSI producido por la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP).

³ Tras *Rerum Novarum*, los principales documentos sociales han sido *Quadragesimo Anno* (1931), *Mater et Magistra* (1961), *Pacem in Terris* (1963), *Gaudium et Spes* (1965), *Populorum Progressio* (1967), *Humanae Vitae* (1968), *Laborem Exercens* (1981), *Sollicitudo Rei Socialis* (1987), *Centesimus Annus* (1991), *Laudato Si* (2015) y *Fratelli Tutti* (2020).

⁴ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (Pontificio Consejo ‘Justicia y paz’, 2004), punto 3.

1

El empresario no puede racanear el salario...

Tal vez esta sea una de las conclusiones más directas de la DSI, que concede al empresario y al dirigente “una importancia central”, porque están “en el corazón de la red de vínculos técnicos, comerciales, financieros y culturales que caracterizan la moderna realidad de la empresa”. Una posición preponderante que trae consigo una gran exigencia: según recoge el *Compendio*, el empresario “no puede tener en cuenta exclusivamente el objetivo económico de la empresa”, sino que también recibe como “deber preciso” la misión de respetar la “dignidad” de sus trabajadores⁵.

En este sentido –y aunque no es, ni mucho menos, el único vector a tener en cuenta–, resulta evidente que es imposible respetar la dignidad de un empleado a quien le racaneas el sueldo. El profesor Lluch va un paso más allá y añade que la visión economicista de la realidad empresarial reduce la dignidad de los empleados, ya que los ve “sólo como un coste de producción que debe ser reducido”.

El papa Pío XI lo resumía con claridad en *Quadragesimo Anno*, cuando hablaba del salario como “la verificación concreta de la justicia de todo el sistema socioeconómico y, de todos modos, de su justo funcionamiento”.

2

...pero el empleado ha de asumir su responsabilidad

Sin embargo, esta fuerte responsabilidad de los empresarios para con sus trabajadores tiene como contrapartida la que va en sentido contrario: la responsabilidad de los empleados con su trabajo y, por tanto, con sus empleadores. “Toda la idea de la DSI es que el trabajo es una vocación, algo a lo que estoy llamado, que me hace más y mejor persona porque lo ofrezco a los demás para construir un mundo mejor”, señala Lluch.

De hecho, el *Compendio* usa un lenguaje contundente en este punto, en el epígrafe titulado *El deber de trabajar*⁶: “Ningún cristiano, por el hecho de pertenecer a una comunidad solidaria y fraterna, debe sentirse con derecho a no trabajar y vivir a expensas de los demás”. Y también añade una dimensión evangelizadora a la oficina o al taller: “Los creyentes deben vivir el trabajo como Cristo, convirtiéndolo en ocasión para dar un testimonio cristiano ante los de fuera”.

“*No tenemos derecho de dominio sobre lo superfluo: dar de lo que nos sobra es un acto de justicia*”

⁵ *Compendio* (...), punto 344.

⁶ Este epígrafe del *Compendio* abarca los puntos 264, 265 y 266.

3

"Compartir lo que te sobra no es caridad"

Uno de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia es el “destino universal de los bienes”, que recuerda que todo lo creado por Dios es un don gratuito. Consumir y disfrutar de esos bienes es bueno y necesario, como indica el mandato original a Adán: “creced y multiplicaos”.

Sin embargo, como explica el economista y teólogo José María Larrú, profesor de DSI en la Universidad CEU San Pablo, la Iglesia distingue entre bienes necesarios, superfluos y “socialmente necesarios”, como puede ser un teléfono móvil hoy en día.

“La Iglesia nos dice que tenemos derecho a la propiedad privada de los bienes necesarios, e incluso de los socialmente necesarios, pero no al dominio sobre lo superfluo”, señala. Compartir los bienes necesarios es un acto de caridad. Pero dar de lo que nos sobra no lo es: “Es un acto de justicia”, insiste, en línea con el destino universal de los bienes.

Larrú recuerda que no hay normas fijas: “Vivimos en un sistema que nos crea necesidades superfluas, y debemos discernir en conciencia”. Y concluye: “Al compartir lo que me sobra, practico la hermandad y me beneficio a mí mismo, porque me libero de acumular lo que no necesito”.

⁷ En *El Efecto Avestruz*, la serie de entrevistas de la ACdP en YouTube. En concreto, en el episodio “¿El Black Friday nos dará la felicidad?”, publicado el 25 de noviembre de 2022.

4

Prohibido invertir a ciegas

Según se lee en el *Compendio*, la DSI considera que la libertad de la persona en lo económico es “un valor fundamental y un derecho inalienable”. Pero –como aprendió Peter Parker– un gran poder conlleva una gran responsabilidad, y el documento pontificio nos insta a tomar conciencia de que “la opción de invertir en un lugar y no en otro, en un sector productivo en vez de en otro, es siempre una opción moral y cultural”, en palabras de san Juan Pablo II en *Centesimus Annus*.

Esta pauta se aplica a campos como la inversión en bolsa –donde compañías como por ejemplo Altum Faithful Investing exploran la manera de diseñar carteras coherentes con los valores cristianos–, pero también a las pequeñas decisiones de una familia. En el *Compendio* se expone así al hablar de la responsabilidad de los consumidores al preferir los productos de unas empresas en vez de otras; por ejemplo, al escoger qué plataforma de *streaming* pagar.

Además, también se nos exhorta a combatir el consumismo, construyendo “estilos de vida, a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común, sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones”, de nuevo recogiendo una expresión del pontífice polaco en la citada encíclica.

5

Fórmulas creativas para tener un piso

En estos momentos, la principal preocupación para los españoles es la dificultad para acceder a la vivienda, según constatan varios barómetros consecutivos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)⁸. Y el *Compendio* de la DSI también se hace eco de esta preocupación, cuando alerta de la necesidad de defender los derechos humanos, entre los que incluye el derecho a la vivienda.

Este es, no obstante, un tema muy complejo, donde las soluciones a menudo fracasan o tienen resultados contrarios al esperado. Así lo constata el catedrático de Derecho Civil de la Universidad Rovira i Virgili Sergio Nasarre, experto en vivienda y distributista convencido, para quien desde 2007 “ninguna receta del Estado [español] ha solucionado el problema de la vivienda”⁹.

Frente a ello, Nasarre bucea en los planteamientos netamente católicos y pide adoptar fórmulas creativas que no se basen en el alquiler como necesidad, sino que prioricen el acceso a la vivienda en propiedad, algo que está “muy vinculado a las ideas de libertad y libre desarrollo de la personalidad” que propugna la DSI.

Aunque en este artículo no da tiempo a profundizar –recomiendo vivamente la entrevista con Nasarre referida en las notas al pie–, sí cabe señalar que el catedrático leridano apunta a potenciar algunos mecanismos concretos para avanzar en

esta dirección. Mecanismos que, o bien ya existen en nuestro ordenamiento legal, como las SOCIMI o las cooperativas de vivienda, o bien son casos de éxito fuera de nuestras fronteras y se podrían importar, como la propiedad compartida y la propiedad temporal: tenencias intermedias que, a juicio de Nasarre, “cuadran el círculo” entre deuda y propiedad privada accesible.

6

Un reto a los propietarios de pisos

Sin salir del ámbito de la vivienda, un apunte rápido sobre cómo puede aterrizar la DSI en la economía del día a día lo ofreció este verano el presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) y arzobispo de Valladolid, monseñor Luis Argüello. En una carta pastoral publicada en julio¹⁰, el prelado se dirigía a aquellos cristianos que ponen una vivienda “de manera legítima” en el mercado de alquiler.

En esta situación, señala el arzobispo, el cristiano se enfrenta a la disyuntiva de “seguir las reglas del mercado”, fijando rentas más altas, o de “situarnos con un criterio que brote del corazón mismo de la eucaristía que nos invita a la comunión de vida y de bienes”. Esta segunda opción, apoyándose en los principios de la DSI, implicaría “aceptar quizás un nivel de renta menor que suponga, sí, una justa retribución a un dinero invertido, pero que no se someta a las reglas coyunturales de un mercado”, según el presidente de la CEE.

⁸ En el momento de escribir estas líneas, el barómetro más reciente corresponde al mes de julio de 2025: la vivienda se sitúa como el principal problema de España, seguido por la corrupción y el fraude (2o lugar) y la inmigración (3er lugar).

⁹ Es otra entrevista de *El Efecto Avestruz*. Esta se publicó el 27 de febrero de 2023 en el canal de YouTube de la ACdP.

7

El desafío en el horizonte

Sin embargo, tal vez el mayor desafío al que tenga que enfrentarse la DSI en un futuro muy próximo sea la irrupción de la inteligencia artificial (IA) en todos los ámbitos, también en el económico. El papa Francisco ya empezó a trabajar sobre este tema, y en el momento de escribir estas líneas se espera que la primera encíclica del papa León XIV ofrezca una respuesta magisterial a algunos de los dilemas que plantea esta tecnología.

León XIV expresó esta intención desde los primeros compases de su pontificado, cuando explicó que había escogido este nombre, precisamente, para tender un puente con el artífice de la DSI, el ya citado León XIII. Como él, considera el actual papa, también hoy el mundo se enfrenta a una “revolución industrial”. Como entonces –a nivel macro y a nivel micro, como hemos ido viendo en estas páginas– también hoy la Iglesia tiene mucho que decir al respecto. ■

“Una renta justa no es la más alta posible, sino la que respeta la comunión de bienes”



¹⁰ Más información y contexto en el artículo ‘¿Debe un católico alquilar su casa por debajo del valor de mercado? Monseñor Argüello abre el debate’, publicado por *El Debate* el 2 de julio de 2025.

La espiritualidad del dinero: ¿un pacto con el diablo?

POR **JOSEMA VISIERS** | PRODUCTOR AUDIOVISUAL

El dinero ha pasado de ser un medio de intercambio comercial a convertirse en una religión y hasta una deidad a la que muchos se ofrendan en cuerpo y alma. Pero ¿qué hace posible que algo instrumental pueda absorber todas nuestras energías y aspiraciones personales en la vida?

De la economía de trueque -en la que se intercambiaban cosas concretas- se pasó al instrumento de cambio, que salvaba la limitación de tener que coincidir en la necesidad de las mercancías y el momento exacto. En China se usaba arroz, en Papúa (Nueva-Guinea) dientes de perro y en el Imperio romano se utilizaba la sal como medio de pago, lo que explica la denominación de "salario" al estipendio del trabajo. Más tarde llegan las monedas, las primeras datan del siglo VIII a. C. y se atribuyen al reino de Lidia (actual Turquía). En esta etapa, el dinero era un intermediario, un simple facilitador del comercio que no tenía un valor intrínseco más allá de la confianza que la comunidad

depositaba en él para realizar intercambios. Además, permitía almacenar la riqueza para ser utilizada en el futuro.

Con el paso del tiempo, la moneda comienza a ser también expresión del poder político y social. Se acuñan ejemplares con la efigie de dioses, con escudos y hasta con los rostros de emperadores o reyes. Esa era la mejor manera de identificar la riqueza y la prosperidad con esos símbolos y darles la máxima difusión y publicidad.

El dinero como motor, hasta llegar a ser fin

Con la llegada de la Revolución Industrial y el capitalismo, la función del dinero se expandió drásticamente. El objetivo ya no era simplemente el intercambio de mercancías, sino la acumulación de capital. La meta ya no es obtener bienes para satisfacer necesidades, sino obtener más dinero. El vil metal se convierte en capital, una fuerza productiva que se "autoexpande". Su valor no reside solo en su capacidad de compra, sino en su capacidad de generar más dinero.



La última fase de esta transformación es cuando el dinero no se percibe como un ente capaz de multiplicarse a sí mismo, sino que se eleva a un estatus cuasi religioso. Así, se convierte en el equivalente universal del valor, un signo abstracto que representa y, en última instancia, reemplaza a todos los objetos y deseos.

El papa Francisco y otros críticos han señalado que el capitalismo contemporáneo ha creado un "fetichismo del dinero" que se asemeja a la adoración de un ídolo. En este contexto, el dinero se convierte en un "dios" porque:

- Es omnipotente: puede resolver cualquier problema, adquirir cualquier objeto y abrir cualquier puerta.
- Es el valor supremo: es éxito, estatus y felicidad, reemplazando como medida a otras escalas como la integridad moral, la comunidad o la vida interior y espiritual.
- Es un fin absoluto: la acumulación

de riqueza se convierte en la meta final de la vida, y la vida misma se organiza en torno a la maximización de beneficios, sin importar el coste humano o ambiental.

“ El dinero ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin absoluto, un ídolo que exige sacrificios ”

El origen espiritual de esta idolatría

Para explicar esta poderosa dinámica fagocitante, conviene acudir a las Sagradas Escrituras. En Génesis 3, 11 encontramos un desgarrador grito de Dios Padre tras la herida que produce

el pecado original en nuestros primeros padres: "¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo?". Entre las consecuencias de comer del fruto prohibido está la de que el ser humano se percibe desnudo frente al mundo, lejos del cuidado amoroso de Dios, lo que le genera un miedo y una necesidad total de proveerse la seguridad y el cuidado que puede llegar a obsesionarle.

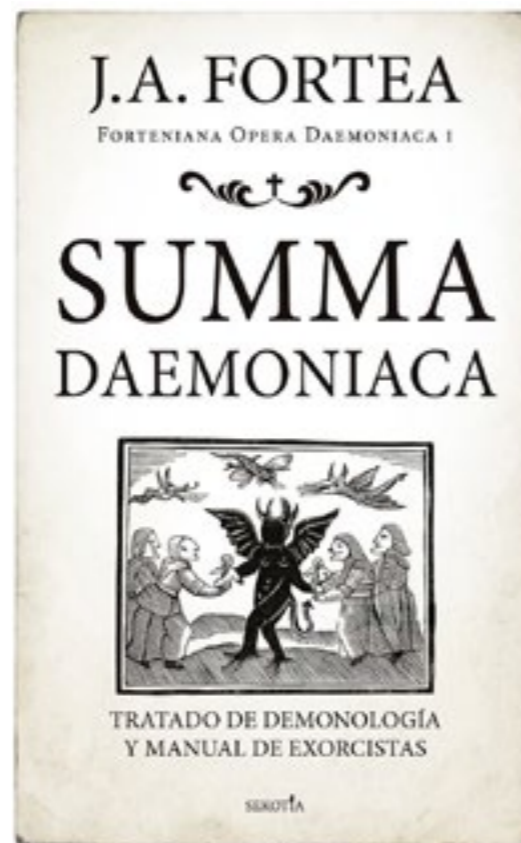
En el Nuevo Testamento, Jesús explicita esto en el sermón de la montaña (Mateo 6, 24) "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero". El término arameo para dinero es *mammon* que se puede traducir como "la cosa en la que confías", es decir, un ídolo diabólico que viene a ocupar el lugar del Señor. De esta forma, la riqueza se transforma en aquello que nos da confianza, seguridad y a quien debemos adoración, dependencia y que pide el sacrificio de los seres humanos a nuestro cargo en las empresas, e incluso de nuestras familias y seres queridos.

Cambiar riqueza y dinero por tu alma

La transacción más extrema y reveladora en este sentido es el pacto con el diablo. El demonólogo José Antonio Fortea dice en la Cuestión 31 de su tratado sobre demonología *Summa Daemoniaca*, "la gente suele pensar que los pactos con el demonio solo existen en la literatura. Están equivocados". Es cierto que ese contrato no implica la presencia física de ambas partes, pero sí que produce efectos en la persona, aunque a veces no son los deseados. El sacerdote cuestiona el poder real del maligno para dar lo que promete: "Yo he conocido personalmente a dos personas que hicieron ese pacto y, francamente, su nivel de vida era peor incluso que el mío".

Parece que los efectos seguros del pacto son la pérdida de esperanza y la certeza de su condenación: "el gran poder del pacto con el demonio es hacer pensar a la persona que ya está condenada haga lo que haga".

Esa irreversibilidad es una nueva mentira del enemigo puesto que mientras sigamos vivos podemos arrepentirnos, volver al amor de Dios, y dejar ese acuerdo sin validez. Así lo explica el teólogo en su libro "el alma puede arrepentirse siempre que quiera con un simple acto de su voluntad. Arrepintiéndose, el pacto queda en papel mojado fueran cuales fueran los términos del contrato. Incluso aunque se excluyera la posibilidad del arrepentimiento, esta cláusula no sirve de nada". ■



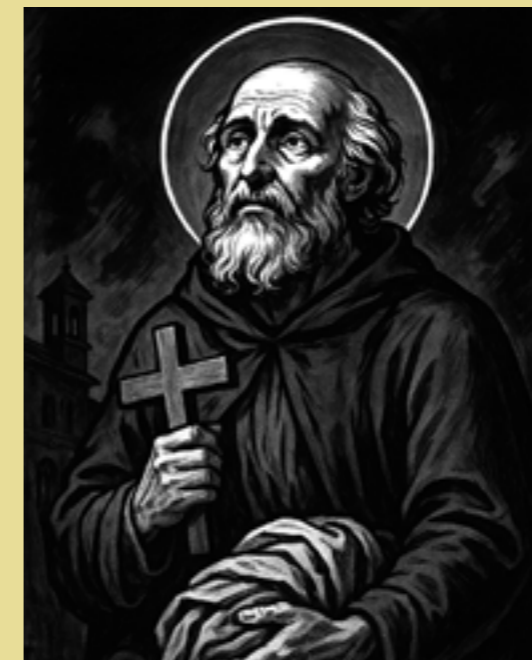
Portada del libro *Summa Daemoniaca* de José Antonio Fortea. Editorial Sekotia S.L.

De la corona al harapo: cinco santos que usaron el dinero para llegar al cielo

El Magisterio de la Iglesia recuerda que el problema no es el dinero, sino poner en él el corazón. Y aunque esquivar el apego idolátrico a la riqueza puede ser muy difícil, el ejemplo de estos santos, ricos, pobres y hasta de clase media, muestra que es posible usar la cartera para dar gloria a Dios y servir al prójimo.

POR **ÁLVARO FÁÑEZ** | PERIODISTA

De un zapatero a una reina, de un próspero comerciante a una madre de familia empresaria, pasando por una monja de clausura que movió enormes cantidades de dinero: estos santos nos recuerdan que lo decisivo no es cuánto tenemos, sino hasta qué punto estamos dispuestos a ponerlo todo en manos de Dios.



San Homobono de Cremona (Italia, S. XII): el comerciante que amó a Dios y a los pobres

Patrono de comerciantes y sastres, san Homobono fue un próspero mercader textil de Cremona, en pleno auge del sector. A diferencia de muchos, no se dejó llevar por la avaricia ni el lujo. Sin ostentación ni tacañería, y cuidando de su familia, vivió con sobriedad para repartir la mayor parte de sus beneficios entre los necesitados. Al canonizarlo en 1199, el papa Inocencio III lo llamó "hombre bueno y útil a todos" (*homo bonus*). Su vida demuestra que la economía, lejos de oponerse a la santidad, puede ser camino hacia ella si se ordena al servicio de la justicia y la caridad. Murió repentinamente durante la misa, de rodillas, tras haber entregado a Cristo su vida de empresario santo. Una muerte que no tiene precio.



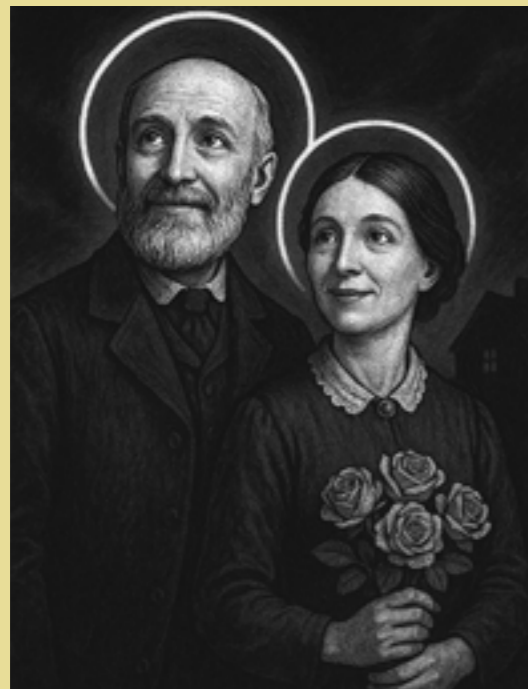
Santa Isabel de Hungría (Hungría-Alemania, s. XIII): la reina que se hizo sierva

Hija de reyes y esposa del *landgrave* de Turingia, Isabel vivió rodeada de lujos en la corte alemana. Pero su corazón estaba en Cristo, no en las joyas ni en los banquetes. Tras enviudar con apenas veinte años, renunció a todos sus bienes y se dedicó a construir hospitales, atender personalmente a leprosos y sostener a viudas y huérfanos. En palabras de Benedicto XV, “Isabel comprendió que la caridad perfecta consiste en hacerse pobre para compartir la vida de los pobres”. Su radicalidad la llevó incluso a vestir harapos para acercarse a los mendigos sin causarles vergüenza. Su testimonio muestra que la santidad no está reñida con la posición social que uno hereda, sino con el apego al poder, y que la verdadera libertad es la del corazón entregado a Cristo, y no la tan manida “libertad financiera”.



San Teobaldo Roggeri (Italia, s. XII): un zapatero rico por ser pobre

Hijo de campesinos, Teobaldo quedó huérfano siendo niño. Aprendió el oficio de zapatero en Alba (Italia), pero vivió siempre con gran austeridad, casi en pobreza, porque lo que ganaba lo repartía con quienes tenían menos. Dormía en el suelo, comía con sencillez y dedicaba su tiempo libre a cuidar enfermos abandonados. Su vida evoca las palabras de san Juan Pablo II en *Centesimus annus*: “La propiedad privada asegura una zona necesaria de autonomía personal y familiar”, pero también “tiene una índole social, y el hombre no debe considerar los bienes como exclusivamente suyos, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen solo a él, sino también a los demás”.



San Luis y santa Celia Martin (Francia, s. XIX): empresarios y padres santos en la vida cotidiana

Luis era relojero y Celia dirigía un taller de encajes en la Francia del siglo XIX. No eran ricos, sino comerciantes trabajadores que supieron sostener a una familia numerosa con dignidad y fe. Padres de nueve hijos —cinco de ellos religiosos, entre ellos santa Teresita del Niño Jesús—, los Martin encarnan un principio del *Catecismo*: “La vida económica no se ordena únicamente a multiplicar bienes producidos e incrementar el beneficio; está ordenada, ante todo, al servicio de las personas”. Vivieron con sencillez, invirtieron su dinero en educación y caridad, y mostraron que ser santos en familia y negocios es posible. Canonizados en 2015 por Francisco, hoy son ejemplo para muchos matrimonios que buscan la santidad entre rutinas, nóminas y facturas.



Santa Teresa de Jesús (España, s. XVI): una bróker de la evangelización

La gran reformadora del Carmelo vivió con enorme austeridad, animando a sus monjas a abrazar la pobreza evangélica. Pero Teresa de Ávila fue también una mujer práctica: entendió que, para fundar conventos y evangelizar, hacía falta dinero. Como una bróker, gestionó recursos con habilidad: pidió ayuda a nobles como la duquesa de Éboli, buscó mecenas, gestionó préstamos y contó con el apoyo de su hermano Lorenzo. “Teresa sola no puede nada, pero con Dios lo puede todo”, escribió. Su fe le permitió fundar más de una docena de conventos en veinte años. Su vida muestra que confiar en Dios no excluye gestionar bien los bienes, cuando se ponen al servicio de la santidad y la evangelización. ■

Higinio Marín
Filósofo

“El hombre deja de poseerse a sí mismo porque vive para poseer cosas”

La riqueza es lo que uno tiene para ofrecer

El rector de la Universidad CEU Cardenal Herrera, Higinio Marín, reflexiona sobre la riqueza desde una perspectiva antropológica. Frente al materialismo, defiende que la verdadera pobreza es no saber compartir y que la riqueza solo se justifica si es fecunda. Tener y dar deben ir de la mano.

POR **LA ANTORCHA**

¿Qué significa que la riqueza resume el ideal de una vida lograda?

El deseo de riqueza es un deseo natural, como el deseo de placer que también lo es. Es natural porque implica abundancia en el bien y en los medios necesarios para la existencia. Lo que es malo es su ausencia, cuando una persona no tiene esa abundancia ni para vivir ni para invitar. Quien no puede invitar es pobre de solemnidad, tenga muchas o pocas posesiones.

Es sorprendente cómo, en países en vías de desarrollo y con niveles económicos bajísimos, la hospitalidad se vive como un rito casi sagrado. Incluso el que menos tiene dispone de lo poco que posee para ofrecerlo al visitante. Esa es la medida de la riqueza: lo que uno tiene para ofrecer.

Por eso esas personas pobres en términos materiales se manifiestan ricas, ricas de espíritu, porque tienen mucho que dar. Eso es la pobreza, eso es la riqueza. Por tanto, ese deseo es natural. Otra cosa es que los deseos naturales, en nuestra condición actual, en la que el deseo humano está roto y desorientado, deban ser educados y guiados para no malograrse.

En la sociedad avanzada y desarrollada —primero en Occidente y ahora en todo el mundo—, la riqueza se ha convertido en el fin final de la existencia. Pero es lógico y comprensible que los hombres aspiren a la riqueza y a salir del estado de necesidad en que consiste la pobreza. También es lógico que aspiren a que la riqueza no sea solo personal, sino general.





Otra cosa es si nosotros confundimos riqueza con lujo. Y el lujo es la abundancia en lo necesario convertida en fin final. Hay pobres en términos materiales que, sin embargo, llevan una vida lujosa. ¿Quién no ha visto favelas donde no falta internet, donde no faltan las pantallas o no falta la televisión? Y quizás apenas tienen dinero para vestir. Pues eso es una manera de lujo. Un poco grosera, eso sí. Ahí, por extraño que parezca, la riqueza tiene una naturaleza lujosa.

Y en otros casos en los que puede haber medios materiales abundantes, sin embargo, esa abundancia no es una abundancia tomada como fin final. El fenómeno de la riqueza y de la pobreza no es tan elemental como un fenómeno contable.

¿Cuál es el sentido de la riqueza como "lugar en el mundo"?

Los seres humanos no nacemos ni crecemos con lo necesario para la subsistencia. Las demás especies están dotadas genéticamente de lo que necesitan para subsistir. No necesitan transformar el mundo para hacerse un vestido, para hacerse una habitación o para conseguir el alimento. Lo consiguen por su dotación. Tienen piel, tienen cubierta que les pone a salvo de las incidencias térmicas, saben cazar o saben hacer acopio del alimento. Nosotros tenemos que hacer todo eso de manera elaborada. Y para hacerlo necesitamos medios.

Y la primera forma de riqueza, la más elemental, es contar con los medios necesarios para poder hacernos el vestido, la habitación o para poder hacer acopio de lo necesario y para compartirlo. Por eso es tan importante entender la riqueza como aquello que uno tiene para ofrecer a los demás, también en términos materiales.

Quien no tiene lo imprescindible para poder expresárselo a otro padece la pobreza como un estado de miseria de la condición humana. La pobreza como ese estado de miseria es indeseable. Ahí no hay ningún elemento virtuoso. Puede brillar la nobleza y la dignidad del sujeto que la padece, pero ese estado no se corresponde con la dignidad de su naturaleza ni de su condición. Y por tanto es un mal. Y es un mal de naturaleza social como la enfermedad, en la que también puede brillar el interés de un espíritu o su sentido de la esperanza, pero no quiere decir que la enfermedad sea un bien. Es un mal del que se pueden sacar bienes. La pobreza es un mal. Y es un mal que además los demás tenemos la obligación de evitar. Para nosotros, para los nuestros y para todos.

¿Qué es la avaricia y cómo se relaciona con la riqueza?

La avaricia es la incapacidad de ver ningún fin superior al de la posesión de medios. Si yo quiero la riqueza para hacer felices a los demás, por ejemplo, en la medida de lo posible, o para ponerlos a salvo de enfermedades o de escaseces que padezcan y que estropeen su crecimiento y su perfeccionamiento, pues entonces no voy a trabajar todos los días sin ver a mi familia porque yo quiero que mi familia sea feliz. Este es un signo que a mí me parece muy sabio en nuestra tradición y es la piedra de toque, la unidad, por así decir, de medida que da la salud del deseo natural de riqueza es poder disfrutar del domingo, poder disfrutar del ocio. Si cuanto tengo está subordinado a poder mirar el mundo y a los míos y sentir en paz que tenemos lo necesario y que están al menos en lo posible suficientemente a salvo del dar inclemencia.

“ La pobreza es un mal social, como la enfermedad, y todos tenemos la obligación de evitarla ”

Puede haber fines de hacer felices a los demás. Y ahí el deseo de tener y tener en abundancia no es avaricioso. Entre otras cosas porque los fines ponen la medida en la que es deseable la riqueza. Si alguien puede disfrutar de un día sin trabajar, ese sujeto no es presa de la avaricia. Ese sujeto tiene muchas posibilidades de estar entendiendo la riqueza que a mi juicio es necesaria como una riqueza proporcionada a bienes que son superiores.

¿Cómo surge el mercado en este contexto?

El mercado es una conquista civilizatoria por muchas razones. También porque permitió la especialización. Antes de que existieran las ciudades y entre los cazadores y recolectores no tenía sentido especializarse. No tenía sentido acumular pues si había alguien con una especial capacidad para hacer hachas bifaces pues construía las que necesitaba. No podía fabricar muchas más porque se convertían en un impedimento en los traslados. Y además qué sentido podía tener hacer más de las necesarias para su uso y para su reposición inmediata. Y por tanto todo el mundo hacía todo y todo el mundo sabía casi hacer todo.

En las ciudades donde hay mercado puedes hacer tantas hachas bifaces como seas capaz porque hay un sitio donde tus instrumentos satisfacen necesidades de

otros. De los que cultivan patatas, pieles, textiles... Y entonces tiene sentido la especialización y por tanto uno aprende a hacer algo mejor que las generaciones anteriores. Esa especialización es constitutiva del mercado.

Y sin darnos cuenta las ciudades, las aldeas que precisamente nacen o en torno del mercado o generándolo se convierten en cooperativas. En ellas, cada uno persigue su propio interés, pero al mismo tiempo persigue satisfacer las necesidades de otros. Y al mismo tiempo tiene germinalmente también el principio de su corrupción, porque las hachas o el dinero se puede acumular ad *infinitum* y convertirse en un vicio al que Aristóteles para distinguirlo de la economía le llamaba crematística. La economía en griego viene de *oikos* que es casa y *nomia* que es la administración de la casa

Para Aristóteles el deseo de riqueza subordinado a los bienes de la casa es justo y surge del deseo natural. El deseo de acumulación sin límite como fin final de dinero a él le parece que es crematística y que no es natural. Claro que la sociedad moderna nos lo ha enseñado mucho al respecto pero en último extremo, a mi juicio, esa distinción sigue siendo vinculante.

¿Por qué considera la familia el espacio propio de la riqueza?

La familia es el tipo de sociedad donde se acoge el carácter desposeído del ser humano. Nacemos sin lo necesario para sobrevivir, lo que se pone manifiesto sobre todo en el neonato. Donde hay neonato alguien tiene que tomarse el trabajo de atender a su crecimiento. Y eso se nota precisamente entre aquellos que todavía no han hecho acopio de lo necesario porque la unidad económica originaria es la familia en ese sentido.

Algunos hacen acopio de lo necesario para la vida de todos, incluso de los que no son capaces ni de hacer eso. La familia es el espacio, por así decir, primordial. Pero, además, la familia precisamente porque es una sociedad entre desiguales: desiguales de sexo, de edad y de capacidades. En ese contexto, unos cuidan de otros, pero cuidan también en el espacio que abren las desigualdades y, por tanto, el tiempo, el futuro se abre como una cuestión también económica. Un padre intenta no dejar deudas a los hijos: intenta dejarles ahorros. Y eso es lo que, claro, y no es ninguna casualidad en las sociedades en las que no se tienen hijos lo que se aumenta es la deuda (pública y personal) porque si no se tienen hijos no hay ningún sentido futuro.

Un hombre que no se atiene a la deuda no reconoce lo que debe y el deber es la categoría contable de lo que uno tiene. El que no reconoce la deuda de la vida que tiene respecto de sus padres difícilmente va a reconocer deudas menores como el dinero prestado. Este vínculo es un vínculo constitutivo es la salud de la vida de las familias la que es la fuente primaria de la salud de la vida también económica de las sociedades.

En cuanto a las personas, ¿Cómo se puede llegar a vivir la plena posesión de uno mismo?

Hoy tenemos más que nunca, pero paradójicamente eso nos ha desposeído de nosotros mismos. Hemos pasado de tener cosas a ser atrapados por ellas. Somos tan capaces de tener que hemos pasado a estar poseídos por todas aquellas cosas que tenemos, ahora somos esclavos. Es una esclavitud existencial: el hombre deja de poseerse a sí mismo porque vive para poseer cosas. Ha dejado de ser para tener.

“ La única manera de estar en posesión de uno mismo es dándose: perderse no es desaparecer, sino encontrarse en el otro ”

Frente a esta esclavitud, hay una alternativa: no se trata de renunciar al tener, sino de invertir su lógica. Hay bienes, los materiales, que si se dan se pierden. Pero otros bienes no se poseen cuando se retienen, sino cuando se entregan. Entre esos bienes está el saber, la paz, la palabra... Uno sólo los tiene verdaderamente cuando los comunica, cuando los comparte, cuando se da a través de ellos. Por eso, la única manera de estar en efectiva posesión de uno mismo es dándose. Darse significa salir de uno, perder el control, entregarse al otro. No es pérdida en el sentido negativo de la desaparición, sino como apertura, como donación.

El darse no es sólo una forma de sabiduría es una forma de libertad. Un verdadero acto por la verdad es un acto que te acerca mucho más al otro que a ti mismo. Es una manera de llegar a uno, de conocerse mejor. Conocerse mejor no ocurre en el repliegue egoísta ni en la acumulación de saber, sino en el diálogo, en la enseñanza, en la transmisión. La única manera de entrar en posesión cognitiva de un saber es mediante su comunicación. Esto vale para el conocimiento, pero también para la vida entera. Para “tenerse” de verdad, es decir, para ser dueño de uno mismo, libre, consciente, hay que entregarse, salir de uno, perderse.

La pérdida no es aquí un extravío, sino una forma de simplicidad. Lo que se había convertido en un mapa ha suplantado a la realidad, y se ha hecho incluso más complejo que la realidad misma. Frente a esa cultura de la hiperacumulación y del ruido, sólo la simplicidad que nace de la entrega permite reencontrar el sentido. La solución es siempre simple. Y esa solución, recuperar la posesión de uno mismo, sólo se alcanza en la pérdida consciente, en la entrega voluntaria al otro, en el acto generoso de compartir lo que uno es. Por eso, la mejor forma de tenerse es perderse y entregarse, porque perderse no es desaparecer, sino encontrarse verdaderamente en el otro. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA A HIGINIO MARÍN COMPLETA AQUÍ



La adivinanza del adinerado



POR **FABRICE HADJADJ** | ESCRITOR Y FILÓSOFO

La pasta en el pecho

Aquí está la adivinanza. San Pablo dice en su Primera Carta a Timoteo (6, 10) que “el amor al dinero es la raíz de todos los males.” Con todo, según mis cuentas teóricas, el principio de *todos los males* es la soberbia, y según el cuento bíblico, al pie del árbol del conocimiento sin duda se puede ver una raíz, pero no se ve dinero alguno. ¿Es la estimación monetaria peor que la autoestima? ¿Era el fruto prohibido una bolsa llena de oro? ¿Cómo puede el apóstol hacer del dinero algo más radical que lo original?

Verbigracia, yo (tomo el primer ejemplo que tengo a mano) cometo muchos pecados (pregúntale a mi esposa, sumisa como pide san Pablo, mas no sujeta al secreto de la confesión), pero no cometo todos los males (sin duda por falta de tiempo y ambición). Podrían comparecer aquí varios testigos que lo confirmarían: prefiero un buen libro a un billete de quinientos euros, un cuaderno

para escribir a una cartera de valores. Probablemente no vendería a mis hijos, ni siquiera por un buen precio, pero puedo olvidarlos completamente durante dos horas mientras apunto un poema sobre la paternidad. He llegado a esta conclusión: no tengo amor al dinero, y presumo de este privilegio: puedo despreciar a los ricos, quienes serán enviados con las manos vacías, al tiempo que yo mantendré mis manos llenas de papeles literarios cantando la gratuidad.

Sin embargo, no hay humo sin fuego, ni tallo sin raíz. Ahora bien, la raíz de todos los males es el amor al dinero. Por tanto, aunque supongo que mi fruta podrida no tiene nada que ver con la pasión por la pasta, el amor al dinero está bien arraigado en el terreno y hasta el tufo de mi corazón. ¿Cuál es este dinero que codicio en secreto? Diríase que, cambiándose por debajo de la mesa, por contrabando, es peor que el otro tan obvio y el escritor que pretendo ser esconde un falsificador de monedas.



Expulsión de los mercaderes del Templo, de Aniello Falcone, 1630 - 1640. Museo Nacional del Prado

Signo sensible y eficaz

Ciertamente, el dinero es asunto de escritura e imagen del poder. Cuando, acerca del impuesto, los fariseos por una vez se ponen de acuerdo con los herodianos (ojalá sean más fuertes para comprometer al adversario común), Jesús les pide que le enseñen un denario y luego les pregunta: “¿De quién son esta imagen y esta inscripción?” (Mt 22, 20). No es indiferente constatar que la famosa palabra que permite distinguir, unir y jerarquizar el poder temporal y el poder espiritual lo que pertenece a César y lo que pertenece a Dios se basa en la descripción de una moneda (no será menos sorprendente comprobar que el cuerpo del Señor se ofrece en la eucaristía *in forma nummi* bajo la forma de una moneda semejante al óbolo que la antigua costumbre colocaba sobre la lengua de los muertos para pagar el paso de la Estigia).

Sea lo que fuere, puesto que se trata de una inscripción y una imagen,

parece que el dinero — moneda, billete, sal, plata, concha, tarjeta de crédito... no corresponde sólo a un tipo de signo, sino a una cierta relación con los signos en general, capaz de contaminar todos los signos posibles. Dando con esa frase en la Carta a los Hebreos (que justo después menciona la prostitución y profanación de Esaú): “procurad que ninguna raíz amarga rebote y haga daño, contaminando a muchos” (12, 15), se debe entender cómo la *raíz de todos los males* tiene la facultad de comunicar su mala savia a toda ramificación del ser. Hasta lo íntimo y la intimidación. A menudo, se muestra cierta oposición esencial entre el dinero y la sangre: pago en metálico para no darme por entero. Pero la sangre también, y quizás más que cualquier otra cosa, puede ser contaminada. Esto sucede cada vez que se utiliza como medio de compra o venta: piense en los sacrificios aztecas.

El joven catequizado que ahora forma parte de nuestros antepasados, cuando

se le pedía la definición de "sacramento", sabía recitarla de memoria: "Signo sensible y eficaz de la gracia." Evidentemente, el dinero también es un signo sensible y eficaz, aunque no sea de la gracia. Cosa escrita y sellada por la autoridad, reconocimiento de deuda transmisible, le da al usuario (que siempre puede convertirse en usurero) el poder de obtener mercancías. No es en sí mismo un bien material. Lo prueba la hiperinflación, esto es la pérdida de fe en su signo. Es un signo eficaz, una fórmula mágica, para hacer bienes materiales comercializados. En este sentido, se trata de un bien espiritual.

“*¿Era el fruto prohibido una bolsa llena de oro?*”

Cuentas y cuentos

Solía jugar con la paronimia de aquellas dos palabras para marcar mejor su antagonismo: cuentos y cuentas. La cuenta contiene números y calcula transacciones financieras en términos de cantidad; el cuento contiene nombres y dramatiza acciones personales en términos de cántico. Pensé entonces que era pertinente categorizar el dinero del lado de las cuentas, en el lado opuesto de los cuentos. Pero, en verdad, se sitúa en la bisagra.

Así es como se distingue el hombre del mono: póngale en la mano un billete de quinientos euros con sus doce estrellas, o bien una tarjeta de crédito marcada con el vocablo *infinite*. El mono volverá pronto a su banana. ¿Qué pasa con el hombre? La imagen excita su imaginación. La inscripción resuena como una promesa. Se aleja de las cosas que lo rodean, y sueña,

sueña con todo lo que podría comprar con ese dinero, incluso pienso en mí mismo el tiempo que le permitiría lograr para escribir más y sin molestias. Dice adiós a las realidades de abajo aunque no se eleva a las de arriba. Entra en un mundo de virtualidades: bananas, mañanas, hazañas, pero siempre en el marco de lo que se puede acuñar.

Lo que no se puede comprar, lo que tampoco se puede poner en un escaparate, se le escapa, porque, a sus ojos contables, no existe. Si algo le viene a las mientes, tiene que ser negociable. No entiende el *Cantar*: "Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, sería sumamente despreciable" (Ct 8, 7). Si lo oye, siempre puede contestar: "Decís que soy despreciable, porque estoy preciándolo todo. Yo soy el que doy un precio a cada cosa."

Las cuestiones de dinero dependen siempre de la proyección, de la imaginación, me invaden el cráneo más que el cajero. En una quiebra, en una brusca pérdida financiera, ya no puedo dormir y lucho con retorcidas imágenes de un futuro sin porvenir. Mi mujer está en la cama junto a mí, el cielo brilla de sus estrellas todas, un niño sueña como un ángel en su cuna de al lado, pero ya nada tiene consistencia frente a la inconsistencia de lo que cuento y me cuento.

Máximo el Confesor dice que la pelea contra las imágenes es más dura que la pelea contra las cosas, porque las cosas están fuera, mientras que las imágenes están dentro de nosotros, siempre fluyendo y no hay a dónde huir. Por eso, por esta plaga del corazón que pierde toda cordura, en su pelea nocturna, el quebrado pueda ya no ver allí la mano que se extiende para librarlo sino idear allá la cuerda para colgarse.



El cambista y su mujer,
de Quentin Massys, 1514.
Museo del Louvre.

“*El avaro no está en el mundo siendo del mundo, llenándolo de sus flacos fantasmas*”

Retrato del avaro como fraile menor

¿Qué tal el avaro? Es una especie de místico: digamos un místico numismático. No se puede comprar el amor, como dice el *Cantar*, tampoco en el caso del amor al dinero. Este amor tiene algo gratuito, inexplicable, oblativo, mortificador en su verdadero olvido de sí mismo. Su fuerza viene menos del egoísmo que de parodiar el misterio.

Mira este tacaño arrodillándose ante su divisa adivina, pidiéndole que haga

aparecer todo lo posible de su providencia y, para servirla, esforzándose por ampliar el dominio de su ama, el dominio de lo comprable. Míralo, adinerado pero vestido como un pobre, recontando sus monedas para contarse posibilidades de adquisición cada vez más cerca, aunque siempre aplazadas, y feliz de guardar el secreto de su riqueza, que es interior.

La avaricia es un cierto recogimiento. Algunos dirían que se trata de la interioridad de una caja no la de un corazón, de un ensimismamiento no de una hospitalidad. Empero, nadie más que el avaro se parece a un fraile menor, meditando apartado de las agitaciones materiales. Pero hay una diferencia invisible que la divisa adivina no puede ni siquiera vislumbrar. El santo no es del mundo pero está en el mundo, para ofrecer al mundo una esperanza que lo supera, mientras que el avaro no está en el mundo incluso siendo del mundo, y lo llena de sus flacos fantasmas.

No obstante, para no sucumbir, ¿hay que volver a la banana pura sin cuenta ni cuento? ¿Acaso la monería basta para defendernos contra la moneda y su monomanía? ¿No es más bien que el avaro no llega al cabo de su cuenta y cuento, hasta el cuento evangélico y la cuenta final, a saber lo *efectivo* por excelencia?

Tres funciones y tres virtudes

Me acuerdo de este refrán de la abuela: "Una moneda, tres mentiras. El oro dice *Oro*, la plata dice *Planto* y el dinero *Liberio*." (Ese refrán, en realidad, me lo acabo de inventar según la cervantina costumbre de henchir la boca de Sancho con refranes. ¿Qué puede hacer mejor la sabiduría del no científico sino hallar proverbios tradicionales y hacer cosas nuevas que asemejen a viejos recuerdos?). Para confirmar esta intuición de que el dinero es algo así como el sacramento del

mundo o su escritura santa, tengo que llegar a este estupendo paralelo: las tres funciones de la moneda corresponden a las tres virtudes teologales.

Para conocer las tres virtudes teologales se puede leer el *Catecismo de la Iglesia católica*, para conocer las tres funciones de la moneda hay que clicar en la página web del Banco de España. Por parte de la Iglesia católica: fe, esperanza, caridad. Por parte del Banco de España: unidad de cuenta, depósito de valor, medio de cambio.

Antes de nada, la moneda es fiduciaria. Es preciso creer que aquel trozo de papel, impreso por procedimientos protegidos, permite obtener un sofá o una televisión, a diferencia del papel higiénico, ciertamente impreso por procedimientos más comunes y primitivos. Como está escrito para los hebreos, “los hombres juran por alguien mayor y, con garantía del juramento, queda zanjada toda discusión” (6, 16). Cuando mi billete de quinientos euros, con su dibujo de un puente, corta el rollo de mi interlocutor, es porque tercia una autoridad: he aquí a César o al Banco Central... Sin embargo, el paralelo con la virtud de la fe puede hacerse más especialmente a través de la primera función: la unidad de cuenta. El dinero lo reduce todo a su valor monetario así como la fe amplía todo por su insondable principio: “Todo se mantiene en él” Col 3, 17.

La función de depósito o reserva está claramente vinculada a la virtud de la esperanza. El dinero, al otorgarme el posponer la adquisición de un bien, me abre un futuro. ¿Cómo podría morir si todavía tengo tanto para gastar? “Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años” (Lc 12, 19).

Por fin, el medio de cambio imita la caridad, porque opera la circulación

de los bienes, y por tanto una comunidad o al menos un comercio de vida. Produce efectos semejantes a los de la misericordia. Al mismo que es mi enemigo respecto a la religión el emir islamista, le doy cordialmente la mano respecto al gas o al petróleo.

“ Se corre el riesgo de estar contento consigo y encerrado en la indiferencia” hacia los de más allá de su jardín

El dinero en la mano de Dios

No es de extrañar que muchas almas buenas anhelan una sociedad sin dinero. Ellas vacilan entre el regreso hacia una autarquía de tribu y el progreso hacia el comunismo planetario. Para elegir, ya está en el aire su moneda. Pero el Señor que nos manda no servir a Mamón, también nos ordena servirnos de Mamón: “Ganaos amigos con el dinero de iniquidad” (Lc 16, 9).

Hay aquel refrán (que no he reinventado, por desgracia): “Mal echa sus cuentas quien con Dios y con el diablo no cuenta.” Eco de Job y de su revelación. Dios, todopoderoso y en consecuencia algo irónico (no algorítmico) se sirve del diablo en sus cuentas incalculables: a pesar de las intenciones del interesado.

De la conquista del Nuevo Mundo, conocemos la ambivalencia. Los economistas subrayan el establecimiento de la primera globalización: a finales del siglo XVI circulaba en Europa el doble de

metales preciosos y el cuádruple de la plata existente antes del hallazgo de América. Los teólogos, por su lado (o su altura), destacan el advenimiento de una evangelización extendida hasta los últimos confines: difícil de contar la multiplicación de los cristianos a finales del siglo XVI, ni cuantos son los indios que dieron lecciones de santidad a los españoles. Mientras que el demonio engordaba la bolsa de Judas, Dios colmaba el corazón de Juan Diego.

Así Paul Claudel concebía la deuda internacional como la suerte de una impagable interdependencia entre “todas naciones, razas, pueblos y lenguas”, manifestando el confinamiento de los hombres en una misma miseria universal para su ascensión en una misma misericordia católica.

Puede ser muy bueno comer patatas cultivadas por uno mismo, pero se corre el riesgo de estar contento consigo y encerrado en la indiferencia hacia los de más allá de su jardín. Puede ser bastante malo comprar patatas con dinero, pero esto abre la conciencia al estar atrapado en una inmensa red que envuelve a todos los peces, grandes y pequeños, buenos y malos, con una culpa que llama a reaccionar en vista de una gracia para todos.

Lanzando mi moneda

El enamorado del dinero se equivoca porque se pierde en sueños que cree fácticos y, por esto, no pueden brotar en poesía. Olvida que el mercado es ante todo lugar donde las personas se encuentran y se ofrecen palabras. Olvida que sus proyectos son precarios, lo que quiere decir, según la etimología latina, suspendidos a la plegaria. Se niega a ver que su liquidez se hace con la sangre de los pobres (lo mismo vale para mi tinta), y que a cambio debe servirse de ella para socorrerlos, y volverse “rico en buenas obras” (1 Tm 6, 18).

A fin de cuentas y más allá, el verdadero efectivo no es odiar el dinero, sino amar al prójimo. Entonces, para comunicarse con su prójimo, cabe utilizar el dinero con vigilancia e ironía “negociando en este mundo como los que no negocian” (1 Co 7, 31), soltando a nuestros deudores, deshaciendo el becerro de oro para ofrecer al pródigo el ternero cebado...

Esta enseñanza me es dada por el mismo dinero, a pes(ete)ar de él. Lanzo una vieja moneda. Ella sigue girando en el viento. Sea cual sea el lado en que caiga, debo caer en la cuenta de que, por fin, son solo dos: cara y cruz. ■

“ La liquidez se hace con la sangre de los pobres. Lo mismo vale para mi tinta”



La moneda del César, de Antonio Arias Fernández, 1646. Museo Nacional del Prado

El distributismo hoy

POR **JAVIER RUBIO Y SANTI HUELLE** | CLUB DALROY,
PODCAST SOBRE CULTURA CATÓLICA Y FAMILIA

¿Es posible una sociedad distributista? Aquí es donde parecen estallar todas las ilusiones de los chestertonianos. Siempre encontramos en nuestras tertulias caseras —celebradas entre whisky y pipas, o en torno a un asado— a algún entusiasta de la escuela austríaca que nos mira con condescendencia: “ay, pobres ilusos. Una sociedad compleja” —empieza a explicar—, “átomos con tarjeta de crédito, tasas municipales, pensiones” —aquí el amigo, a quien llamaremos Trasímaco y que también es fan de Milei o de Juan Ramón Rallo, se rasga las vestiduras y pierde la compostura “¡la mochila austríaca! ¡la mochila austríaca!”—. En resumen, nos explica que los chestertonianos somos incapaces de imaginar el entramado de relaciones macroeconómicas que sostienen la vida y el mundo. Pero en realidad, el bueno de Trasímaco no cae en la cuenta de que él mismo está, en esa tertulia, participando de la esencia del distributismo: tiene un plato de carne asada enfrente suyo, y un iluso distributista se la está sirviendo en ese preciso momento.

El distributista no se pregunta si es posible el distributismo. Lo da por hecho. No es una cuestión de sistemas, sino de

principios. Sabe de la importancia de tener un trozo de tierra, no para ser propietario de los medios de producción, no para producir recursos, sino para crear familia y para recibir amigos. Tal vez no tiene un cerdo en el jardín todo el año, pero tiene varios cerdos a lo largo del año, el tiempo preciso para asarlos y servirlos en el plato del amigo neoliberal.

Los distributistas oponemos a la especulación la encarnación. Como aquel amigo que después de vivir en la capital de España durante quince años se mudó a Quijorna, un pueblo de Madrid, y nos dijo al poco tiempo con una intensa emoción: tengo vecinos. La vecindad no se determina por la contigüidad en el espacio, sino por la posibilidad de reconocer a aquél que habita junto a ti. A menor número de habitantes por km², mayor número de vecinos distinguibles: baja la densidad de población y asoman los rostros humanos.

Este mismo vecino, tan ignorante de la obra del Gilbert K. como de la botánica, nos volvió a sorprender cuando lo encontramos un día paseando con sus hijos por su pueblo, deteniéndose ante un árbol, un arbusto, una mala hierba o una

flor: chopo, cardillo, carmelita descalza, gordolobo, bejuco de cadena, cachurro, trompeta trepadora... Un sujeto que en el pasado no era capaz de distinguir el césped artificial del real se paseaba ahora suspirando por los alrededores de su casa como el Walt Whitman de la Cuenca del Guadarrama. Tener una tierra, una casa, había arraigado a este hombre de un modo insospechado, y cualquiera podía ver cómo florecían los primeros frutos.

Nuestro buen Trasímaco, el amigo neoliberal que todos tenemos, nos recuerda con frecuencia que “es imposible un Estado distributista”. Y le damos la razón con entusiasmo. Eso sería una paradoja y no de las de Chesterton. Vivimos en ciudades mastodónticas, en las que la economía local mengua en favor de las plataformas de venta en línea y de las multinacionales. La cultura comunitaria, en el mejor de los casos, se reduce a las cabalgatas de Reyes, los Pasos y las fiestas de los pueblos. Y lo artesanal se ha convertido en objeto de consumo privilegiado.

Para concentrar la esencia del distributismo en un puñado de palabras decimos que busca ampliar y distribuir la propiedad, sobre los pilares de la familia como núcleo de la sociedad y de la libertad y dignidad del campesino y del artesano. Pero esto se resiste a convertirse en una fórmula económica. No es una idea surgida de un laboratorio mental de mentes brillantes. Es la exigencia de la vida que busca algo más que jornadas laborales maratónicas para consumir lo ganado, o que no se contenta con sustituir la tiranía del patrón por la del Estado. Esta exigencia pasa por la familia y la propiedad, es decir, por un espacio propio y compartido, en el que uno puede tratar de vivir con señorío.

Quien vive humanamente en un espacio que puede llamar suyo lo podrá amar precisamente por ser suyo. Del

mismo modo que ama a sus hijos no porque sean espléndidos, listísimos, virtuosísimos, sino simplemente porque son sus hijos. Y amando genuinamente aquello que es suyo, buscará el bien de aquello que ama. Pues imaginemos si ese espacio está configurado también a la medida humana, aunque no llegue a ser un acre de tierra. Entonces podríamos imaginar que no se tienen trescientos vecinos en vertical, sino tal vez unos veinte en horizontal —es decir, en el mismo nivel que él mismo—, por lo que será más factible que los llegue a conocer, luego los reconozca cuando se encuentren, se saluden, o incluso coman algún día al año en la misma mesa. Pues cuando haya que hacer algo por el espacio que se habita y se ama, en vez de discutir de ideología en el enjambre impersonal de las redes sociales para acabar en la inanición espiritual, tal vez en la acera, la tienda, el bar o la iglesia, puedan ponerse de acuerdo, hablando rostro a rostro para limpiar pongámosle la papelera de la calle que comparten.

Así, nuestro querido distributismo de andar por casa se convierte en un afán de vivir a escala humana: comprar en la huerta del pueblo, vernos en la misa dominical en nuestra pequeña parroquia, preferir una conversación pausada con Honorio que una retahíla de *prompts* con la última versión hiperveloz de Gemini, invitar a nuestros amigos a asados —también a los progresistas y a los neoliberales—. Los amigos que vivimos en Quijorna, que nos hemos reunido en este pueblo a las afueras de Madrid en busca de tierra, familia y amigos, somos muy de Sam Gamyi. El bueno de Sam cuando elige el modesto jardín del tío frente a las tierras infinitas y rebosantes que le hace imaginar el anillo único... Así pensamos el distributismo que se puede vivir hoy en una sociedad como la nuestra. ■

Liberalismo y fe



POR **JULIO LLORENTE** | PERIODISTA Y EDITOR

El liberalismo es singular desde por lo menos un punto de vista. Su relación con la Iglesia católica es más amistosa que la de las demás ideologías. Considerada la promesa de un paraíso terrenal, consideradas las criminales aplicaciones de las tesis de Marx, nadie se pregunta a estas alturas si el comunismo es conciliable con la fe católica. Lo mismo ocurre con el fascismo: ¿cómo soslayar la incompatibilidad de su propensión paganizante y de su exaltación beoda de la voluntad con el credo de los apóstoles? Sólo al liberalismo se le ha concedido el privilegio de la duda. Hay quienes conjugan *La riqueza de las naciones* y el Evangelio con admirable ligereza, convencidos de que apenas encajan las piezas de un puzzle. Para algunos teóricos, el liberalismo es la derivación política y económica del sermón de la montaña, algo así como el culmen natural del desarrollo de la fe.

El sacerdote Robert Sirico, defensor del libre mercado, descubre en las parábolas el origen remoto del capitalismo. Charles Gave, por su parte, aventura una tesis más audaz: según él, Jesús no habría sido un liberal *avant la lettre*, qué va, sino el liberal por antonomasia, el arquetipo mismo de todos los liberales.

Tal vez esta excepcionalidad responda a la misma naturaleza del liberalismo. ¿Cómo repudiarlo cuando no ha sido abiertamente hostil a la fe? ¿Cómo cuando los católicos han vivido libremente —o al menos eso se afirma— bajo regímenes liberales? El liberalismo no impondría un sistema; propondría un talante. Ampliaría el espacio público, derribaría sus antiguas murallas. Las revoluciones liberales habrían clausurado la época de los discursos indecibles y de los ritos impracticables. Tras siglos de opresión —eso nos recuerdan sus entusiastas—,

hoy conviven en el ágora la palabra blasfema y la palabra devota, el ateísmo y la religiosidad. Lo mismo sucedería en el ámbito económico: el capitalismo —declinación económica del liberalismo— no impondría un ideal; permitiría al individuo emancipado seguir el suyo. El maestro Enrique García-Máiquez expresa el sentir de muchos católicos cuando dice, demasiado a menudo, que el liberalismo económico es el único sistema que tolera un modo de vida chestertoniano. Descubrimos, de este modo, la razón última de la fraternidad liberal-católica: la neutralidad institucional pretendida por el liberalismo propiciaría el florecimiento religioso anhelado por la Iglesia.

Pero el hombre, incluso el liberal, está condenado a la doctrina; para él, la neutralidad constituye tan sólo una quimera. Quien se encoge de hombros también toma partido. Los enemigos de los dogmas son, para su desgracia, unos dogmáticos. Cuando el liberal propone la convivencia armoniosa de cosmovisiones, delinea sin pretenderlo una cosmovisión. Tal vez su fe sea vaporosa, pero no es por ello menos militante. ¿Puede el católico profesar dos credos, el de la indiferencia pluralista y el de la cruz? ¿Puede uno desear la ciudad de Dios y, al tiempo, bendecir la torre de Babel?

“ El liberalismo no es un talante, tampoco una actitud, sino una concepción determinada del hombre y del cosmos ”

Las razones de una incompatibilidad

Por el momento apenas hemos identificado el liberalismo como ideología: no es un talante, tampoco una actitud, sino una concepción determinada, aunque brumosa, del hombre y del cosmos. Nos corresponde ahora, por tanto, regresar a la pregunta inicial. ¿Son conciliables el liberalismo y la fe católica? Amparado en la autoridad de muchos pontífices, yo sostengo que no. El indiferentismo liberal se funda en una imagen del hombre y de la libertad diferente, podría decirse que antagónica, de la imagen católica. Para el liberal, la libertad consiste en una mera ausencia de impedimentos (Hobbes); para el católico, en la elección consciente del bien (Agustín). Para el primero, la libertad constituye una meta; para el segundo, un viacrucis. La libertad liberal es una prebenda; la libertad católica, un compromiso. El teólogo William Cavanaugh escribe al respecto en el primer capítulo de *Ser consumidos*, donde compara las filosofías de san Agustín y de Hayek:

“La libertad, desde el punto de vista de san Agustín, no consiste simplemente en la falta de interferencia externa. La visión de la libertad que tiene san Agustín es más compleja: la libertad no es simplemente una libertad negativa de, sino una libertad para, una capacidad para lograr ciertas metas que valen la pena. Todas esas metas se integran en el *telos* que rige la totalidad de la vida humana, el retorno a Dios.”

El liberalismo se revuelve contra este *telos*, considerado opresivo. Si la Iglesia afirma la existencia de una finalidad intrínseca al hombre —“Nos

hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti”—, el teórico liberal la descarta. No habría un fin innato y, como tal, ineludible. El individuo liberal, señor de sí mismo, artífice de su propia ventura, decide autónomamente los horizontes a los que encaminarse. Ya no estaría llamado a la realización en el bien, sino a la autodeterminación, aunque sea en el mal. Ya no estaría constreñido por una vocación natural, sino empoderado por una soberanía irrestricta. En un célebre pasaje de *La libertad de los modernos*, Benjamin Constant asegura que libertad es también, por supuesto, “libertad para abusar”. Hayek, más grandilocuente, erige al individuo en “juez supremo de sus fines”. El titán brama desencadenado.

“Los enemigos de los dogmas son, para su desgracia, unos dogmáticos”

La economía de los árboles

De la negación de un fin compartido se deduce, en lógica consecuencia, la imposibilidad de un bien comunitario. El fin propio de la política estribaría en salvaguardar la soberanía del individuo; el fin propio del individuo, en multiplicar su autonomía. La vida buena se disolvería en una vida libre. El bien común degeneraría en una suma babélica de intereses. Emancipado de la comunidad, pletórico de independencia, el individuo puede perseguir sus propias aspiraciones. La sociedad cae, así, en un atolladero

anómico que sólo la taumaturgia, ejem, puede remediar: en sus dos principales ensayos, Adam Smith se refiere a una brumosa mano invisible que troca el beneficio individual en beneficio general, la codicia en filantropía. ¿No es esto una secularización —zafia como todas las secularizaciones— de la providencia? ¿No acaso una santificación del egoísmo?

“Nada hay de virtuoso en el egoísmo y la codicia sólo engendra codiciosos”

Nada más contrario —creo— a una “economía católica”, cuyo eje no es el individuo, sino el prójimo. El liberalismo orilla una verdad tan vieja como el Evangelio: el hombre se realiza cuando se descentra y se descentra cuando se entrega. El padre trabaja para que su familia viva; el camarero faena para que la parroquia goce; el jardinero cultiva para que el mirlo cante. La fe de nuestros padres desvela la ficción liberal. Nada hay de virtuoso en el egoísmo y la codicia sólo engendra codiciosos. ¿A qué está llamada la empresa sino al servicio? ¿A qué está llamado el oficio sino a la ofrenda?

Cristo utiliza con frecuencia imágenes hortofrutícolas. En una escandalosa inversión de las jerarquías, erige al árbol en modelo para el hombre. Tiene sentido, naturalmente. Los frutos de la higuera no son para sí misma. Su esfuerzo, como el del jornalero esmerado, como el del artesano cuidadoso, culmina siempre en oblación. ■

PREMIO ACdP DE NOVELA JOSÉ MARÍA PEMÁN

2025



Bases
DEL
CONCURSO





Tres miradas literarias sobre el dinero

POR **MAR VELASCO** | FILÓLOGA

El dinero que, en principio se creó como intercambio de productos y servicios, se ha convertido en todo un símbolo de las civilizaciones, y no necesariamente para bien. Cuestión básica en cualquier sociedad, no podrá faltar nunca el debate sobre su reparto, su función a la hora de retribuir un trabajo con dignidad, su relación con la ética... No es un tema menor, y por eso este número está dedicado a este ídolo falso que nunca da del todo lo que promete. En literatura, el dinero aparece a menudo como tentación o prueba moral. No tiene vida propia, pero absorbe y multiplica las pasiones de quienes lo buscan. Os dejamos aquí tres libros, tres pinceladas para abrir boca sobre el dinero, capaz, como el propio ser humano, de lo mejor y lo peor.



El regreso de Don Quijote

G.K. Chesterton
Cátedra, 456 págs.

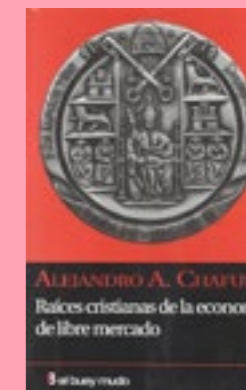
El regreso de Don Quijote (1927) es, en gran medida, la novela en clave narrativa del distributismo chestertoniano, un sistema que busca ser alternativa tanto al capitalismo como al socialismo, basándose en la Doctrina Social de la Iglesia, que enfatiza el bien común, la subsidiariedad, la solidaridad y la dignidad del trabajo. Chesterton, que tiene el don de convertir la filosofía más sesuda en sátira inteligente, inaugura la trama en una biblioteca inglesa, donde un humilde bibliotecario (Michael Herne) acaba convertido, casi por accidente, en líder de un movimiento popular que cuestiona la modernidad industrial. El autor ridiculiza la mecanización, la burocracia y la obsesión por la eficiencia, mostrando sus efectos más deshumanizadores. Frente a fábricas y mercados fríos, defiende la vida sencilla, la agricultura, el oficio manual y la comunidad como lugar para dignificar al ser humano. Como buen distributista, Chesterton pone en boca de sus personajes la idea de que la propiedad privada debe estar repartida entre muchas familias, no concentrada en monopolios ni en el Estado. El tono quijotesco llega con Herne, que tras una obra de teatro medieval, se niega a abandonar sus ropas y pretende instaurar el antiguo orden de la caballería. Una llamada a la resistencia cultural frente a la deshumanizada modernidad.



Los hermanos Karamazov

Fiódor Dostoyevski
Penguin Clásicos, 1144 págs.

La obra cumbre del gran maestro ruso indaga con incisiva profundidad en los dilemas morales y espirituales del hombre. Es cierto que no habla directamente de economía, pero critica abiertamente el dinero y su capacidad de corromper, atravesando toda la trama como símbolo de poder y tentación moral: Fiódor Pávlovich Karamázov, un terrateniente borracho, arbitrario y corrompido, tiene cuatro hijos: Dmitri, de carácter violento; Iván, un intelectual frío y materialista; Aliosha, el hijo pequeño, pasivo y religioso; y Smerdiakov, el hijo bastardo y resentido. La novela gira en torno a las relaciones perversas que se establecen entre el padre y los hijos hasta su dramático desenlace. Y es precisamente el personaje del padre, Fiódor Pávlovich, quien representa la decadencia ética asociada al materialismo. Es un hombre que, aun siendo rico, no tiene paz espiritual. Para Dostoyevski el dinero nunca es neutro: es un catalizador moral que saca lo mejor o lo peor de cada personaje, mostrando que el problema no es el oro en sí, sino qué lugar ocupa en el corazón humano. Así ocurre en *Los hermanos Karamazov*, retrato de una sociedad que, dejándose llevar por el ansia de los bienes materiales, ha perdido el sentido del bien, y que cuando el dinero se convierte en fin último, destruye familias, conciencias y aniquila el sentido de justicia.



Raíces cristianas de la economía de libre mercado

Alejandro A. Chafuen
El Buey Mudo, 288 págs.

El economista argentino Alejandro A. Chafuen destaca la importancia de la tradición católica en el desarrollo del pensamiento económico actual. Explora las raíces medievales del pensamiento económico a través de la influencia de la Iglesia y la filosofía escolástica, y analiza la aportación clave de los pensadores españoles a la teoría económica. Sostiene que los teólogos y juristas de la Escuela de Salamanca en los siglos XVI y XVII fueron la piedra de toque de lo que hoy conocemos como “economía de mercado”: autores como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto o Juan de Mariana reflexionaron sobre conceptos entonces novedosos como la libertad económica, el comercio internacional o la propiedad privada. En otro capítulo examina la relación entre ética y economía, subrayando la importancia de la moral en las decisiones económicas. También discute el papel del Estado, defendiendo una intervención limitada que respete la libertad individual y la propiedad privada como derecho natural, con una función social: debe usarse responsablemente para el bien común.

Raíces cristianas de la economía de libre mercado es una extensión académica de la Doctrina Social de la Iglesia aplicada al análisis del mercado y la ética económica. ■

La avaricia desde el arte

“Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos” (Jn 19, 24)

POR **MIRIAM MONTERO DE LA VEGA** | MIEMBRO DE LA JUNTA DIRECTIVA DE NÁRTEX

A lo largo de la historia, el arte cristiano, en su afán por instruir al fiel, se ha servido de un variado repertorio iconográfico para representar actitudes moralmente condenables que alejan al ser humano de Dios. La avaricia ha sido uno de *los pecados capitales* más representados por su repercusión en el hombre y en la sociedad, y por ser la raíz de otros muchos pecados. Así lo expresa la Epístola a Timoteo: “la raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim 6,10). De esta manera, la tradición artística cristiana desarrolló toda una iconografía

destinada a mostrar las consecuencias de este pecado.

En el arte románico (siglos XI-XII), esta concepción se plasma en capiteles como los de la Catedral de Tudela (Navarra), en los que el avaro, con una bolsa atada al cuello, es atormentado por seres diabólicos. Estas imágenes, situadas estratégicamente en portadas o claustros, funcionaban como verdadera catequesis en piedra para peregrinos y fieles, advirtiendo de los castigos reservados a aquellos que se dejaban llevar por el afán desmedido por las riquezas.



Catedral de Tudela, Navarra (España). Puerta del Juicio. (s.XIII). Castigos del avaro: Hombres arrojados al río con la bolsa al cuello, y pareja de avaros en una caldera hirviendo. Foto: Carlos Martínez

En el Renacimiento irá evolucionando esta idea moralizante mostrando las consecuencias que conlleva este pecado al hombre, ya no solo en la vida futura, sino en la vida terrenal, y los daños que provoca en la sociedad. Así, nos encontramos con obras como la del grabador Alberto Durero,

en su serie sobre Los pecados capitales (1507). En ella muestra la avaricia como una figura femenina, anciana, grotesca, encorvada y aferrada a sus monedas, expresando la deformación moral que este pecado provoca en el interior del hombre y que se manifiesta en lo exterior.

Alegoría de la avaricia (1507), de Alberto Durero, Museo de Historia del Arte de Viena (Austria)



Asimismo, Pieter Bruegel el Viejo, en su serie de Los siete pecados capitales (1556–1557), dedica una tabla a la avaricia. En ella nos muestra una escena poblada de figuras deformes: comerciantes contando monedas, personajes que negocian incluso con la muerte y monstruos que se alimentan de la codicia humana. Bruegel no se limita a condenar el pecado individual, sino que refleja cómo la avaricia corrompe la convivencia, convirtiéndose en una dura crítica a las estructuras sociales de su tiempo. Nos muestra que la avaricia no es solo una cuestión de dinero, sino un desorden del corazón que nos aleja del prójimo, conduciéndonos a la injusticia,

a la explotación, y en consecuencia, nos aleja de Dios.

Estas representaciones, aunque poderosas en su lenguaje, comparten un rasgo: señalan al culpable y nos interpelan: ¿Me preocupo demasiado por mis posesiones? ¿He realizado un trato injusto para obtener un beneficio económico? ¿He mentido o engañado para enriquecerme? ¿Mi búsqueda de riquezas interfiere en mi relación con Dios y con las personas que me rodean?

El avaro, señalado por el dedo acusador del Demonio, queda retratado como figura irremediabilmente perdida, merecedor de terribles castigos por toda la eternidad.



Avaricia de Los siete pecados capitales (1556-1557) de Pieter Bruegel el Viejo, Biblioteca Real de Bélgica (KBR)

Michelangelo Merisi da Caravaggio (1571-1610) aparece en este contexto, cuya obra aporta una nueva dimensión. Aunque el tema ya había sido tratado por otros artistas, su obra *La vocación de*

San Mateo (1599-1600), realizada para la capilla Contarelli de la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, redefine por completo el discurso visual en torno a la figura del avaro.

La escena muestra a un grupo de recaudadores de impuestos en una estancia oscura. Cristo, acompañado de Pedro, entra en la sala y, con un gesto que recuerda al de Dios en *La creación de Adán* de Miguel Ángel, señala a Mateo.

La luz diagonal que atraviesa la composición no solo ilumina el rostro del apóstol, sino que simboliza la gracia divina que penetra en la oscuridad del pecado. Mateo, con un gesto sorprendido, se señala a sí mismo, como preguntando: “¿Yo?”.

El evangelista narra así el episodio: “Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: ‘Sígueme’. Él se levantó y lo siguió.” (Mt 9,9). Caravaggio traduce visualmente estas palabras, introduciendo un elemento teológico de enorme peso: el pecador no es condenado, sino llamado.

La biografía del propio Caravaggio, marcada por episodios de violencia, huidas y búsqueda de perdón, dota a la obra de cierto carácter autobiográfico: el pintor parece identificarse con el recaudador sorprendido por la irrupción de la gracia.

El cambio de paradigma que supone Caravaggio encuentra eco en la actualidad. El papa Pablo VI en su *Mensaje a los artistas* (1986), escribió: “Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza”. Los papas san Juan Pablo II, Benedicto XVI, y Francisco también pusieron de manifiesto recientemente que el artista cristiano está llamado a “poner belleza en el mundo, signo de una esperanza más grande” (Papa Francisco, Encuentro con artistas, 2023).

Así, el arte cristiano, lejos de limitarse a denunciar o a establecer paradigmas morales, está cumpliendo una función pastoral y profundamente humanizadora:



La vocación de San Mateo (1601), de Caravaggio Iglesia de San Luis de los Franceses (Roma)

mostrar la esperanza, una esperanza que transforme incluso a los “Mateos” modernos, aquellos que han normalizado su enriquecimiento personal sin importar las consecuencias, aquellos cuyo afán de riquezas los ha hecho indiferentes al sufrimiento del otro, o aquellos cuya alma nunca descansa pues se sustenta en la falsa seguridad de los bienes y que nunca se verá completamente saciada.

Para todos ellos, y para todos nosotros, humildes espectadores de esta obra de Caravaggio, el mismo Cristo tiene una palabra: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan” (Lc 5, 32). Así la gracia de la redención, del perdón de nuestros pecados, se hace presente mediante algo tan sencillo y tan grande como una elección, aquella que clama a través del lienzo y que dice: “Sígueme”. ■

Cara & cruz



POR **ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ** |
POETA, ESCRITOR Y COLUMNISTA

El dinero tiene cara y cruz, exactamente. Por ejemplo, es la sustancia por antonomasia de la avaricia, pero también es la materia por excelencia de la limosna. Otro ejemplo: es el gran instrumento para corromper a los demás, pero, en una cantidad moderada, ejerce de eficaz vacuna contra la corrupción.

Entre las cosas que no se compran con dinero, la de saber tratar con el dinero.

Con la costumbre de haberlo oído tanto, nos perdemos la potente provocación de estas palabras del Señor: “Nadie puede servir a dos señores [...] no podéis servir a Dios y a las riquezas”. Ahora estamos hechos a las pretensiones totalitarias del dinero, pero en los tiempos evangélicos imperaban Roma, el César, el procurador, los cónsules, los tribunos, los Herodes de todos los tamaños, los grandes latifundistas... El Señor los ignora a todos soberanamente. Y, de paso, al diablo. Sólo hay dos señores dignos de entablar un pulso en el alma de cada persona: el dinero y Dios. El silencio que dedica a los señores simultáneos y superpuestos es una obra superior de la sátira sutil y de la teoría política.

DOS IDIOMAS

Digo: “No es un libro muy bueno...”

Responde con cara de suficiencia y ojos de escándalo: “¡Pero ¿qué dices? ¡Con lo que se está vendiendo...!”

No vamos a entendernos.

Es curioso: se envidia más el dinero, la fama o el éxito, que la felicidad o la buena conciencia o no digamos ya la bondad. Por su ceguera la envidia es un pecado.

La poesía no tiene nada que hacer en una economía de mercado. No porque no responda a ninguna necesidad, sino porque las únicas que satisface son las inmensas que ella ha creado en el acto mismo de satisfacerlas plenamente.

Hablar de dinero es feísimo. De acuerdo. Pero la mejor manera de no hablar de él es ofreciéndolo a la primera por un trabajo y pagando después con puntualidad.

“Dickens reclamaba sus honorarios en un tono valeroso y vibrante, como un hombre que reclama su honor”, nos recuerda Chesterton, que seguía el ejemplo.

“Qué feo es el dinero”, dicen; pero no lo sueltan.

Del dinero sólo puede hablar mal el que no lo tiene. El que lo tiene puede... darlo.

El patrimonio es el matrimonio entre el hombre y la realidad.

La poesía del dinero –también la tiene como lenguaje que es– es la limosna.

El arte se tiene que adquirir con el propósito de que forme parte indisoluble de nuestra vida y de la de nuestros descendientes. Si es una inversión, no es arte. O dicho de otro modo: si es una inversión es una inversión.

*SIN IRONÍA NINGUNA
Cuánto trabajaría yo si fuese rico...*

Se ve que el “Carpe diem” es de ricos porque yo lo que estoy deseando es que acabe el mes.

Una de las mejores utilidades del dinero consiste en que nos permite ver de frente y desnuda nuestra pobreza auténtica. Nos deja inermes ante lo que de verdad necesitaríamos tener.

Jesús no condena el poder político: reconoce su esfera de legitimidad. Y lo hace, precisamente, con una moneda, conociendo muy bien el paño del poder político.

El Tesoro Público ¿es el único tesoro que queda en estos tiempos?

Hay antiliberales para hacer caja, aprovechando la demanda de totalitarismo que encuentran en su nicho de mercado. Es la mano más invisible.

El cariz más diabólico del dinero se muestra en que su importancia crece cuando falta y decrece cuando se tiene.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César: hay que reconocer que el dinero, bien gastado, expresa mejor que casi todo el amor verdadero. Los buenos regalos y las invitaciones exquisitas no son fútiles.

Si al “vil metal” le quitamos el metal, nos queda la vileza completa. Poca broma con la moneda electrónica.

Observa Juan Marqués: “Lejos de lo que podría parecer, lejos de lo que yo mismo siento a veces, hay poquísimas cosas más dignas en este mundo que pedir trabajo”. A diferencia del trabajo, el dinero nunca hay pedirlo, sino que debe ser ganado en buena lid. Ganarlo es lo más noble que tiene. Y para ganarlo, si hay que pedir trabajo, se pide.

Frente al escaparate, el que pasa entabla una lucha entre el “escapa” y el “párate”.

La cuestión es que el salario psicológico que más me satisface es pensar que hay gente dispuesta a pagarme por mi trabajo.

Parezco más rico de lo que soy porque me sé más rico de lo que parezco.

El dinero es la calderilla de la riqueza.

La propiedad es recíproca: lo que tienes te tiene.

Mil pesetas

POR **ESPERANZA RUIZ** | COLUMNISTA Y ESCRITORA



Con motivo de su sexto cumpleaños, María recibió mil pesetas de parte de sus abuelos. No era lo habitual, desde luego. Probablemente, se habrían despistado con tanto crío (en aquella época podían contarse a los nietos por decenas). Al darse cuenta de que no habían comprado un Little Pony o una Barbie para el aniversario, echaron mano a la cartera y aflojaron la mosca.

La niña abrió mucho los ojos, se creyó poseedora de una fortuna y meditó sus opciones. Aquel papel verde, grande, sin arrugas, con una doblez perfecta en el centro que reducía su tamaño a la mitad y con un señor con bigote dibujado en él era algo serio. Nunca antes había tenido uno de esos. En su hucha de cerámica esmaltada convivían holgadamente por el momento algunas monedas, un trozo de Plastidecor que había colado por la ranura haciendo el café y sus joyitas de brillo metálico y resinas. Además, el billete era silencioso, como las cosas de mayores, y no contribuía en absoluto al alegre tintineo de la alcancía.

Quién sabe si por una cuestión acústica, o quizá preventivamente, para no dilapidar su caudal en el quiosco de Paquita, María decidió que su madre custodiara el talego, nombrándola así directora de inversiones de su Family Office recién fundado.

La primera ocasión de liberalizar liquidez retenida no tardó en presentarse. A la criatura se le antojó cualquier cosa y recordó que no necesitaba andar dando la matraca para que se la compraran. Tenía su propio dinero. De todas formas, probó suerte. Tampoco era cuestión de empezar a gastar de lo suyo si hasta entonces estaba funcionando bien el sistema de provisión paternofilial. En el instante en que recibió una negativa, pronunció un ruego: “Porfiii, de las mil pesetas...” Su progenitora

estuvo de acuerdo y cedió. El caso es que los doscientos duros se estiraron casi hasta la adolescencia. La ingenuidad del principio, el tiempo de la inocencia en que ella creía que su billete era inagotable y que todo cabía en él, cayó en gracia. Sin cálculo ni noción del precio de las cosas en el mercado, pedía a cuenta de un crédito que hacía meses que estaba agotado. En ocasiones todavía recordamos cómo María estuvo años viviendo “de las mil pesetas”.

Después todo se estropeó para todos. No porque creyéramos y el truco no funcionara más. O porque aquello de ganarse el pan con el sudor de la frente nos pueda parecer una broma pesada, cuando el plan original era el jardín del Edén. María nació en 1985. En aquel año, la tasa de empleo femenina era de un 30,1 %. Aún no estaba estigmatizado ser ama de casa y criar hijos, pero en nombre de la “libertad” y la “igualdad” se llevaba más de una década empujando a las mujeres al mercado laboral. El cambio antropológico que nos ha traído hasta aquí tiene múltiples factores, coadyuvantes y aderezos. Por el camino hemos normalizado los divorcios y el aborto, la decadencia de la familia “tradicional”, hemos vivido burbujas inmobiliarias y crisis financieras y migratorias, cambiado de moneda y de estructura económica. Por encima de todo, hemos sacado a Dios del centro. La concurrencia de la maquinaria mediática comercial ha sido impagable. Todo suma. Y de repente, miramos por el retrovisor y nos damos cuenta de que en el año 85 del siglo pasado el trabajo del padre podía sustentar a una familia numerosa y el de la madre educar, sanar, cuidar y un largo etcétera. Han pasado cuatro décadas y los jóvenes apenas pueden vivir independizados, haciéndose cargo de sí mismos —algo imprescindible para alcanzar la madurez—ni acceder a

una vivienda que les permita empezar una familia. El cambio antropológico ha sido cocinado a fuego lento, pero parece haberse pisado el acelerador de la historia en los últimos tiempos.

Percibimos una sociedad agonizante de mujeres empoderadas y exhaustas, hombres desorientados, familias hechas de retales y de dos sueldos precarios, mascotas humanizadas, ancianos aparcados, desarraigo, falta de libertad y generaciones con futuro inestable y desmotivador. De la pereza espiritual, dice el teólogo Garrigou-Lagrange, surge la tristeza perversa. Y del agostamiento del alma y la falta de ilusión, añado yo. El vacío interior al que nos aboca la forma de vida actual nos hace consumidores de primera. Contrarrestamos la falta de medios para una existencia con sentido y propósito, paradójicamente, con una vida hipermercantilizada. Ya no se vende el alma al diablo, se regala a la dopamina que alimentamos con la exposición pública de nuestra cotidianidad en redes sociales, convertidas en unos grandes almacenes globales donde todo es susceptible de comercialización. Sin dioses fuertes, compramos más y peor.

Tiene Aquilino Duque un poema desencantado que es un exorcismo y en el que, en la estrofa final, trata de abrir una puerta a la esperanza. Involuntariamente, como si nos conociera como sólo el Creador y los poetas nos conocen, propone un desprendimiento de lo material en el recetario de antídotos.

*“¿La fe? Sí, por supuesto
Y la esperanza. Y el amor.
Y andar por esos mundos con lo puesto,
Y ser buen perdedor.”*

Quien dice con lo puesto, dice con mil pesetas. ■

La España del Siglo de Oro: la época en que el pensamiento lucía más que el dinero

POR JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ GALERA | PERIODISTA

Cuando se intenta describir lo español, muchas veces se echa la mirada hacia esa etapa que algunos pueden denominar “imperial”. Suele ponerse el acento en la conquista de América, las navegaciones oceánicas, las guerras en Europa y Lepanto. Trento y la Inquisición. Esta perspectiva ha favorecido, en parte, el discurso que Max Weber expone en su libro *La ética protestante y el espíritu de capitalismo* (1905). Según Weber, las doctrinas de corte luterano y calvinista han generado un tipo de mentalidad más centrada en los asuntos de este mundo que en la salvación del alma. Porque el negocio del alma compete sólo a la fe o la predestinación. Mientras que los católicos —visto así— se empeñan en penitencias, indulgencias,

El caballero de la mano en el pecho de El Greco, hacia 1580. Museo Nacional del Prado

sacramentos y oraciones en su paso por esta vida, el luterano o calvinista se centra en sacar provecho de las realidades del siglo presente.

A esta visión se ha ayudado mucho desde la propia España. Ya en las *Coplas* que Jorge Manrique dedicó a su padre, se diferencia entre “los que viven por sus manos y los ricos”. Porque el trabajo se entendía como una ocupación de quien carecía de otro recurso para subvenir a sus necesidades de casa, alimento, chimenea, ropa. En *El Quijote* se observa, mediante cierta caricatura, la distancia entre el pretendido caballero andante, desocupado del vil metal, y Sancho, que no asimila cómo se costean los gastos del oficio que ha escogido su señor. En 1934 García Morente desgranaba lo que él entendía por esencia hispana: el ideal del “hidalgo”, forjado en la España de los siglos XVI y XVII, y definido por su vocación civilizadora como apóstol de la dignidad humana. Una postura alejada del pragmatismo materialista. Para corroborar este análisis, podríamos acudir a la literatura picaresca o a los poemas de Góngora o Quevedo: “Madre, yo al oro me humillo; | él es mi amante y mi amado ... Nace en las Indias honrado ... viene a morir en España, | y es en Génova enterrado ... poderoso caballero | es don Dinero”.

Como contrapunto a esta imagen y sus sesgos, existe una postura más compleja de lo que se esperan quienes gustan de las dicotomías. Porque, en contraposición a la Modernidad rupturista —la que ensalza Weber—, hubo lo que algunos llaman “Escuela española” o “Escuela de Salamanca”, que es la etiqueta como se conoce al conjunto de desarrollos intelectuales que se dan en España durante los siglos XVI y XVII. En la Europa de aquellos tiempos, se empleaba la expresión “doctrina española” a la que, continuando con el parecer de los académicos

medievales, justificaba el tiranicidio y negaba que el poder del rey viniera de Dios. Por ese motivo, los libros de filosofía política editados en España solían estar prohibidos en Francia o en Inglaterra. Con el tiempo, se ha venido usando la fórmula “Escuela de Salamanca”, porque muchos de esos pensadores fueron profesores en aquella universidad. Bastantes (como Martín de Azpilicueta, Domingo de Soto, Luis de Molina o Juan de Mariana), sin embargo, habían sido alumnos complutenses.

“El ideal del hidalgo, forjado en los siglos XVI y XVII, se aleja del pragmatismo materialista y se define por su vocación civilizadora como apóstol de la dignidad humana”

Estos intelectuales españoles suelen ser religiosos —abundan los jesuitas y dominicos, y no faltan arzobispos— y, a grandes rasgos, continúan con los patrones del pensamiento medieval y la escolástica, pero adaptándolos intensamente a las nuevas realidades. Actúan como fuente de autoridad en un amplio número de cuestiones, y no pocos participaron en el Concilio de Trento. Son autores que pueden poner en duda determinados aspectos de la legitimidad de la conquista de América,

que elaboran doctrinas sobre el Derecho Internacional, los límites de la guerra y del poder del Estado, e incluso sobre economía y moneda. Juristas, canonistas, teólogos, moralistas, filósofos. Inciden en el carácter social, libre y racional del ser humano, así como en un concepto de ley natural común a cristianos y no cristianos.

Según Francisco de Vitoria, la dignidad del hombre se cimienta en haber sido creado a imagen de Dios. Sin embargo, establece diferencia entre sociedad civil y eclesiástica y sendas autoridades, en tanto que la potestad temporal del papa se orienta únicamente a lo espiritual. Según Vitoria, el Derecho Internacional es un consenso emanado de todos los pueblos, de obligado cumplimiento, no puede contradecir la ley natural, y sí debe garantizar los derechos de las personas. De acuerdo con la doctrina de Francisco de Vitoria, los indios —los habitantes de América antes de Cristóbal Colón— eran los legítimos dueños de sus países antes de la llegada de España. De manera que la conquista no se legitima por la autoridad del papa, ni por el mero descubrimiento de esas tierras. La conquista sí se legitima, entre otros casos, como salvaguarda del derecho de migración y de comercio.

Sin esta visión, no se comprenden las aportaciones de la “Escuela de Salamanca” a la economía. Aquellos profesores de universidad entendieron que la actividad financiera era lícita, que la propiedad privada, la optimización del coste de oportunidad y la relación libre entre vendedor y comprador son aspectos no sólo aceptables moralmente, sino necesarios para el desarrollo humano. Su concepto de relación libre en el comercio afectaba a las circunstancias y a los marcos legales; recelaban de los monopolios y de la coacción del más fuerte, sobre todo en épocas de necesidad. De este modo,

el precio justo no sólo depende del mero coste de producción, pero tampoco puede incluir fraude ni engaño. A fin de cuentas, los precios, como los sistemas políticos, son fruto del libre concurso humano.

“*Juan de Mariana denunció como inmoral la devaluación monetaria impuesta por los gobiernos sin consentimiento del pueblo, y exigió una gestión pública austera y justa*”

Quizá el libro más relevante en este campo sea el *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*, que Juan de Mariana publicó en latín y en castellano durante el reinado de Felipe III. Las críticas que esta obra suponía contra aquel gobierno y su política fiscal y monetaria le valieron a Mariana un año y medio de reclusión en un convento de Madrid. Una generación antes, Felipe II había impedido que Martín de Azpilicueta fuese creado cardenal, a resultas de la defensa de Bartolomé de Carranza que Azpilicueta llevó a cabo ante la Inquisición.

En concreto, el libro de Mariana postula un modelo de economía definido por la moderación y el equilibrio entre

libertad social y personal y actuación de los poderes públicos. Pretende unir la recompensa a la eficacia en la gestión y lo que hoy llamaríamos justicia social. Sin embargo, el punto esencial del *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* atañe al modo como los gobiernos de aquel entonces aplicaban medidas que hoy llamamos de devaluación; rebajaban la cantidad de plata en las monedas y, por tanto, a la vez que mantenían el supuesto valor nominal, depreciaban su valor real y provocaban lo que hoy definimos como inflación. Entonces y ahora, quienes salen ganando son los gobiernos —que recaudan más— y quienes pierden son los ciudadanos, el comercio y la actividad económica del país. Mariana entiende que estas medidas son inmorales, si el gobierno no las ha acordado con los representantes de los ciudadanos. Por eso, a Felipe el Hermoso de Francia, citando a Dante, lo llama “falsificador de moneda”.

Para Mariana, en tanto que defensor de la propiedad privada, los impuestos no son éticamente exigibles, sin consentimiento del pueblo. Frente a los problemas fiscales de los estados,

Mariana aconseja nada más y nada menos que la moderación del gasto público, la eficiencia en la gestión pública y en los cargos públicos y, de forma particular, una vigilancia atenta a la balanza de pagos: el saldo entre importaciones y exportaciones. Su libro es una crítica contundente al ansia de los gobiernos por recaudar más; como él afirma, “la codicia ciega, las necesidades aprietan, lo pasado se olvida; así, fácilmente volvemos a los yerros de antes”. La tesis de Mariana se basa en un estudio histórico de lo que hoy conocemos como devaluaciones —vía rebaja de ley en el metal—, desde Roma hasta tiempos recientes, y qué consecuencias puede ocasionar para la balanza de pagos y la deuda pública.

Según Mariana, el gobierno debe funcionar dentro de criterios de justicia y de razón, sin considerar los bienes públicos como propios. Por eso, invita al rey Felipe III a que “se acortase en las mercedes”, pues “no hay en el mundo reino que tenga tantos premios públicos, encomiendas, pensiones, beneficios y oficios”. Llama a distribuir correctamente estas rentas y a no emplearlas para “ganar las voluntades y ser bien servido”. ■



“*Francisco de Vitoria defendía que los indios eran legítimos dueños de sus tierras antes de la llegada de España, y que la conquista no se justifica por el descubrimiento o la autoridad papal*”

Cristóbal Colón en la corte de los Reyes Católicos de Juan Cordero, 1850. Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

Donde hay monedas, hubo civilización

Cómo la numismática moldea imperios y culturas

POR CLARA GONZÁLEZ | PERIODISTA



Una moneda bajo la tierra dormida de siglos, entre piedras anónimas y capas de polvo milenario, aparece de pronto. Un pequeño disco metálico perdido, gastado, oxidado, con un rostro casi borrado y una inscripción enigmática. Para un arqueólogo, ese hallazgo es como encender una antorcha en la oscuridad del tiempo. Donde hay moneda, hubo civilización.

Desde hace siglos, la numismática —el estudio de las monedas— ha sido algo más que una afición de coleccionistas. Es una ciencia auxiliar de la historia, una herramienta arqueológica de primer orden. Cada moneda cuenta una historia: quién gobernaba, qué lengua se hablaba, cuáles eran los dioses, qué símbolos unían a un pueblo. Según la arqueóloga Carmen Alfaro, “la moneda es una miniatura de poder”.

Rastros de imperios en el polvo

En 1992, un granjero británico llamado Peter Whatling perdió su martillo en un campo de Suffolk. Su amigo, aficionado al detector de metales, le ayudó a buscarlo. En lugar de la herramienta, encontró uno de los mayores tesoros romanos jamás hallados en el Reino Unido. El tesoro de Hoxne se compone de más de quince mil monedas de oro y plata, que habían sido cuidadosamente enterradas en una caja de madera. No había ruinas en las inmediaciones, ni templos ni inscripciones. Pero las monedas bastaron para declarar: en ese mismo lugar, pero hacía siglos, hubo una población con riqueza y vínculos con el Imperio romano.

Aquel granjero no ha sido el único al que algo así le ha sucedido. En las regiones más orientales de Asia, tumbas chinas del siglo VII escondían monedas del Imperio persa sasánida. No eran utilizadas como moneda corriente, sino como objetos de prestigio, probablemente diplomáticos o rituales. Su sola presencia en esos

enterramientos permite trazar líneas invisibles entre dos mundos que se creían separados: Persia y China. Algo similar ocurre con las monedas griegas halladas en Asia Central. En los yacimientos de Bactria —norte del actual Afganistán— y la antigua Sogdiana —una zona que ocupaba buena parte de lo que hoy es Tayikistán y Uzbekistán—, lo que parecen simples monedas de plata revelan el paso de Alejandro Magno, y con él, la huella helenística que impregnó lenguas y ciudades durante siglos.

En muchas ocasiones, estas monedas halladas en contextos inesperados han sido clave para revisar las rutas comerciales de la Antigüedad. En la actual Ucrania, por ejemplo, se han encontrado denarios romanos del siglo I en asentamientos escitas, indicando no solo comercio, sino contactos más profundos entre los mundos romano y nómada. Cada hallazgo añade una pieza al puzzle de las migraciones, las alianzas y los conflictos del pasado.

También en el África subsahariana se han hallado monedas islámicas medievales, como los dinares de oro de la dinastía fatimí, en zonas del Sahel. Estas, lejos de los grandes centros de poder islámico, son testimonio de las redes de comercio transahariano y del impacto de la expansión del islam en lugares como Ghana o Mali, siglos antes de la colonización europea.

“La moneda fue el lenguaje de los reinos, el espejo del poder”

España: cuando las monedas hablan

La historia de la península ibérica ha sido en parte reconstruida gracias a las

monedas. Estos hallazgos han permitido identificar ciudades perdidas o confirmar la existencia de alianzas políticas con Roma mucho antes de la conquista militar. En Tarragona, durante los años 60, un niño encontró una moneda visigoda mientras jugaba cerca de unas ruinas. Aquel hallazgo casual llevó a una excavación que descubrió un cementerio cristiano del siglo VII.

Una sola moneda desencadenó la relectura de toda una etapa histórica. Estas piezas actúan así como “documento histórico en metal”, según explica el historiador Luis Amela Valverde en *Numismática: historia, ciencia y arte de la moneda*. Permite fechar estratos arqueológicos, confirmar presencias culturales y reconstruir rutas comerciales o centros de poder. Allí donde no queda arquitectura ni escritura, la moneda se convierte en la última palabra de una civilización.

Las monedas ibéricas también han sido esenciales para conocer la resistencia y adaptación de los pueblos prerromanos. Las emisiones de ciudades como Sekaisa (Calatayud), Arse (Sagunto) o Bolskan (Huesca) no solo muestran una economía activa, sino también una identidad cultural que resistió durante décadas a la asimilación romana. A través de sus iconografías –caballos, guerreros, espigas, toros– y de sus inscripciones en alfabeto ibérico, estas piezas son una afirmación de autonomía y memoria.

Durante la Edad Media, las acuñaciones de los reinos cristianos y musulmanes coexistieron en la Península, revelando tensiones políticas, pero también simbiosis cultural. En algunas monedas andalusíes se incorporan motivos cristianos para facilitar el comercio con territorios del norte, lo que demuestra hasta qué punto el dinero era también una herramienta de entendimiento.

“ Cada moneda cuenta una historia: quién gobernaba, qué lengua se hablaba, qué símbolos unían a un pueblo ”

Más allá del dinero

El poder simbólico de la moneda va más allá de su uso económico. Según la antropóloga Sarah Croucher, editora del libro *The Archaeology of Money*, en muchas culturas antiguas las monedas eran empleadas como amuletos, objetos funerarios o signos de prestigio. A veces, eran enterradas no para ser gastadas, sino para proteger, señalar o recordar.

En el cine, este poder casi mágico de la moneda ha sido también captado. En *Piratas del Caribe*, una moneda maya hallada en una cueva es la clave para deshacer una maldición milenaria. La ficción no exagera tanto: muchos arqueólogos reales han seguido el rastro de monedas hasta descubrir templos, palacios o rutas comerciales desaparecidas.

Algunas monedas han llegado incluso a crear debates teológicos e ideológicos. En el mundo bizantino, por ejemplo, las primeras representaciones de Cristo en monedas suscitaron intensos debates sobre iconografía sagrada. Lo mismo ocurrió en el mundo islámico, donde las emisiones de moneda reflejaron las tensiones entre califas omeyas y abasíes, entre tradición tribal y nueva ortodoxia religiosa.

Una civilización en miniatura

Acuñar moneda ha sido, históricamente, un acto de soberanía y poder, además del que ofrece su intercambio. Desde las polis griegas hasta los reyes visigodos o los emperadores romanos, emitir metálico con su efigie era declarar autoridad, territorio y legitimidad. “La moneda fue el lenguaje de los reinos, el espejo del poder”, escribe el historiador Fernando Bouza en su *Historia del dinero*.

Las monedas hablan el idioma de su época. En tiempos de guerra, muestran fortalezas, armas o héroes; en tiempos de paz, representan cosechas, deidades

protectoras o símbolos de prosperidad. Algunas monedas fueron diseñadas para difundir un mensaje ideológico: la paz romana, la unidad imperial, la victoria sobre los enemigos. Cada reverso era una declaración pública.

Por eso, cuando un arqueólogo encuentra una moneda en mitad de un campo, no encuentra solo un trozo de metal. Encuentra un nombre, un rostro, una cultura. Encuentra un pueblo que creyó en algo, que organizó su vida, que dejó rastro. La moneda –aparentemente insignificante– es, en realidad, la firma de una civilización. ■



Escena de *Piratas del Caribe: La maldición de la Perla Negra*, de Gore Verbinski. Walt Disney Pictures

DINERO DIGITAL

la abstracción final del valor y el fantasma de la usura en la era digital

POR **PABLO SANZ BAYÓN** | PROFESOR DE DERECHO MERCANTIL EN LA UNED

En el principio fue el trueque o permuta, el peso concreto del grano y las cabezas de ganado. Luego vino el metal, con su brillo frío y su peso. Más tarde, el papel, una promesa escrita de un valor depositado en otro lugar. Hoy, el dinero ha consumado su última y más radical mutación: ha abandonado por completo el reino de lo físico para habitar el éter abstracto de lo digital. Ya no es una cosa que se palpa, sino un puro dato, un algoritmo, una secuencia encriptada que viaja a la velocidad de la luz a través de redes globales.

Esta evolución, presentada bajo la mitología del progreso irrevocable —las tecnofinanzas, las finanzas abiertas, los criptoactivos y las finanzas descentralizadas (DeFi)—, nos sitúa en una encrucijada civilizatoria: ¿nos encaminamos hacia una utopía de inclusión financiera y eficiencia transparente, o hacia una distopía de abstracción total donde el valor se desvincula por completo de la economía real y de la persona?

La pérdida de materialidad no es un fenómeno nuevo, sino la culminación de un proceso de desmaterialización o espiritualización del dinero. Como señaló Marx en su análisis del fetichismo de la

mercancía, el dinero ya era una abstracción, un velo que oculta las relaciones sociales de producción. Sin embargo, la digitalización eleva esta abstracción a su máxima potencia. Las criptomonedas, con su mito fundacional de la descentralización y la liberación de los bancos centrales, prometen un nuevo edén financiero. Pero con demasiada frecuencia degeneran en puros artefactos especulativos, casinos globales de volatilidad extrema donde el valor no se ancla en la productividad, sino en la pura crematística —el arte de enriquecerse mediante la acumulación abstracta, denostada ya por Aristóteles—.

La historia del dinero es por tanto la historia de su propia desmaterialización, un largo proceso de sublimación donde la esencia del valor se ha ido emancipando progresivamente de su sustrato material. Este tránsito —del metal al papel, del papel al electrónico y de este al digital y programable— no es meramente técnico. Es, ante todo, una metamorfosis metafísica que redefine la ontología misma del valor y, por ende, de las relaciones humanas que este media. No representa simplemente una innovación financiera dentro del proceso capitalista,

sino la instauración de un nuevo *nomos*, un nuevo ordenamiento de lo social basado en una abstracción radical sin precedentes. Nos hallamos, pues, en el umbral de lo que podríamos concebir como un hiper o turbocapitalismo determinado por códigos informáticos, algoritmos e inteligencias artificiales desvinculados quizá de toda teleología humana.

La ilusión de la descentralización y el nuevo fetichismo del capital

La narrativa fundacional de las criptoфинanzas se erige sobre el mito de la descentralización liberadora o más bien libertaria: un acto de rebelión contra el Leviatán de los bancos centrales y de los grandes oligopolios bancarios comerciales. Sin embargo, un análisis crítico desvela una paradoja profunda. Al transferir la autoridad de un Estado —por más imperfecto que sea— a una red descentralizada de *miners* y a los poseedores de grandes capitales (*whales*), no se elimina el poder; se lo privatiza y *opacifica*. El poder deja de ser un lugar de contestación política para devenir una función matemática incorpórea.

Este es el nuevo fetichismo digital: creer que el código es neutral y que la ejecución automatizada es sinónimo de justicia. En el pensamiento *marxiano*, el fetichismo de la mercancía ocultaba el trabajo social que la producía. Hoy, el fetichismo del algoritmo al servicio del dinero-mercancía oculta las estructuras de poder, la concentración de capital y el inmenso consumo energético que sostienen el espejismo de la descentralización. La cadena de bloques no suprime la alienación, más bien la tecnifica y codifica, haciendo al humano siervo de una lógica automatizada que él mismo u otro programó pero que ya no comprende ni controla.



“ El dinero ha abandonado por completo el reino de lo físico para habitar el éter abstracto de lo digital ”

La programabilidad: ¿una jaula digital?

La supuesta revolución del “dinero digital programable” —vía *smart contracts*, *tokens*— merece una profunda mirada filosófica. La programabilidad implica la pre-inscripción de las condiciones de posibilidad de toda transacción futura. Es la colonización del futuro por parte de un presente algorítmico. El dinero, que en su forma clásica mantenía una ambigua apertura a lo imprevisto, a la negociación humana y al contexto, deviene ahora un instrumento de racionalidad formal pura. Aquí, la sombra de Max Weber se alarga sobre nosotros: la programabilidad representa la culminación de una suerte de jaula de hierro burocrática, ahora reconstruida en código informático, invisible y aparentemente inexorable.

La lógica del *smart contract* es implacable: *Code is Law*, dicen algunos.

Pero, como preguntaría cualquier jurista formado en la tradición del derecho natural, ¿qué pasa cuando la ley escrita es injusta? La automatización elimina la *phrónesis* (la prudencia práctica aristotélica), la capacidad de juzgar caso por caso, de perdonar una deuda, de renegociar un pacto desde la mutualidad. La usura, condenada por la Escuela de Salamanca por violar la justicia conmutativa, resurge ahora “embebida” en protocolos automatizados e inapelables, donde la flexibilidad de la caridad y la equidad han sido eliminadas por diseño.

La programabilidad del dinero — su capacidad para ejecutar contratos inteligentes (*smart contracts*) de forma automática— y la irrupción de la Inteligencia Artificial en la gestión de pagos prometen una eficiencia nunca vista. Un mundo de transacciones infalibles, préstamos automatizados y carteras que se autogestionan (DAOs u organizaciones autónomas descentralizadas). Pero esta *techné* sin frónesis, sin sabiduría práctica, encierra un peligro profundo: el de la despersonalización absoluta.

El dinero, en su esencia más primigenia, no es solo un medio de cambio; es un instrumento social, una herramienta para representar y canalizar la confianza entre personas y comunidades. Es el sustrato de un pacto social implícito. ¿Qué queda de ese pacto cuando la economía se robotiza, se computariza hasta el extremo, en la que las transacciones son ejecutadas por un algoritmo inmutable e impersonal, cuando el crédito es denegado por un modelo de *machine learning* cuyo veredicto es inapelable e inescrutable? Se corre el riesgo de obstaculizar, paradójicamente, la relación humana que debería facilitar.



Hacia una tecno-ética del dinero: recuperar la oikonomía frente a la crematística

Frente a esta deriva, urge rescatar un concepto de dinero como bien público, como instrumento al servicio de los intercambios de una economía real y productiva. La digitalización no debe ser un caballo de Troya para un nuevo ciclo de titulización de activos —ahora llamado *tokenización*— que repita los vicios de los productos financieros derivados que nos llevaron a la crisis financiera internacional de 2008, solo que a mayor velocidad y escala. La banca y las finanzas, lejos de erigirse en un fin en sí mismas, deben estar supeditadas a las necesidades de la economía nacional y de las personas.

Se requiere una tecnoética monetaria fundada en una recuperación de los fines. La distinción aristotélica entre *oikonomía* (la administración del hogar, destinada a satisfacer necesidades reales) y *crematística* (la acumulación de riqueza como fin en sí mismo) es hoy más urgente que nunca. El ecosistema cripto financiero, en su gran mayoría, es pura crematística hiperbólica: la *tokenización* de lo real (NFTs) no es más que una nueva ola de

titulización, esto es, de incorporación de derechos y obligaciones a un documento, la financiarización de la última esfera de lo humano sometiéndola a la lógica especulativa.

La verdadera innovación no consistiría en acelerar esta abstracción, sino en subordinar la *techné* digital a una noción de bien común. Imaginemos una moneda digital de banca central (CBDC) programable no para vigilar ciudadanos, sino para garantizar que subsidios sociales lleguen irrevocablemente a su destino o para automatizar impuestos progresivos. Concibamos plataformas DeFi cooperativas, donde la gobernanza algorítmica esté al servicio de comunidades de crédito mutualista, rescatando el espíritu de las cajas de ahorro tradicionales, pero con la eficiencia de la nueva *techné*.

Aquí, la Doctrina Social de la Iglesia ofrece principios luminosos para afrontar esta nueva complejidad. Su enfoque hacia el destino universal de los bienes, la primacía de la persona y del trabajo sobre el capital junto con la opción preferencial por los pobres constituye un antídoto necesario contra la idolatría del mercado. Principios como la solidaridad y la subsidiariedad apuntan hacia un modelo donde la tecnología financiera no sirva para la concentración del poder en gigantes tecnofinancieros, sino para fortalecer un sistema de crédito cooperativo y una economía colaborativa. Un mundo donde, por ejemplo, las CBDC (Monedas Digitales de Bancos Centrales) podrían concebirse con este espíritu, garantizar el acceso universal a una moneda digital pública y segura, en lugar de convertirse en instrumentos de vigilancia y control sin precedentes.

Ante los nuevos desafíos de la usura digital —préstamos relámpago algorítmicos, tasas de interés ocultas en

código, especulación extractiva—, es pertinente recuperar el casuismo prudente de la Escuela de Salamanca. Figuras como Luis de Molina, Domingo de Soto o Martín de Azpilcueta no condenaban el lucro *per se*, pero lo sometían al escrutinio de la recta razón y la justicia conmutativa. Se preguntaban: ¿esta operación sirve al bien común? ¿Es justa? ¿Fomenta la virtud y la cohesión social? Su método, aplicado hoy, nos obligaría a interrogar cada innovación: ¿esta *app* de préstamos ultra rápidos (*flash loans*) sirve a la persona o la esclaviza? ¿Esta criptomoneda fomenta la producción o solo la especulación de algunos?

Las nuevas tecnofinanzas van a exigir resucitar el casuismo salmantino, no para rechazar la tecnología, sino para interrogarla incansablemente desde la recta razón: ¿Esta innovación sirve a la persona concreta? ¿Fortalece el bien común o fragmenta la *polis*? ¿Está al servicio de la usura o de la productividad real?

El dinero digital no debe ser el epítome de la financiarización, sino la oportunidad para su superación. Su destino final no debería ser la jaula de hierro algorítmica, sino convertirse en la herramienta más precisa y eficiente jamás concebida para servir a una *oikonomía* ética y centrada en la persona y su comunidad. La elección no es entre tecnofobia y tecnofilia. Es entre una *techné* al servicio de la *crematística* o una *techné* al servicio de la *oikonomía*.

La tecnología es un medio, nunca un fin. Por eso el desafío no es técnico, sino moral. Se trata de asegurar que el dinero, en su viaje definitivo hacia lo invisible, no se convierta en el nuevo becerro de oro, sino que permanezca fiel a su función original: ser el cemento o argamasa de la confianza en los intercambios y el instrumento del bien común en una casa que pertenece a todos. ■

Fernando Paz

historiador, profesor y escritor

"El globalismo es una síntesis de lo peor del capitalismo, del comunismo, del liberalismo y del fascismo"

POR **LA ANTORCHA**

El historiador Fernando Paz disecciona con crudeza el sistema fiscal español y su trasfondo político. Según él, vivimos en una estructura impositiva diseñada no para servir a los ciudadanos, sino para sostener un entramado ideológico, clientelar y hasta globalista.



Fernando Paz durante la entrevista.
Josema Visiers

¿Cómo podríamos definir el sistema fiscal español?

Todo el sistema impositivo español es una especie de jungla indescifrable, que se caracterizaría por dos cuestiones básicas: la fragmentación de las comunidades autónomas y el exceso de burocracia, de requerimientos administrativos de todo tipo, que disuaden a la gente de emprender. España es uno de los países europeos que lo pone más difícil.

¿De dónde procede esta peculiaridad y asimetría del sistema impositivo español?

El estado heredado por la transición era un estado pequeño, básicamente eficaz. Todo eso se transforma a partir de la Constitución, donde se consagra el Estado de las autonomías, que ha venido a parar en un estado casi puramente clientelar. La disfunción del estado es una consecuencia misma del régimen. Además, el hecho mismo del Estado autonómico ha sido una de las causas del florecimiento de esa corrupción.

¿Qué motivos políticos, a su juicio, se esconden bajo la apariencia de decisiones económicas?

No hay justificaciones históricas. Son de orden puramente político. El Estado está siendo una víctima. Y es la víctima de una casta, de un grupo, que lo ha tomado al asalto. Hoy las políticas de tipo general no se deciden ya en Madrid. Se deciden en Bruselas. Madrid solo ejecuta. Y nosotros lo que hacemos cada cuatro años es elegir a los que van a gestionar las políticas que otros deciden. El Estado ha sido puesto al servicio de intereses ideológicos que deciden otros.

Se dice que los impuestos van a educación, carreteras y hospitales. ¿Es cierto?

Claro que hay una parte, pero cada vez dedicamos más dinero a otros objetivos y cada vez los servicios que nos prestan son peores. El problema está no en el gasto social, que es una labor que tiene que realizar el Estado, sino en el gasto político y en los criterios. Hay una ideologización tal en todo lo público que es lícito plantearse la moralidad del pago de impuestos. Yo no quiero que un euro mío vaya a la política trans, o al aborto, y sin embargo, está sucediendo.

¿Qué opinión le merece la frase "el dinero público no es de nadie"?

El dinero público es de todos. Yo soy partidario de que se impongan las penas más severas y más duras para quienes manejan de un modo negligente o moralmente censurable el dinero público. Hoy no se controla, y cuando no hay más remedio y salen los casos de corrupción a la luz, las penas son ridículas, cuando no hay algún tribunal encargado de absolver a los culpables directamente. Tribunales, por otro lado, claramente políticos. Es una cuestión no solamente económica, es una cuestión fundamentalmente moral.

¿Podría describir casos concretos en los que la presión fiscal es insostenible?

El impuesto de sucesiones puede ser evitado si se produce una donación antes de fallecer. Pero los impuestos de donaciones suelen ser superiores. Me parece aberrante que lo que un padre le quiera dar a su hijo tenga que ser gravado por el Estado. Yo soy autónomo. Muchas veces no merece la pena acometer actividades. A veces te llaman de sitios para algo que te pagan, pero con todo lo que tienes que declarar, no compensa. Es una locura. Estamos ante un Estado que tiene una intención muy clara.

¿Cuál es esa intención?

El globalismo es la expresión ideológica de la posmodernidad. Es una síntesis de lo peor del capitalismo, del comunismo, del liberalismo y del fascismo. Si tuviéramos que encontrar un elemento común de todos los globalismos es una posición neomaltusiana: creer que hay demasiada gente en el mundo y que la población ha de ser controlada en su número y en sus actividades. El poder con mayúsculas ya no reside en el Estado sino en señores particulares con sus fundaciones, con sus empresas. Desde 2008 La clase media ha perdido un 13% del poder adquisitivo. Están trabajando para una élite que actúa con desprecio por sus pueblos.

¿Qué puede hacer el ciudadano frente a estas políticas globales? ¿Hay esperanza?

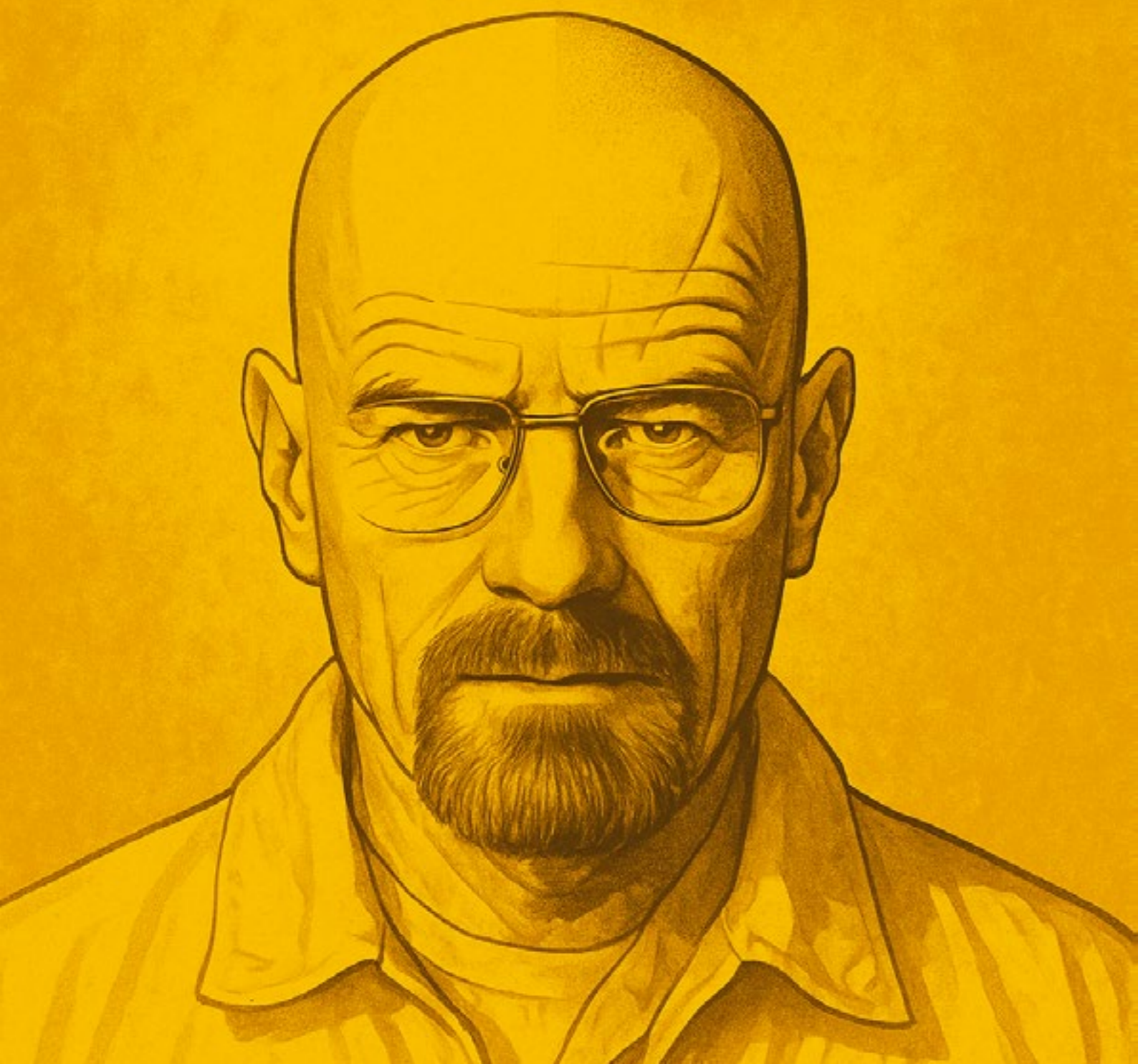
Todo intento parte de una voluntad política. Tenemos que recuperar el sentido de soberanía nacional, de nuestra capacidad de decidir. Hay que actuar sobre un sinfín de esferas: la familia, la vida, la educación. Hoy prácticamente ya no se estudian las lenguas clásicas. Así nos han ido robando lo que somos. Deberíamos emprender una revolución moral, volver a distinguir lo bueno de lo malo. No tenemos que descubrir nada, tenemos que redescubrir. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR



El problema de Walter White

POR **DIEGO BLANCO ALBAROVA** | ESCRITOR Y CINEASTA



Maldito parné. La pasta, la guita, la tela, las perras, la lana (nunca me había fijado en que los sinónimos de dinero son casi todos femeninos). Masculino o femenino, el santo de Tarso enseñará al joven Timoteo que la raíz de todos los males es el afán de poseerlo. Un deseo desordenado que como todos nuestros defectos de carácter parte del legítimo instinto de seguridad con el que el género humano, al que pertenecen la mayoría de mis lectores (perdonen, no he podido resistirme a citar a Chesterton aquí), ha sido dotado de serie junto con el instinto social —la necesidad de vivir en relación—, y el sexual, sin el cual difícilmente podría estar ahora mismo disfrutando de este número de *La Antorcha*, más que nada porque no habría tenido la oportunidad de nacer.

Estos tres instintos buenos y necesarios que Dios nos ha regalado se traducen en el día a día en deseos concretos que, según en qué proporción se mezclan en nuestra alma, conforman nuestro carácter y nos hacen ser como somos. O mejor, como deberíamos ser si no hubiera entrado en escena el miedo, mandándolo todo al garete.

Nosotros vivíamos tranquilamente con nuestros instintos naturales cristalizados en deseos legítimos hasta que de repente, algo hizo que nos muriéramos de miedo ante la perspectiva de no poder satisfacerlos como era debido. Y ese miedo fue el que generó en nosotros los defectos de carácter, los pecados o como los quiera usted llamar. Por ejemplo, el instinto de seguridad crea en nosotros un deseo natural de justicia. Para sentirnos seguros, necesitamos vivir sabiendo que la policía perseguirá al que nos ha robado la cartera y que el juez dictará sentencia en su contra de un modo proporcionado. Pero si de repente, ante este deseo que

rige la separación entre el bien y el mal se planta el miedo a que la policía no haga todo lo que tiene que hacer o que el juez lo absuelva mientras se palpa el sobre lleno de dinero que abulta su negra toga, ese lícito deseo de justicia correrá el peligro de transformarse en ira, rencor o venganza. Lo mismo ocurrirá con el resto de deseos que nacen de nuestros tres instintos primordiales. El deseo de comunión correrá el peligro de transformarse, por el miedo a no ser satisfecho, en lujuria; el de paz en pereza, el de bienestar en gula y así sucesivamente.

Y el dinero, ¿qué tiene que ver con todo esto? Se lo explico con una parábola de la cultura pop. ¿Se acuerdan de *Breaking Bad*? La serie cuenta la historia de Walter White, un modesto profesor de química de instituto al que le detectan un cáncer terminal el día de su cincuenta cumpleaños. Destrozado ante la perspectiva de una muerte temprana y asustado por dejar a su familia (tiene un hijo discapacitado y otro que está en camino) sin ningún recurso económico cuando él falte, decide aprovechar sus brillantes conocimientos en química para montar un laboratorio ilegal de metanfetamina con el fin de ganar algo de dinero con el que garantizar la seguridad de su familia. Para ello pide la ayuda de un alumno de su instituto, Jesse, un pequeño traficante que conoce el negocio lo suficiente como para lograr vender la mercancía.

“ El miedo es el verdadero enemigo. Y ese miedo no lo quita el dinero ”

Esta es la puerta de entrada a un universo espantoso y genial, que muestra sin vergüenza la frontera entre la moral y la sordidez de la condición humana. Desde el mismo momento en que Walter White toma la decisión de “cocinar” la meta en una caravana en el desierto, todo se complica de un modo desproporcionado. Muy pronto intenta suicidarse, sin éxito, y las circunstancias del horrendo negocio de las drogas lo arrastran a verse rodeado de mentiras y a cometer cada vez más crímenes. Así, poco a poco, termina por adoptar una nueva personalidad, un siniestro *alter ego* llamado “Heisenberg”, que convertirá al profesor de instituto en el capo de la metanfetamina.

La clave de esta serie está en que el espectador no puede determinar si ama u odia a Walter White porque mientras contempla su descenso a los infiernos está contemplando la médula de lo que significa ser persona, lo que los filósofos llevan milenios intentando averiguar: el sentido de la vida y del sufrimiento.

La respuesta está en que lo que le ocurre a Walter White es bastante normal aunque esté exagerado narrativamente. Al principio de la historia, además de como profesor, Walter trabaja en un lavadero de coches para ganar más dinero ya que tiene un hijo por venir. En el episodio piloto uno de sus alumnos lo encuentra trabajando allí, el día de su cincuenta cumpleaños, y se burla cruelmente de él. Es una experiencia terriblemente humillante, a la que se sumará el diagnóstico de cáncer terminal. Todo ello el mismo día de un cumpleaños que suele vivirse como un punto de inflexión entre la vida pasada y perdida y las perspectivas menos halagüeñas de lo que está por venir. El miedo y la humillación serán el detonante por el cual nuestro antihéroe abandonará su personalidad recta y normal para “volverse

malo” (*Breaking Bad*) y convertirse en una bestia sin escrúpulos.

Decía que lo que le ocurre a Walter White es normal porque padece una enfermedad desde que nació, una enfermedad que no es el cáncer; la misma que padecemos todas las personas que alguna vez han existido, excepto dos. Walter White ha nacido con la enfermedad del miedo.

“ El dinero, en lugar de darle paz, se ha convertido para él en una carga insoportable”

Comprendemos a Walter White porque usted y yo también cargamos con el miedo a diario: miedo al futuro, a la mediocridad, a no ser queridos, a la enfermedad, a sufrir. Y en nuestra desesperación buscamos, a toda costa, aquello que pueda quitárnoslo de encima. Allí suele esperarnos el dinero, como símbolo supremo de un refugio que puede protegernos de cualquier temor.

Nadie se vuelve malo sin justificarse a sí mismo. Esta es la razón por la que la decisión de vender droga se justifica por el afán de asegurar el futuro de la familia y pagar el tratamiento contra el cáncer. Con la droga, Walter logrará amasar una inmensa fortuna. Montañas de billetes se acumulan en almacenes y barriles de metilamina, pero ese dinero no logra darle la felicidad, ni reparar la relación con su familia, ni llenar el vacío existencial que lo llevó a empezar todo. El dinero, que

soñaba como la solución de sus problemas, se vuelve inútil frente a la distancia de su esposa, el desprecio de su hijo y la pérdida de sí mismo. Su condición de capo de la droga lo obliga a seguir acumulando, no puede dejar de hacerlo, pero en esa abundancia no hay consuelo, solo ecos de su miedo y la amarga certeza de que la felicidad no estaba allí. El dinero, en lugar de darle paz, se ha convertido para él en una carga insoportable que señala la verdad en medio de tanta mentira. El espectador sabe mucho antes que el propio protagonista que, en el fondo, como terminará por admitir, lo que hizo no lo hizo por asegurar el porvenir económico de su familia: “Lo hice por mí. Me gustaba. Era bueno en eso. Me sentía vivo”.

Entendimos de este modo que Heisenberg mataba para sentirse dueño de la vida y de la muerte y así, pretendiendo cierto dominio sobre ella, acallar su propio miedo a morir. *Breaking Bad* no miente. Aunque nuestra forma de “volvemos malos” sea más de andar por casa sabemos que Heisenberg es como nosotros, que sus delirios de grandeza se parecen a los nuestros y que compartimos su manera de engañarnos a nosotros mismos: no es el dinero. Es el miedo.

Nos lo dirá el mismo Walter White: “He pasado toda mi vida asustado. Aterrado de las cosas que podrían ocurrir. Que podrían ocurrir o no. Cincuenta años los he gastado así. ¿Pero sabes qué? Desde que supe mi diagnóstico, llegué a la conclusión de que el miedo es lo peor de todo. Ese es el verdadero enemigo”.

Y tiene razón. El miedo es el verdadero enemigo. Y ese miedo no lo quita el dinero. Aunque uno tenga millones y millones metidos en barriles enterrados a lo largo de todo el desierto de Nuevo Méjico.

Lo que el pobre Walt no comprende, y quizá usted y yo tampoco nos terminamos

de creer, es que la única forma de vencer el miedo es teniendo la certeza de que hay uno que ya lo ha vencido aplastándolo en la cruz y riéndose de él en la resurrección. Ese mismo que habla de pajaritos que no siembran y de lirios que no se fatigan ni hilan. El que nos insiste en que no andemos preocupados por el mañana y nos prohíbe servir a dos señores. Nadie se apartó jamás triste o deprimido de su lado excepto en una ocasión, no sé si se acuerdan. Aquella vez que fue a hablar con él un chaval estupendo, muy majo, de buena familia, trabajador. Uno que era muy rico.

Uno al que también le pudo el miedo. ■

“ La única forma de vencer el miedo es teniendo la certeza de que hay uno que ya lo ha vencido”



De Tolkien y Cicerón a la Biblia: ¿Por qué los dragones siempre acumulan tesoros?

*"Draca sceal on hlæwe, / frod, frætwum wlanc"
("El dragón, antiguo y orgulloso de sus tesoros, pertenece al
túmulo". Del poema anglosajón 'Máximas II')*

POR **WILHELM** | PERIODISTA

El aventurero se adentra en las profundidades de la montaña. Avanza palmo a palmo, a la luz de una antorcha titilante, hasta que el pasadizo desemboca en una gran cámara excavada en la roca. Frente a él hay un pozo, cubierto por una cornucopia de monedas de oro, collares enjorjados y cálices refulgentes: un tesoro de valor incalculable sobre el cual yace, tal vez dormitando, un gigantesco dragón.

La escena es un clásico de las historias de fantasía: la podemos ver en mil relatos, de *Dragones y mazmorras* a *Shrek*, pasando por variaciones en las películas Disney –en *Vaiana*, el monstruo obsesionado por lo brillante es un cangrejo– o en la saga de Harry Potter, donde los dragones vigilan el oro en el banco mágico de Gringotts. Todo

ello sin olvidar al reptil acaparatesoros más famoso de la literatura fantástica moderna: el dragón Smaug, que protagoniza un clímax memorable con Bilbo en *El Hobbit*, la semilla del universo de J.R.R. Tolkien, publicada en 1937.

Smaug no es la única sierpe de este tipo que imaginó el Profesor –gusanos como Scatha o Glaurung también acumulaban botín, entre otros–, pero sí es el que ha tenido más repercusión en las obras posteriores: la popularidad del autor de *El señor de los anillos* explica en buena medida que hoy el tropo siga vivo y coleando. Sin embargo, Tolkien no se inventó la visión de un reptil obsesionado por el oro, sino que la rescató de los antiguos mitos nórdicos que le fascinaban.

“Es difícil encontrar un dragón en las antiguas leyendas anglosajonas, germánicas o nórdicas que no custodie oro”, señalan en el socorrido portal web TV Tropes. Algunos de los ejemplos más famosos en este sentido son Fafnir –en la *Saga Volsunga* se narra cómo este príncipe enano robó el tesoro de su padre y se convirtió en un monstruo para protegerlo– o el dragón escufofuego al que se enfrenta Beowulf como prueba final, precedente directo de Smaug.

Y esto no sólo pasaba en el norte de Europa: hace dos mil años, romanos y griegos ya tenían la misma visión de los dragones. En su 13ª filípica, por ejemplo, Cicerón compara a un hombre que no quiere devolver una deuda con el “dragón que guarda su tesoro”, y Fedro dedica una fábula a un dragón que esconde una fortuna de la que no puede disfrutar. “Hombre que has de morir o ir a donde fueron tus antepasados, ¿para qué atormentas con ciega codicia tu pobre alma?”, advierte el poeta.

Pecado capital

Esto último pone de manifiesto el sentido simbólico que comparten todas estas historias, que muestran a los dragones como símbolos de la avaricia o la codicia. Este carácter alegórico favoreció que perdurasen en el tiempo; gracias, también, a los copistas cristianos que durante la Edad Media reconocieron el valor perenne de estas viejas leyendas.

En este sentido, conviene recordar que el dragón tiene un papel destacado en la Biblia, donde se le identifica con el demonio: entra en escena en el Génesis en forma de serpiente –en inglés antiguo se usaba en este pasaje la palabra *wyrm*, el mismo término empleado para referirse al citado dragón del *Beowulf*– y es finalmente derrotado en el Apocalipsis:

“El dragón no solo custodia oro: simboliza la codicia que encadena el alma desde los mitos nórdicos hasta la Biblia”

“Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fue precipitado a la tierra y sus ángeles fueron precipitados con él”¹.

Con esta equiparación tan clara entre dragón y demonio, no es raro que unas historias que destacan su asociación con uno de los siete pecados capitales hayan perdurado y sigan resonando. Podemos cerrar este breve repaso con el genial C.S. Lewis, a quien tampoco se le escapó el poder pedagógico del mito del dragón y le dio un papel destacado en La travesía del Viajero del Alba, la tercera entrega de *Las Crónicas de Narnia*².

En la novela, el irritable Eustace encuentra el tesoro de un dragón muerto y, tras verse poseído por la codicia, acaba convertido él mismo en un monstruo alado. A través de este personaje, Lewis canaliza sus críticas al materialismo rampante y sus consecuencias, pero también da pistas sobre la solución: sólo el león Aslan –ese que tiene “otro nombre” en nuestro mundo– es el camino para salir definitivamente de la cueva del dragón, por muchos tesoros que esta esconda todavía. ■

¹ Apocalipsis 12, 9

² Por orden de publicación, claro. Cronológicamente, es el quinto libro.

¿QUIERES COLABORAR CON
LA ANTORCHA?

Que esta revista llegue a tu casa nos cuesta 5 €, los cuales seguiremos pagando gustosamente para que tú puedas disfrutarla gratis. Pero si quieres colaborar, no vamos a decirte que no.

Aquí te dejamos este código QR para que, libremente, solo si tú quieres, nos hagas un donativo.



¿Prefieres hacer transferencia bancaria?

ES19 0049 6596 27 2216010952

(Banco Santander)

Asunto: Antorcha + Nombre y apellidos + DNI

Tu donativo enciende **La Antorcha**

POBREZA

de José Luis de la Cuesta

GRACIAS, Pobreza,
¡me mantienes alejado
de tantas vulgaridades!

Gracias a ti
puedo no ir a Cerdeña,
ni a las islas griegas,
ni a la costa dalmata.

Sin ti, vete a saber
qué deportes absurdos
estaría practicando.
A qué chica habría invitado
a ese caro restaurante.

Gracias, Pobreza,
siempre me has recibido
con los brazos abiertos,
siempre has perdonado
que ocasionalmente ahorrara.

Gracias, Pobreza,
porque yo soy un camello,
pero tú ensanchas
el ojo de la aguja.

de *Cosas que me has contado*, 2015